
CALLEJERO DE VENTA DEL MORO

*CALLES, PLAZAS Y CALLEJONES DE LA VILLA DE
VENTA DEL MORO Y DE SUS ALDEAS*

POR FELICIANO ANTONIO YEVES DESCALZO
- CRONISTA OFICIAL DE VENTA DEL MORO -

Fotografías: Javier L. Zacarés

1ª ed.: diciembre de 2008
Depósito Legal:
Edita:
Asociación Cultural Amigos de Venta del Moro



Excma. Diputación Provincial de Valencia



Textos: Feliciano Antonio Yeves Descalzo.
Fotografías: Javier Latorre Zacarés
Diseño y maquetación: Javier Latorre Zacarés.
Trascripción y plano del callejero: Antonio Motos Domínguez.
Copyright©: Feliciano Antonio Yeves Descalzo (textos).
Copyright©: Javier Latorre Zacarés (fotografías).
Imprenta: Imprenta Provincial de Valencia.

DIPUTACIÓN DE VALENCIA

Venta del Moro con sus 272 kilómetros cuadrados es el tercer municipio en extensión de la provincia de Valencia e incluye en su territorio seis pedanías y numerosos caseríos. En la actualidad, es uno de los municipios turísticos del interior más visitado gracias a que posee algunos de los parajes más conocidos del río Cabriel y la Sierra de Rubial: Cuchillos y Valle de la Fonseca, Hoces, Vadocañas, Derrubiada, etc. En esta ocasión, con la publicación que tienes entre las manos, podrás conocer no sólo el entramado y evolución del callejero de todas estas localidades (Jaraguas, Casas del Rey, Casas de Moya, Casas de Pradas, Las Monjas, Los Marcos y la propia Venta del Moro), sino que también te ayudará a comprender la pequeña intrahistoria de estas poblaciones que representan una de las facetas más desconocidas del interior rural de la provincia de Valencia. El paisaje y paisanaje, las costumbres y las tradiciones, la toponimia, las peculiaridades urbanísticas y un sinfín de rasgos que forman parte del “patrimonio inmaterial” del interior y que se dejan entrever en este “*Callejero de Venta del Moro*”.

Para la Diputación de Valencia es una verdadera satisfacción volver a contribuir a la difusión del conocimiento de Venta del Moro y sus aldeas tras la coedición que se realizó en su día junto con la Asociación Cultural y el Ayuntamiento en la monografía titulada “*Venta del Moro: cien años en imágenes*”. Esta vez la obra ha sido escrita por el actual decano de los cronistas oficiales de Valencia, D. Feliciano Antonio Yeves Descalzo, con una extensa bibliografía en su longeva vida de escritor y que ya figura en el catálogo de nuestra Institución con la obra “*Diccionario del lenguaje histórico y del habla popular y vulgar de la comarca Requena-Utiel*”.

Con el transcurrir del tiempo, la modesta venta ubicada en medio del antiquísimo camino que comunicaba Iniesta con Requena tras vadear el casi infranqueable Cabriel por Vadocañas ha evolucionado hasta llegar al casco urbano de Venta del Moro tal como lo conocemos hoy. Con el pueblo, también sus más antiguos caseríos crecieron hasta convertirse en las actuales aldeas venturreñas. Y todo ello fue posible gracias a las gentes de Venta

del Moro y sus aldeas que son las verdaderas protagonistas del libro, porque son ellas las que han contribuido a dar forma y vida al modesto urbanismo de sus poblaciones, pero también porque son las que siguen manteniendo para generaciones futuras los valores visibles y ocultos de una vida rural y un paisaje cada vez más entrañable y valorado. Sirva esta publicación para dejar testimonio de unas calles y plazas que rezumaron vida y que deben seguir albergando la esperanza de un futuro próspero para las gentes que las siguen disfrutando.

ALFONSO RUS TEROL

PRESIDENTE EXCMA. DIPUTACIÓN DE VALENCIA

ASOCIACIÓN CULTURAL AMIGOS DE VENTA DEL MORO

Cuando nació la Asociación Cultural Amigos de Venta del Moro en el año 1995, uno de los primeros objetivos que se marcaron sus miembros fue compilar y divulgar el conocimiento de la historia, geografía, costumbres y patrimonio material e inmaterial de Venta del Moro y sus aldeas. Desde entonces, se han publicado 26 números de la revista “El Lebrillo Cultural”, se han impartido numerosas conferencias y talleres, se han realizado catorce semanas culturales y se han editado monografías como “Venta del Moro: cien años en imágenes” o “Flora y fauna de Venta del Moro”.

En esta ocasión, recurrimos nuevamente a nuestro Cronista, D. Feliciano Antonio Yeves Descalzo, quien siempre ha colaborado con esta Asociación en todos aquellos actos en el que se le ha demandado su entusiástica ayuda. El autor fue invitado por la Asociación para que, al igual que hizo con su “*Guía historiada del callejero requenense*”, dedicara un monográfico de la revista “El Lebrillo Cultural” a ilustrarnos sobre el callejero de Venta del Moro y sus pedanías. El proyecto superó las expectativas y, en vez de constituir un número de revista, se convirtió en la monografía que tienes entre las manos.

Como pronto comprobarás, el libro no se trata de una aséptica descripción del, a veces complejo y a veces simple, entramado urbano de nuestras localidades, sino que se trata de todo un manual de geografía vivida. ¿Qué son nuestras calles, callejones, plazas y plazoletas sin las gentes que les han dado vida? El callejero sirve de excusa perfecta para conocer al vecindario de otra época, las costumbres, las tertulias, las anécdotas, etc.; a la par que ilustra sobre la evolución del urbanismo local y las razones por las cuáles se les llamó de determinada manera a nuestras vías urbanas.

Nuevamente, esta ASOCIACIÓN CULTURAL AMIGOS DE VENTA DEL MORO ha de agradecer a la EXCMA. DIPUTACIÓN DE VALENCIA el haberse sumado al proyecto y que, al igual que en la exitosa publicación “Venta del Moro: cien años en imágenes”, haya coeditado esta monografía.

También la publicación puede servir de motivo de reflexión y ayude a replantearse la denominación de algunos de nuestros viales que ostentan nombres con poca raigambre o, en otros casos, con muy escasa vinculación directa con el pueblo. Por el contrario, sería conveniente que en nuestro callejero figuraran algunos de los personajes, hechos históricos y parajes que han sido y son importante para Venta del Moro y sus aldeas. ¿Para cuándo una calle dedicada a Isabel II, reina que otorgó la independencia municipal a Venta del Moro en 1836?; ¿Por qué no nombres de calles que recuerden antiguas festividades como la de “San Julián el Cestero” o tradiciones aún en vigor como los mayos, el judas, la hoguera, la enramada de pascua, la ronda de quintos, etc.?; ¿No se debería reconocer a personajes venturreños como D. Manuel García Pedrón (quien llegó a ser Presidente de la Diputación Provincial de Valencia), D. José María Yeves Descalzo (impulsor del teatro local durante 66 años) o la abnegada labor de médicos como D. Manuel Mercado o D. Adelaido Latorre?; ¿Por qué no red denominar el tramo de la Calle Dr. Fleming donde se ubica la Iglesia como “Plaza de la Iglesia de la Virgen de Loreto” reconociéndole su carácter de verdadera plaza?; ¿Para cuándo dedicar alguna calle, como se ha realizado en otros pueblos de la comarca, al recuerdo de la antigua adscripción administrativa del pueblo con las denominaciones de “Calle del Reino de Castilla” y “Calle de la Provincia de Cuenca”?; ¿Por qué no incluir nombres de nuestros parajes más conocidos en el callejero?; ¿Será posible que el callejero refleje algún día hechos y procesos históricos muy vinculados con nuestras poblaciones como el proyecto del Ferrocarril Utiel-Baeza, la rica Dehesa de Sevilluela, las cañadas reales de la Mancha y de la Serranía de Cuenca...?.

Todo lo anterior puede ser objeto de necesaria reflexión, pero, ahora, disfruten con esta síntesis de erudición y vida que nos regala el autor.

VENTA DEL MORO

PREÁMBULO PARA LA HISTORIA DE SUS CALLES

Mi pueblo, nuestro pueblo, se llama Venta del Moro y nosotros, los que en él nacimos (y también los que con él se comprometieron de alguna fervorosa manera y se adaptaron a él y lo adoptaron porque les brindó recíproca y amorosa adopción), somos venturreños, aunque alguien, con más elegancia eufónica –pero con menor tradición- nos ha llamado “ventamorinos”.

Verdaderamente, cuando hablamos con personas de otras latitudes y hasta con gentes de pueblos vecinos, se quedan un tanto sorprendidos por la nomenclatura de nuestra población capitalina VENTA DEL MORO, cosa que a nosotros nos deja sencillamente impasibles, como si tal nombre fuera lo más hermoso del mundo. Y nos reímos o sonreímos cuando alguien quiere recordarnos que hubo un tiempo –de rimbombante y desmesurado romanticismo- en el que se pretendió llamar “La Gran Florida”, invento rutilante que quedó en agua de borrajas, porque ¿de dónde, ni de cuándo ni por qué razón se quiso borrar del mapa y de la conciencia venturreña su natural, única y verdadera denominación, que nos cuadraba y llegaba desde tiempo inmemorial, y que bien quisiéramos datar lo más exacta y rigurosamente posible en el contexto de la historia?

Por ello nos quedamos con nuestro nombre, con verdadero motivo de satisfacción y sano orgullo: Venta del Moro –desde su independencia como Villa de realengo y municipio con territorio propio, tras segregarnos en 1836 del enorme alfoz requenense-, y nunca olvidando que popular y comarcilmente fuimos “La Venta del Moro” o “Ventalmoro”; y, con más propiedad y sencillez para propios y extraños, dejando aparte lo oficial y administrativo, por costumbre, “La Venta”.

La sorpresa o extrañeza no viene del vocablo “Venta”, que en los territorios de la ancha Castilla era servicio de caminantes y arrieros, en desdoblado al lado de cualquier camino transitado, sino en el apelativo que lo acompaña, pues lo del “moro” tiene su intrínquis no descubierto todavía,

aunque ya más que presumiblemente constituya una irrefutable verdad porque esta es una denominación tan insólita en la nomenclatura española, que tuvo que ser cierta a la fuerza. Cualquiera otra interpretación es inverosímil; y, además, lo ampara la documentación histórica sobre nuestra existencia como tal “venta”, lugar, caserío, aldea y pueblo que, junto a la tradición, así lo corrobora.

Así pues damos por cierto que algo debió suceder originariamente para que tal nombre prosperara. Una “venta” y un “moro”. Un mesón caminero, venta o posada, albergue o descansadero junto a un camino que unía dos poblaciones importantes –en este caso, Requena e Iniesta- en un lugar intermedio, con agua cercana y abundante, y fácilmente accesible. Y un ventero, mesonero o posadero –indudablemente con su propia familia, al menos-, para su cuidado, custodia, guarda y atenciones primarias para caminantes, verederos, la pequeña industriosa arriería y las gentes de armas o alguacileras que podían transitar en procelosos tiempos de guerra, además del estrecho contacto con las cabañas ganaderas trashumantes o de mercado que por la cercana Vereda pasaban desde La Mancha hacia Requena y Valencia. Y que, por lo oído y leído, tal mesonero o ventero era moro o, al menos, morisco, mahometano puro o “renegado” converso a la fe cristiana; ello es indudable en su origen, pues de no haber sido así, se llamaría y nos llamaríamos de otra manera.

¿Es o era tan antigua la “venta” y la denominación, como para remontarnos a la adopción de este oficio por alguna familia mora de las que no quisieron quedarse en Requena tras su expugnación y reconquista en 1239 por el Rey San Fernando? ¿O pudo ser una de las familias moriscas, conversas o no, -aparentemente o a regañadientes “renegada”- de las que tras su expulsión a comienzos del siglo XVI- prefirió quedarse discretamente retirada en aquel primer refugio o “venta” caminera?

¿Influyó en algo –para el caso de nuestra primera hipótesis-, la concesión de la Carta Puebla a Requena, su villa, aldeas y territorio, por Alfonso X el Sabio, en 1257, obligando, más o menos voluntariamente, a parte de la población árabe a dispersarse por caseríos, barrios aledaños, albergues, chozas o cuevas cercanas a las riberas y fuentes naturales, siendo uno de ellos el de nuestra originaria “venta”? ¿Qué no es nuestra Rambla Albosa la “rambla blanca” de los moros?

Mucho tiempo es el transcurrido entre nuestras dos conjeturas o hipótesis. Pero la noticia fidedigna de que en el siglo XVI ya existía ermita o capilla en nuestra entonces pequeña aldea, conlleva necesariamente existencia secular anterior, indudablemente como “alto en el camino” para descanso o ligero aprovisionamiento: nuestra “Venta”, “La Venta del Moro”, que iría agrupando, poco a poco, siglo tras siglo, otras casas, corrales y servidumbres a su alrededor. Y el nombre quedó para siempre, sin aludir a otra cosa, hecho o circunstancia.

Y dando ya por aclarado explícitamente el nombre de nuestro pueblo, que nos parece lógico y hasta admirable al conservar sustantivamente lo que en realidad fue; y como esta clase de topónimos habitados no es muy frecuente, como se demuestra en el Nomenclátor General de los Pueblos de España (más de ocho mil municipios), por simple curiosidad citamos los que en el mismo aparecen con términos similares:

“Villa de Matamoros”, provincia de Badajoz y partido judicial de Jerez de los Caballeros.

“Valdemoro del Rey”, provincia de Cuenca y partido de Tarancón.

“Valdemoro-Sierra” y “Valdemorillo”, de Cuenca y partido de Cañete.

“Valdemoro” y “Valdemorillo”, ambos de Madrid, partidos de Aranjuez y de El Escorial, respectivamente.

“Valdemoro”, provincia y partido judicial de León.

“Moriscos”, y “Castellanos-Moriscos”, provincia y partido de Salamanca.

“Moros”, provincia de Zaragoza y partido judicial de Calatayud.

y no aparece nada más, aparte algún que otro Morón, que no tiene nada que ver con nuestras etimologías. Y, como podemos observar, mejor lo nuestro; porque lo de una “Venta” es algo más importante y más humano que un “valle” cualquiera para un “moro” o un “morillo”...; y lo de “matamoros” vamos a dejarlo estar... ¿A que nos gusta más lo de Venta del Moro?. (Como nota final añadimos que nuestro término municipal tiene 272 Kilómetros cuadrados, haciendo por ello, el número 215 en extensión entre los más de ocho mil municipios de España).

Dando por histórico y cierto el hecho de existir una Venta junto a un

camino, a unas seis leguas aproximadamente de cada una de las poblaciones que las unía y comunicaba –Iniesta y Requena-, ya nos obliga a hablar lo que sepamos u opinemos sobre la formación y conformación de nuestro pueblo “La Venta del Moro”, rodeando y expansionándose las primeras edificaciones, y el origen de sus calles y plazuelas –y callejones- desde lo que pudo ser al principio y su evolución hasta nuestros días. Algo que no es fácil, pero que se presta –aunque con algunas divagaciones y conjeturas- a emitir opiniones que no se apartan mucho de lo que pudo ser la verdad.

Por fin, parece ser se me ha dado la razón en lo que a la ubicación o situación de la primitiva “venta” –o su heredera a través de los tiempos- se refiere. El hallazgo y cierta conservación de elementos posaderos (cocina, redonda y amplia chimenea, cuadras y pesebres aledaños, etc.) tras la entrada frontal y fondona de la casa de aquel buen venturreño que se apodaba el “Tío Tumores” (debido a las excrecencias sebáceas en parte de su rostro), precisamente en el callejón que lleva su nombre, situado en la primera subida o repecho de la Calle de las Cruces, confirma lo que la tradición oral nos transmitió de padres a hijos.

Era natural la fundación de la primera “venta” en tal lugar, a salvo de las frecuentes turbonadas y avenidas que arramblaban por el vallejo o barrancada que venía desde la vertiente occidental del Cerro de la Cabeza, pero que también servía para el cultivo forrajero que podía consumir la caballería y acémilas de carga que hacían alto y descanso en nuestra “venta”.

Y también es indudable que el camino de herradura que pasaba cercano o aledaño a este descansadero primitivo, -mesón, posada, ventilla o “venta”-, venía de Requena por el antiguo camino que lleva su nombre, bajaba por lo que después se llamó Picota y se dirigía hacia poniente para vadear la Rambla Albosa por el paso más vadeable: el Paso de los Aldabones, siguiendo hacia la vereda y camino de Iniesta por Sevilluela, hasta pasar el Cabriel por Vadocañas.

Venta del Moro está situado en una ladera, no muy pronunciada al principio desde el Cerro de la Cabeza –en el Norte-, y después, desde lo alto de la Picota hasta la Albosa en pronunciado declive siguiendo la parte central de la ladera, que está flanqueada por dos vallejos o barrancos formados

por las vertientes occidental y oriental de La Cabeza (Cañadillas del Cementerio y Vallejuelo, respectivamente) que parecen separar La Picota y El Parchel –de norte a sur en la zona central de la ladera-, del de Las Cruces, por el primero de los barrancos citados (hoy Calle de Lepanto, y antes Cercado del Francés) y del más periférico hacia el este, llamado Los Caliches.

Se conforma, por ello, el eje vertical de la calle de Fidel García Berlanga con sus calles laterales adyacentes en perpendicular al eje central, surgiendo de ello, hasta la Plaza de Blasco Ibáñez (antigua de la Constitución) el Barrio de La Picota; prácticamente hasta la propia iglesia y casa rectoral.

Desde aquí –plaza frontal de la iglesia y la torre-, con sus dos calles casi en vertical y en suave descenso, llegando primero a la horizontalidad de las dos plazas (Constitución y José María Castillo) derramándose hacia el sur –siempre en ligero declive- por sus sinuosas calles del Bien y de la Fuente –ya del casco viejo hasta las paralelas de Los Arcos (hoy Victorio Montes) y de Los Huertos, sin duda aterrazadas y ya, más próximas a la Albosa, de donde salen las cuestas casi en vertical de Los Desmayos y Cuesta de la Noguera, prácticamente en la propia Albosa, no sin antes expansionarse al oeste y hacia levante bordeando la rambla y buscando las fuentes ribereñas. Toda esta descripción corresponde a lo que siempre hemos llamado Barrio del Parchel, de cuya palabra desconocemos su significado propio, suponiendo se originó el topónimo a mediados del siglo XIX.

Y desde la Plaza de la Iglesia hacia el oeste, la vieja Calle de las Cruces, antes y después del natural vado o “badén” del ya dicho barranco de las Cañadillas o Cercado del Francés –hoy, comienzos de la Calle de Lepanto- se extiende, ascendiendo suavemente, prolongándose hacia poniente y derivando hacia el norte y hacia el sur con nuevas calles y ensanches urbanizados, reformando aquel viejo Barrio de las Cruces o de Jaraguas hasta convertirse en la parte más moderna de la población. Los servicios administrativos, culturales, turísticos, educativos, lúdicos y de ocio, comerciales, de restauración, etc. de Venta del Moro están ubicados en este Barrio. Y no muy lejos, en el aspecto religioso y más tradicional, nuestra Iglesia Parroquial, con el Patronazgo de la Virgen de Loreto –y la más famosa torre-campanario de nuestra comarca- sigue amparando a los tres Barrios ancestrales y también a los alzados más modernamente en la periferia.

Verdaderamente aparece hoy nuestro pueblo –Venta del Moro– de tal manera renovado, urbanizado y remodelado, que hasta el casco viejo (en gran parte modernizado) ha adquirido una fisonomía casi desconocida, y todo ello en el transcurso de escasamente medio siglo. De tal manera que si nuestros antepasados “levantaran la cabeza”, salvo en algunos aspectos de lo antiguo y la persistencia de muchos de los típicos callejones, creerían hallarse en otro lugar ajeno al de donde nacieron y vivieron sus trabajosas y honradas vivencias.

El progreso y la modernidad, el llamado estado del bienestar, los cambios radicales de la vida, trabajo, servicios y vehiculares, la apertura de nuevas urbanizaciones periféricas que antes eran barrancos y ejidos, los edificios que antes eran y hoy son distintos y muchas cosas más, hablan por sí mismos en lo positivo.

Las alteraciones y cambios de nombres y rótulos de nuestras calles, cosa natural y lógica en lo que a personajes se refiere, sobre todo en el mundo de la política y la gobernación, ya no son tan lógicos si se olvidan parajes, lugares de imperecedero recuerdo o viejas tradicionales costumbres. Y, aunque nos duela decirlo, la ausencia de voces y el corretear de juegos infantiles –savia y sal de los pueblos–, la resequeza de campos, hortalas y riberas, el no oír los tintineos de las corrientes aguas naturales de ramblas y fuenteillas, la muerte total de aquella frondosa olmeda..., y algunas cosas más en que nuestro recuerdo se detiene con fervor y amor casi místicos y un “romanticismo” casi inevitable, adquieren visos, quizás trasnochadamente, negativos para los que ya casi estamos al final del camino, aunque sean producto del tiempo en que vivimos. Y ello nos lleva a considerar que lo único que podemos hacer es –al mismo tiempo que recordar–, ponernos a tono con ellos y seguir hablando lo que sepamos o sigamos averiguando sobre Venta del Moro, nuestro querido pueblo, aunando y correspondiendo las vivencias antiguas y tradicionales con las vigencias de rabiosa actualidad, siempre que no rocen honorabilidades ni la conciencia de sentirse venturreño nato o adoptivo, por los cuatro costados y siempre al servicio de las nobles causas que den auge, prestigio y notabilidad a nuestro pueblo, sin renunciar a su estilo sencillo y acogedor, limpio y fraterno,... y fervoroso en nuestro sempiterno amor a nuestra Virgen de Loreto.

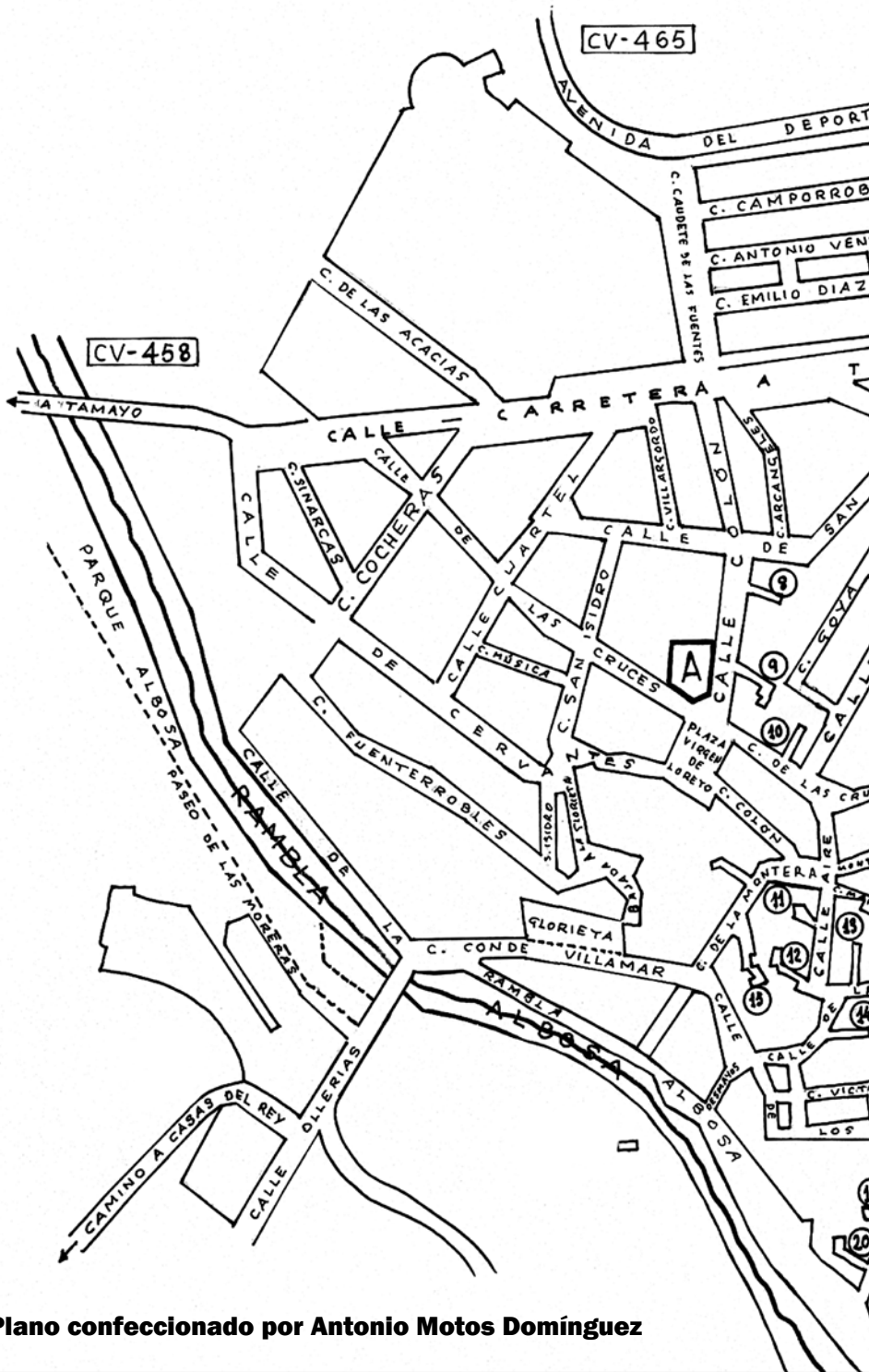
¿Y cómo hacerlo por mi parte?. Sencillamente, explicando el cómo el cuándo y el porqué de los nombres de sus calles y plazas; y de nuestros callejones. Y, por supuesto, sin olvidar los callejeros de las seis Aldeas que todavía se hermanan con el pueblo capitalino en sus mismos afanes. Y a ello se encaminan estas líneas y este trabajo.

Pero antes quiero decir, en mi modesta opinión, que aunque no sobra ningún nombre de los que rotulan nuestras calles, porque todos, de una forma u otra, merecen figurar en ellas –igualmente en el pueblo que en las aldeas-, sería en cierto modo aconsejable y meritorio hacer un nuevo repaso y lectura seria del callejero venturreño, por si fuese caso de agregarle algunos rótulos –en lugares propios y aconsejables-, con nombres o denominaciones merecedoras de tal honor; aunque eso sí, con nombres irreversiblemente populares y para todos los tiempos: personajes, tradiciones, históricos, parajes relevantes, etc.

Y una última advertencia, que nace de mi experiencia de publicaciones anteriores sobre Venta del Moro y de mis muchos años: ¡Por favor, que no se enoje nadie si en la historia de este Callejero aparece algún apodo! Es cosa obligada, particularmente en la memoria y descripción de nuestros callejones. Si no fuera así, se perderían la personalidad, la tradición, la costumbre y hasta el buen humor. Y más, cuando su uso se hace con todo el respeto y mucha consideración, sin ninguna afrenta ni mal recuerdo... Es algo que fue y sigue siendo natural en los pueblos... y hasta que desaparezcán, ¡que no desaparecerán!

Feliciano A. Yeves Descalzo.

VENTA DEL MORO



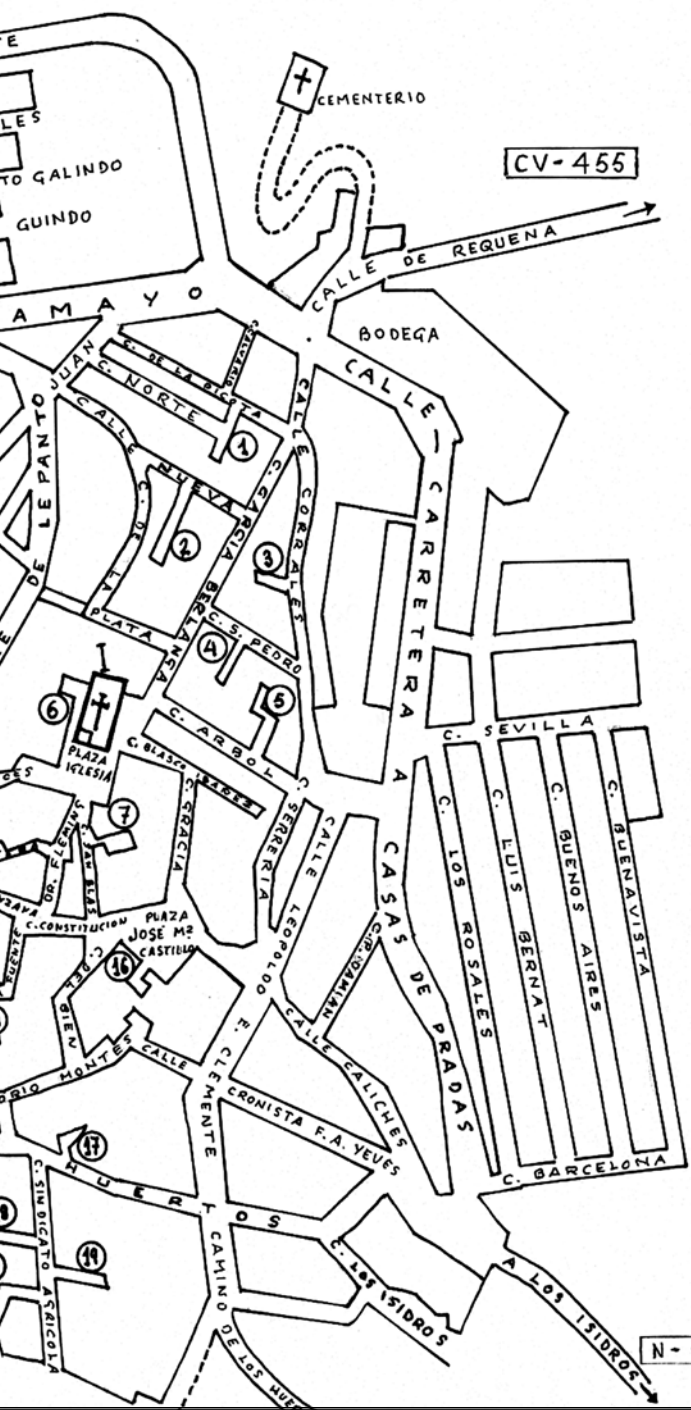
CV-458

CV-465

Plano confeccionado por Antonio Motos Domínguez



CALLEJERO Y CALLEJONARIO



- ① MONO
- ② FRANCHA
- ③ ANDORRA
- ④ MERENCIANO
- ⑤ CANA
- ⑥ TORRE
- ⑦ CABRERA
- ⑧ CONEJILLO
- ⑨ GATOS
- ⑩ TUMORES
- ⑪ MELLAO
- ⑫ RODA
- ⑬ CHASQUITOS
- ⑭ BLAS
- ⑮ AUSPICIO
- ⑯ MILLÁN
- ⑰ INCENTE
- ⑱ SORDA
- ⑲ CHICHARRAS
- ⑳ CUELQUES

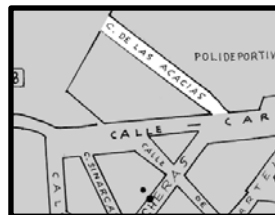
A AYUNTAMIENTO
I IGLESIA PARROQUIA

N-322



CALLE DE LAS ACACIAS

En la parte noroeste del pueblo, naciendo de la Carretera de Tamayo en dicha dirección –hoy convertida en la anchurosa calle del mismo nombre–, se extiende la *Calle de las Acacias*.



Su origen y antigüedad son relativamente modernos, ya que se halla limitada a la derecha por el complejo Polideportivo venturreño, cuya primera instalación (Campo de Fútbol), data de 1951 –el nuevo Estadio Municipal se inauguró el 11-12-1951 y remodelado en 1973-. A la izquierda, en sus tramos iniciales se levantan viviendas que datan de los años 80, del pasado siglo XX.

La denominación está claramente definida por los árboles que la flanquean, las acacias. La acacia es un árbol (también arbusto) de la familia de las mimosas, casi siempre con espinas, madera fuerte y hojas compuestas divididas en hojuelas y flores olorosas en racimos colgantes, y frutos en legumbre. Generalmente sirven para fronda de paseos y avenidas, creciendo también en taludes carreteros arbustivamente.

Y aunque hoy es un árbol bastante corriente en zonas urbanizadas, apenas se conoció en Venta del Moro hasta el primer tercio del siglo XX, cuando se llegó a plantar, junta a las moreras, en las primeras fiestas escolares a ambos lados de los caminos carreteros o red de caminos vecinales, al instituirse la Fiesta del Árbol, a mediados de los años veinte.

No tendría esta calle más historia que la citada, si no fuera por que ocupa el mismo camino que se llamó “El Tiro de la Bola”, en razón de que, al ser también camino llano hasta llegar a la caída hacia la Albosa y sus huertas del riego de La Canal, se jugaba allí a “tirar la bola” (bolas de hierro de una o dos libras de peso), así como a “tirar la barra o el barrón”. El fútbol no se había propagado todavía ni apenas se conocía aquí, y tampoco el trinquete o frontón que se solía jugar sin mucha regularidad en la plaza de arriba de la iglesia, haciendo su pared de frontón.

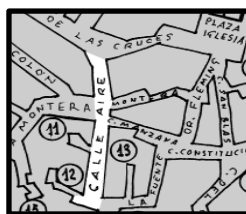
Pero es que además de ser “El Tiro de la Bola”, también se venía llamando Camino de La Canal, Camino de los Aldabones y de Villargordo, con dos

bifurcaciones a la derecha, hacia La Noria y el Corral del Tuerto. Era, sin duda alguna, el camino veredero que venía de Vadocañas e Iniesta. Tanto es así que el vado que salvaba por allí la rambla Albosa, fue siempre denominado Paso de la Puebla o Paso de los Aldabones.

A la caída del camino hacia las huertas hubo, sobre unas piedras, una cruz de hierro, la “Cruz del Tío Telén”, pues allí murió en 1917, aplastado por su carro, José Antonio Martínez “Telén”.

CALLE DEL AIRE

*“Esta es la calle del Aire
la calle del remolino,
donde se remolinean
tus amores con los míos”.*



Este es el cantar popular y tradicional que alude y rememora el porqué de su denominación, tan antigua, que se pierde en la memoria de los tiempos. Así ha venido llamándose quizás desde que se hizo el primer censo de población por calles habitadas en nuestro pueblo.

Abundando en el mismo parecer, por su configuración y dirección, que empieza en la Calle de la Fuente, formando un costerón suavemente pronunciado, baja hacia la confluencia de las calles aledañas de la Manzana y de la Montera, terminando llaneando hasta llegar a la de las Cruces. Como se dice anteriormente, recibe a ambas por la derecha, cruzándose en descenso hacia el sur la citada calle de la Montera.

En la Calle del Aire en que nos encontramos, y siguiendo la dirección apuntada, al comienzo y por los comedios de la misma, respectivamente, se abren dos callejones a la izquierda, llamados Callejón del Tío Roda, el primero, y Callejón del Tío Mellao, el segundo, a modo de adarve con pronunciado recodo en el primero, y a modo de replaceta más ancha que profunda, en el segundo; de los cuales se hablará oportunamente cuando corresponda.

Está claro que, como se puede comprobar, por su situación, dirección y extensión, recibe de lleno el viento tramontano, aquí llamado propia-

mente cierzo- del noroeste; y con más intensidad en su altozanillo central de la calle.

Este es su nombre –Calle del Aire-, y pertenece a la barriada llamada del Parchel, vieja denominación de barrio que no se sabe cuando vino a Venta del Moro para enmarcar el poblamiento más antiguo, en las cercanías de la Rambla Albosa.

Sería prolijo citar nombres del vecindario de esta calle que mi memoria evoca, cuestión que tampoco guía nuestro propósito. Pero, sin embargo, aparte de comentar, cuando corresponda, los nombres de los personajes que dieron nombre a los callejones abiertos en ella, me obliga un tanto el recuerdo de que, frente al callejón del Mellao, vivió el “Tío Borrega”, -de nombre Eusebio García-, quien desde comienzos del siglo XX y por más de veinte años hizo de ordinario y recadero desde la Venta a Utiel, con su carro tirado por un mulo romo, un par de veces por semana. Años después su hijo, el célebre Millán García Ruíz, fue muchos años ordinario y cobrador en el autobús de viajeros y correo diario de Jesús Cervera Navarro, y, después, de sus hijos Julián y Jesús Cervera Salinas.

CALLE DE ANTONIO VENTO GALINDO

A una de las tres calles de construcción y urbanización reciente, que forman la barriada Norte (entre la antigua carretera a Utiel, la Carretera de Tamayo y el acceso o calle de Caudete de las Fuentes), precisamente la de en medio, se ha rotulado con el nombre de Calle de D. Antonio Vento Galindo, por acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995. Sustituye al nombre de Calle de Requena que, tras la edificación de la barriada, se le adjudicó. Esta denominación última, dedicando la calle a Antonio Vento Galindo, ha sido visada por la Gerencia Territorial del Catastro de Valencia, con fecha 8 de febrero de 1996.



Así, pues, la calle que nos ocupa tiene como paralelas, al norte la calle de Camporrobles, y al sur la calle de D. Emilio Díaz Guindo. Se abre, de oeste a este, entre la calle de Caudete de las Fuentes y la antigua curva que hacía la Carretera a Utiel, hoy, con el pomposo nombre de Avenida del

Deporte. Toda esta barriada se construyó entre 1992 y 1995, siendo por ello la más moderna de la población.

Don Antonio Vento Galindo nació en Aldaya (Valencia), donde sus padres –si mal no recuerdo, Ramón y Ernestina- tenían una fábrica de licores (después, Destilería Vento Galindo S.L.). Debió nacer hacia 1900. Y al comienzo de los años veinte, imbuido y entendido en los menesteres de su padre, vino por nuestro pueblo –en principio a Casas del Rey- para montar y emprender el negocio de fabricante de alcohol neutro, de vino. Su primera fabriquilla en Casas del Rey no resultó rentable, pero antes de abandonarla, habiendo conocido allí a Regina Carrasco, una guapísima chica, se casó con ella, durándole la felicidad de aquella juvenil boda muy poco tiempo, ya que falleció Regina tras breves años de estancia en Venta del Moro, donde ya había montado su segunda fábrica por nuestras tierras. En Venta del Moro fundó, en principio, “La Primitiva”, y años después “La Loretana” (fábricas de alcohol vínico); y en la *Calle Manzana* instaló una sucursal o “Destilería Vento Galindo, S.L.” a cargo de la familia, de Gregorio Yeves Beltrán “Pepe Cabuchas”, y Desideria López Pardo, que con sus tres hijas, regentaron el establecimiento durante varios años, al estilo de otro que en Requena regentaba el enólogo Gregorio Cuartero, en la calle de la Botica.

Llegó para la sociedad Vento Galindo la recesión económica de 1929-30, y Antonio, que era también Maestro Nacional marchó a ejercer su carrera a un pueblecito de Palencia, donde conoció, a su segunda esposa, doña Consuelo, con la que tuvo varios hijos, y en el momento propicio, dejaron aquellas tierras palentinas para venir de nuevo a Venta del Moro a hacerse cargo de la fábrica de alcohol –una vez remontada la crisis- haciendo sociedad con su hermano Julio, quien no tardó en enamorarse de la venturreña Anita Latorre Castillo, con la que contrajo matrimonio en 1940.

La fábrica de alcohol Vento Galindo fue una verdadera institución en nuestro pueblo, dando trabajo a muchas familias, tanto en sus tareas especialistas como en suministro de leñas, obtención del granillo de orujo, quema y destilación de vinos y “brisas”, y otras faenas que, a veces, eran caridades. Duró desde los años veinte a los setenta del pasado siglo XX, siendo también una de las fuentes de ingresos de las arcas municipales, por impuestos especiales.

Pero todo esto, su vida empresarial y su vida privada no hubieran sido motivo sustancial para el reconocimiento de su nombre y rotulación de una calle. Fue, sin duda, su enamoramiento por las cosas de nuestro pueblo, sus ayudas morales y materiales para la cultura y el arte musical venturreño y por la devoción a nuestra Patrona la Virgen de Loreto, a quien dedicó una composición poética y musical, en su Fiesta de 1955, y que invariablemente sirve de oración en la tradicional “Salve” del 9 de diciembre: es lo que llamamos, rezamos y cantamos los venturreños en estas celebraciones, la “Plegaria a la Virgen de Loreto” (en 2005 hemos celebrado su cincuentenario).

Fue un hombre sencillo, cordial, señor y caballero en todo y por todo, amigo y contertulio del “Sergio” (acordeonista Emilio Martínez), del tío “Perrillo” de Casas del Rey (Miguel Martínez), del “Ollero” (Ignacio Ponce Escrich), etc. etc., gentes humildes; protector y amparo de la ancianidad venturreña, soporte económico y social de sus obreros fijos o eventuales, siempre educado y correcto.

Sus últimos años los vivió en Valencia, -con Eloína Yeves Ruiz, de la que tuvo dos hijos-, y dispuso que a su muerte se le sepultase en Venta del Moro. Compuso su propio epitafio, que puede leerse en una sencilla lápida con solo su nombre y “pidiendo una oración de aquellos a quien él amó y le amaron”. Don Antonio Vento Galindo era amigo de todo el pueblo... y muy amigo de mi padre y de mi hermano -ambos José María Yeves-, sus albañiles y a veces sus consejeros. Por supuesto, también fue mi amigo...

Venta del Moro, dejando de lado algunas debilidades de Antonio Vento Galindo, ha atendido a su personalidad como mecenas, amante de todo lo venturreño, dispuesto a hacer el bien..., cosa que hizo.

Por todo ello se ha merecido la rotulación de esta calle.

*“Es el árbol el símbolo augusto
de la industria, el progreso y la paz;
restauremos los montes talados
si a la patria queremos honrar”*

Y de un poeta casi anónimo:

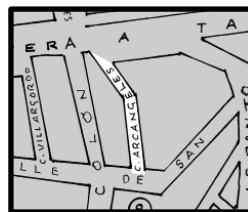
*“Lugar sagrado es un bosque.
¡Ay de quien no lo venera!
Maldita sea la mano
Que lo tala o que lo incendia”.*

CALLE DE LOS ARCÁNGELES

Perpendicular a la Carretera de Tamayo, abierta hacia el sur hasta encontrarse con la Calle de San Juan, y paralela al último tramo de la Calle de Colón, se halla la últimamente denominada Calle de los Arcángeles, cuya rotulación se produjo por acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995, sustituyendo el nombre de calle de las Eras.

La antigua denominación se debió a que hasta las décadas de los años 70 del pasado siglo, en aquel paraje –todavía sin urbanizar- se hallaban las eras para la trilla de cereales de “Los Moscos” y “Los Pelaos” –la primera de ellas, casi aledaña a las cuadras de Rafael Lavarías, usadas para mulos, burros y alguna que otra vaca, más almacén de herramientas y útiles para los trabajos del ferrocarril Baeza-Utiel, hacia 1930-. No hay que olvidar que hasta entonces las labores de cosechas de cereales se realizaban, manualmente la siega y con trillas o trillos arrastrados por caballerías en las eras circulares de tierra apisonada, la faena trilladora; todavía no había llegado la mecanización del campo.

La nueva denominación se dedicó a la devoción cristiana a los tres arcángeles –máxima jerarquía de espíritus celestiales al servicio de Dios, según la teología, junto a los principados-, llamados San Gabriel, San

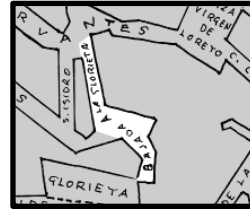


Miguel y San Rafael, patronos de la Anunciación, la Milicia Celestial Angélica y de la Guardia Viajera, respectivamente.

Pertenece la calle al antiguo barrio de Jaraguas o de las Cruces, aunque hasta el último cuarto del siglo XX era –junto a sus calles aledañas de un lado y otro del llamado Desvío o Carretera de Tamayo– simplemente eras, estercoleros y ejidos particulares o comunales, pues la construcción de dicha carreterilla, casi circunvaladora, permitió las nuevas urbanizaciones al norte y sur de la misma y la apertura de calles, hoy relativamente modernas, aparte las corralizas existentes desde antaño.

CALLE BAJADA DE LA GLORIETA

En la placeta que forma la confluencia de las hoy llamadas calles de Cervantes y de San Isidro, se inicia la Bajada a la Glorieta. Lo que ahora señala esta bajada en forma de escalera metálica en varios tramos y que origina el actual nombre, era, hasta por lo menos la década de los 70 del pasado siglo XX, una especie de caminillo o senda que, desde la parte trasera de nuestro Gran Teatro, dejaba a la izquierda un bancal para forrajes –de Juan Antonio Cárcel y sus descendientes–, y a la derecha un ejido y la era del Tío Facundín (Facundo Moya y sucesores) que ya se alzaba sobre una horma aledaña a la senda que iba bordeando los huertos del riego de La Canal, y, descendiendo por un inclinado camino o calleja de piedra y tierra apisonados que limitaba la parte occidental y opuesta de la casa y fábrica de alcoholes de Vento Galindo, desembocaba en la calle o avenida del Conde de Villamar.



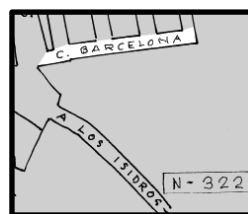
Pero este trazado en línea quebrada al principio y recta en descenso al final, tomó lógicamente el nombre de Bajada a la Glorieta a causa de flanquear la misma Glorieta, primer intento de paseo y parquecillo que se construyó en Venta del Moro, como lugar de ocio, descanso y reunión en bailes y festejos populares, expansión de jóvenes y viejos en la inmediata cercanía de la fuente pública; aquella famosa Fuente Nueva, aledaña al Lavadero público, lugares de natural atracción cuando todavía no existía la red de aguas potables a domicilio ni alcantarillado. El constante ir y venir de mozas y casadas a llenar sus cántaros en la fuente o a lavar sus ropas, y

el curioso y citaciones de los mozos, tras su jornada laboral, daban un encanto festivo y alegre a nuestras tardes y anocheceres.

Aunque me extienda sobre estas instalaciones al glosar la que aún se llama Avenida del Conde de Villamar, en atención a que esta calle, de la que hablamos ahora, se nombra “Bajada a la Glorieta”, anticipo que esta fue construida, en los años 40 del siglo XX, rebajando hormas y tierras de la huerta del Tío Alborguillas, que ya era propiedad de Simón Márquez, pedricheño, quien con su mujer (y sin hijos) se vino a vivir a la Venta, montando luego un bar junto a dicha Glorieta, que además ocupó casi todo el recinto de la primitiva Fuente Nueva y su abrevadero, pues la fuente fue cambiada de lugar y orientación en el mismo entorno. Todo esto es historia que merece contarse en el lugar oportuno al comentar los avatares de la Avenida citada.

CALLE DE BARCELONA

En el barrio periférico venturreño construido a mediados de la década de los setenta del pasado siglo XX, a la orilla izquierda de la Carretera a Casas de Pradas, -llamado Barrio de la Carretera y un tanto humorísticamente, al principio de su fundación, “Lian San Poo”-, urbanizando una pronunciada ladera, hay cuatro calles rectas paralelas entre sí, y otras dos cerrando la barriada al norte y al sur. La Calle de Barcelona es precisamente la que cierra a mediodía el encuadre de dicha barriada. Y como tal cierre, solamente lateraliza las construcciones o viviendas que dan a la misma, por lo que únicamente ofrece una acera y carece de entradas ni vanos; no obstante la calle ofrece una excelente pavimentación.



Como se dice anteriormente, este Barrio fue construido por la que se llamó “Cooperativa de Viviendas Virgen de Loreto” y tuvo remate feliz en 1977, según reza en el frontispicio de una fuente que en su bonita azulejería dice tal nombre constructor junto a la imagen de nuestra Patrona la Virgen de Loreto y el escudo viejo de Venta del Moro. Todo ello en la primera de sus calles, la de Los Rosales.

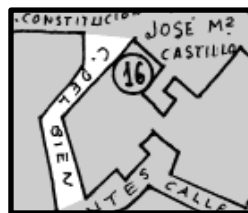
Pero ciñéndonos al nombre de la calle que nos ocupa, nada más y nada menos que Calle de Barcelona, obedece, sin duda alguna, al recuerdo de muchos venturreños emigrantes a dicha capital catalana y sus pueblos y barrios periféricos del cinturón industrial, donde, a partir del éxodo de jornaleros y pequeños campesinos de los años 50 y 60 del pasado siglo, hallaron trabajo, acomodo y seguridad para mantener o crear sus familias. Podríamos relacionar un gran número de trabajadores venturreños que marcharon a Barcelona... Algunos regresaron ya jubilados; otros quedaron allí para siempre.

No es de extrañar que Venta del Moro recuerde, al menos con el nombre de una calle, a la hermosa Barcelona, laboriosa, fabril y acogedora, pues de bien nacidos es ser agradecidos.

Y creo que fue un acierto el usar tan honroso nombre para sustituir la primera denominación que propiamente llevó. Al principio se le llamó Calle del Barranco, pero por acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995 se cambió –lo que prosaica y realmente era– por Calle de Barcelona. La Gerencia del Catastro de Valencia confirmó la actual rotulación en 1996.

CALLE DEL BIEN

En pleno corazón “parchelero”, bajando un tanto sinuosamente desde la confluencia de las plazas de la Constitución y de José M^a Castillo hasta encontrarse perpendicularmente con la Calle de Victorio Montes (antes calle de los Arcos), se extiende la Calle del Bien.



No se sabe quién, cuándo ni por qué razón se le puso este nombre a la calle que nos ocupa. Debió ser por una noble y honrada causa, ya que de otro modo no se explica; posiblemente por la bondad de alguien o de todo su vecindario –por otra parte, con igual valoración, en este sentido, que las demás de nuestro callejero–, nada inclinado al mal. Y como antítesis del mal, entre varias acepciones de la palabra, el diccionario de la Real Academia de la Lengua dice: “Es aquello que en sí mismo tiene el complemento de la

perfección en su propio género, o lo que es objeto de la voluntad, la cual ni se mueve ni puede moverse sino por el bien...”, y “filosóficamente, en la teoría de los valores, el bien es la realidad que posee un valor positivo y por ello es estimable”. Es decir, lo contrario del mal; recordemos “el árbol de la ciencia del bien y del mal en el Paraíso”, etc.

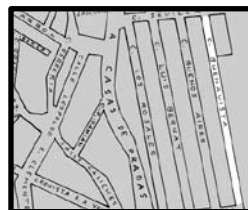
Haciendo un poco de historia, se sabe que cuando empezó el siglo XX, o sea el año 1901 ya se llamaba así: por algo sería. Y lo sabemos porque aquel año se propuso en nuestro Ayuntamiento que esta calle, la Calle del Bien, se le llamara en lo sucesivo “Calle de Doña Isabel Ros de Olano”, cosa que no prosperó, aun reconociendo la virtud y los méritos de dicha señora. ¿Y quien fue esta dama para merecer tal premio?. Sencillamente, era la esposa de D. Luis Page, Diputado a Cortes, quien promovió la construcción de la carretera desde la Madrid-Valencia, cerca de Caudete, a Venta del Moro, que se terminó en 1907. Y también a D. Luis Page se le quiso dedicar entonces la Plaza de los Olmos, (la hoy llamada de José María Castillo), y tampoco prosperó dicha propuesta, saldándose el natural reconocimiento y gratitud de nuestros munícipes y del pueblo venturreño, nombrando a D. Luis Page, Hijo Adoptivo, por acuerdo de 10 de octubre de 1901.

En esta calle estuvieron largos años, en los dos primeros tercios del siglo XX, el Café de Collado, el Café de Constantino, la casa solar de “los Facundines” y al final, ya casi en la calle de los Arcos (hoy Victorio Montes), el comercio modernizado de la Tienda Nueva (los Broseta y los Díaz) y la herrería de Julianazo enfrente.

No sé si en algún otro pueblo o capital existe alguna calle con tan bonito y excelso nombre. ¿Quién pondría este nombre a esta calle, más bien calleja, que se estrecha mucho por su comedio y se ensancha bastante por sus extremos?. Dios le tenga en su Gloria.

CALLE DE BUENA VISTA

De las cuatro calles paralelas que componen el Barrio de la Carretera de Casas de Pradas (Cooperativa de Viviendas Virgen de Loreto), la





última y más empinada, cuya espalda da al Barranco y abre sus viviendas a poniente –como sus hermanas paralelas- tiene el nombre de Calle de Buena Vista o Buenavista.

Obedece su nombre a ser construida y urbanizada en lo más alto de la ladera que sirvió para edificar toda la barriada dicha, y desde donde se distingue el más amplio panorama de la población venturreña. Hay, desde luego, “buena vista”

desde ella, por lo que merece tan poético y sonoro nombre.

Si nos atenemos a la geografía hispanoamericana, hay numerosas poblaciones, pueblos y aldeas, con el nombre compuesto de “Buenavista”, tanto en España como en casi todos los países americanos de habla española. Y si nos atenemos a pronunciarlo por separado nombre y adjetivo tan elogiosos, suena a bondades y manifiesta agudeza y contento.

Como todo el barrio dicho, esta calle vio su feliz terminación y rotulación en 1977, gracias al empuje de los socios cooperativistas del mismo, tras vencer algunas dificultades.

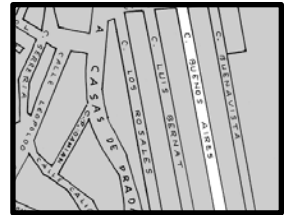
Es paralela superior a las calles de Buenos Aires, Luis Bernat, y de los Rosales, por este orden descendente, y por su lado norte y sur bajan, como guardando y cerrando la barriada, las calles de Sevilla y Barcelona, respectivamente.

Formaba parte este paraje de aquellos juegos infantiles de los años 20 y 30 del pasado siglo, en que en pandilla se subía desde la carretera, por la Casilla de la Era de don Fernando Montés, hasta llegar a la Capotilla del Montero, cruzando el Vallejuelo.

Enhorabuena a quien o quienes pensaron y realizaron tal denominación para esta calle de la nueva barriada, levantada en los años setenta de nuestro pasado siglo XX, en Venta del Moro.

CALLE DE BUENOS AIRES

En el nuevo Barrio de la Carretera a Casas de Pradas, edificado en los años setenta del pasado siglo XX –inaugurado en 1977, según reza el frontispicio de la fuente erigida en la primera de sus calles –la de los Rosales-, se extiende paralela entre la de Buena Vista y la de Luis Bernat, la Calle de Buenos Aires. Los promotores de la Cooperativa de Viviendas “Virgen de Loreto”, que asumieron la empresa de construir esta barriada (Cecilio García Onielfa, Raúl Latorre Castillo... y otros), tuvieron el acierto de proponer las rotulaciones más adecuadas para sus calles. Y muy particularmente para esta que nos ocupa: Calle de Buenos Aires.



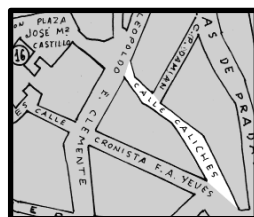
Semánticamente, como su paralela Buena Vista, no puede ser más expresiva su denominación en sentido positivo: un adjetivo de bondad califica a un nombre elemental para la vida, y lo hace pluralmente, como queriendo abarcar todo un bagaje vital de excelencias. Y este debió ser el motivo de su rotulación: por su extensión, elevación y dirección, la respiración por estos parajes se hace más fácil, acomodando las suaves auras a la contemplación del panorama.

Pero, aun reconociendo tan hermosa rotulación por el citado motivo

quiero recordar que también nuestro pueblo supo de antiguas emigraciones al Buenos Aires rioplatense o argentino de las Américas hispanas pues mucho antes del masivo absentismo de nuestra ruralidad en los años 50 y 60 hacia regiones y países más prósperos (Valencia, Barcelona, Francia, Suiza, Alemania, etc.), varios venturreños marcharon a Buenos Aires (Argentina y Uruguay, especialmente) en las dos primeras décadas del siglo XX, quedando allí alguna familia para siempre, aunque la mayoría volvieron sin mucho éxito en su empresa. Mi memoria recuerda a Facundo García Defez, Andrés García “Collado”, Miguel García de Fuentes (el único que regresó con alguna “riqueza”) y la verdadera “hazaña” de la tía “Gregoriona” –Gregoria López-, quien, al quedar viuda con seis hijos, dejó cinco en el pueblo al cuidado de otros familiares, y con su pequeño Miguel López y López –recién destetado- se embarcó para Buenos Aires en busca de trabajo y fortuna... y volvió al año siguiente tan pobre como se había ido; pero la fama de la tía Gregoriana adquirió por todo el pueblo acentos de gran ánimo y fortaleza. La verdad es que ya, por entonces, las Américas no eran tan pródigas ni tan fáciles. ¡El tiempo de “hacer las Américas” había pasado!

CALLE (DE LOS) CALICHES

La antigua Calle de los Caliches, a la que siempre se llamó “barrio” por ser eje de otras tres callejas que le llegaban por la parte norte flanqueando una barrancada que vertía sus turbiones en el huerto cercano de los Medina y los Herrero (Cercado de D^a Efigenia Herrero Haya y de D^a Rosa Medina, últimas estirpes hasta los años 30 del siglo XX) se extiende desde la plaza de José M^a Castillo (antigua de los Olmos) hasta encontrarse prácticamente con la Carretera de Casas de Pradas, siempre en dirección a levante y mediodía.



Hoy, ya urbanizado el barranco y edificadas sus orillas, quedan abocándose a Los Caliches las denominadas calles de Serrerías, de Leopoldo E. Clemente y la del Padre Damián, por el norte, y ya, hacia su final llegan a ella las calles del Cronista Feliciano Yeves y de Los Huertos, por la parte de mediodía.

Tradicionalmente y sin cambiar de nombre se llamó a esta calle y, como antes se dice, a este barrio, “Los Caliches”, sin duda alguna porque en sus orillas finales, antes de edificarse, existían algunos hornos de cal que sirvieron para la construcción de las principales casas del pueblo y, particularmente nuestra esbelta torre y revoques en la iglesia y casa parroquial. Tras ello, gran parte, al final de la calle, quedó como ejido y casquijal hasta que llegó, en los años cincuenta, la construcción de la Bodega “Grupo de Colonización” (1956).

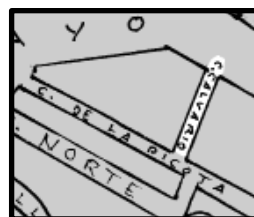
Aunque la palabra “caliche” parece y es derivada de cal, también, según el Diccionario de la Lengua, tiene otras acepciones más propias, que no nos sirven para explicar esta denominación de nuestro callejero, (costra desprendida del enlucido de la pared, piedra pequeña mezclada con el barro, “bolinche” para jugar, etc.), por lo que lo dejamos así.

Sí importa decir que la báscula pública que existió largos años en la Plaza de José María Castillo –que explotaba la familia de los “Facundines” y sobre la que hubo un templete o tómbola para que allí tocara la Banda de Música los domingos-, desapareció al comienzo de 1931, instalándose una nueva, a la izquierda de la entrada, desde la plaza dicha, a la Calle de los Caliches, tras ensancharse la anterior estrechez de este acceso.

Es digno de recordar también que, a la derecha de la calle, tras pasar de largo la ancha verja del huerto de D^a Efigenia, había un edificio que se llamaba “La Caserna” (frente a la carpintería de Francisco Clemente) que sirvió como “lazareto” para albergar a gentes ambulantes y tenerlas en cuarentena cuando había epidemia de cólera (1885), caserón que también había servido de cuartelillo para voluntarios realistas y la milicia nacional (1823 y 1836, respectivamente). Y ya en el extrarradio, se levantó la Bodega Ideal, por don Victorio Latorre, la primera gran bodega venturreña, en la década de los años cuarenta.

CALLE DEL CALVARIO

Entre la Carretera de Tamayo y la Calle de la Picota, se extiende de norte a sur la breve Calle del





Calvario, abierta para comunicar ambas, casi por frente a la Carretera de Requena y Subida al Cementerio. Es una calle corta y no muy ancha, únicamente de enlace y sin tráfico. Su denominación es muy significativa, ya que frontalmente y sobre un cerro o montículo que se eleva sobre el margen de la carretera antedicha, y cuyo acceso se verifica a escasos metros de la calleja del Cementerio, se trazó un Vía Crucis (“Camino de la Cruz”) o Calvario desde tiempo inmemorial, en recuerdo del camino seguido por Jesucristo Nuestro Señor por la calle de la Amargura hasta el Monte Calvario, Gólgota –o montecillo de la Calavera-, cargado con la Cruz hasta ser crucificado en ella. Numerosos pueblos y ciudades del mundo cristiano recuerdan las catorce estaciones del Calvario, generalmente en algún lugar altozano de las afueras de la población, como, efectivamente, fue alzado en nuestro pueblo.

Desde el Camino del Cementerio, retorciéndose por un enladrado caminito o ancha senda, se establecieron los catorce casilicios que recuerdan dichos pasos o estaciones, que son recorridas en oración la mañana del Viernes Santo y culminan en una breve capilla donde se contempla a Jesús Crucificado.

Se sabe de su existencia en Venta del Moro, seguramente desde finales

del siglo XVIII. Fue renovado y costeados sus nuevos casilicios a expensas de otras tantas familias venturreñas, el año 1944. Y en la década de los años ochenta fue convenientemente ampliado el camino, aseado y mejorado en sus accesos y en su curso retorcido y en ascenso. La Procesión de los Pasos, en el Viernes Santo, todavía sigue realizándose en nuestro pueblo.

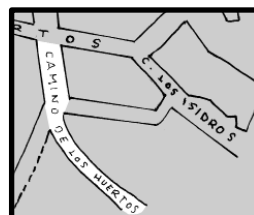
Con anterioridad a la erección del Calvario, donde hoy y desde hace más de dos siglos se eleva y se contempla, según tradición, el rezo de las estaciones del Vía Crucis se realizaba en lo que hoy y siempre se llamó y se llama, Camino o Calle de las Cruces, que por algo tiene este nombre.

La actual Calle del Calvario, nos señala y recuerda la costumbre y tradición de los Pasos en la mañana del Viernes Santo. Es muy justo y hermoso que esta calle se rotule y llame así, por su proximidad y por su dirección.

CALLE CAMINO DE LOS HUERTOS

Cuando termina la antigua Calle de los Huertos (actualmente prolongada en recodo hasta encontrarse con la de Caliches) en la última esquina de la ollería de los Ponce Escrich (de la tía Rafaela) y por frente a la verja y tapias del cercado de D^a Efigenia, se abría y extendía hacia el sur cercano a la Rambla Albosa, lo que aún sigue llamándose Camino de los Huertos. Era un camino llano, con ligerísimo declive hacia las afueras del pueblo, tapiado a su derecha y una sola portada de acceso a otra ollería (Constantino López) siguiendo el tapial guardando los primeros huertos del regadío de dicho nombre, salvo los pequeños huertecillos de Los Desmayos hasta la Cuesta de la Noguera. Discurría el camino entre el tapial –a la derecha- y las viñas y sembrados de D. Fernando Montés hasta casi llegar al huerto del tío Julianazo.

Era una verdadera delicia el paseo por este paraje, y no es de extrañar fuera buscado y usado por las fuerzas vivas y doctas del pueblo, de por entonces y desde mediados del siglo XIX, y que por ello se llamó enfáticamente “Paseo de los Doctores”. Camino que, tras casi un kilómetro de



recorrido llano bordeando las huertas, se unía a la carretera a Casas de Pradas por debajo de La Pedrera, siguiendo como senda únicamente sobre el ribazo acequiero del regadío. Antes, y cuando terminaba el tapial, un sendil bajaba a la Albosa para ver fluir y oír el murmullo de la fuentecilla del tío Julianazo.

La denominación es tan antigua que se escapa de nuestra memoria, al igual que la de su calle homónima: y es natural, porque eran las últimas cercanas y bordeando los pequeños regadíos de la margen izquierda de la rambla más cercanos a la población, ya que los del Riego de la Canal –hacia arriba- y el Riego del Prao –mucho más abajo del que nos ocupa- están bastante más alejados del núcleo del pueblo.

Se recuerda que este Riego de los Huertos obtiene el agua de la Albosa en una pequeña presa a unos 500 metros aguas arriba del Puente de Piedra, y termina o terminaba en la huerta del tío Chacón. Poco más abajo se abría el acequaje que llevaba las aguas de riego al llamado del Prao, tomándolas de una hermosa presa y un bonito acueducto, frontal a La Lastra.

Y como nota bucólica y siempre viva en la memoria de los mayores, la olmeda, nuestra famosa y rica olmeda guardando fuentecillas, verdor y encanto inigualable. Hoy; enhiestos mástiles secos que dieron mucha vida a nuestra carpintería rural, y sombra y suaves auras a nuestros antepasados hortelanos... ¡y hasta alguna cosechilla de hongos, moras y majuelas!. Quien sepa rezar, que rece un responso por la kilométrica y más kilométrica olmeda de nuestra Rambla Albosa, muerta por “grafiosis”, enfermedad que no deja verde ni sano a ningún olmo de toda Europa.

CALLE DE CAMPORROBLES

Es un gran honor y mérito que los pueblos comarcanos recuerden a sus hermanos y lo hagan, como ha hecho Venta del Moro, rotulando algunas de sus calles con tal motivo. El recuerdo y la solidaridad, los fraternos lazos de amistad que se proyectan en mutuas colaboraciones y empresas de mejoramiento, mueven a este recuerdo para siempre. Que al fin y al cabo



somos la misma gente y la misma tierra, el mismo idioma y parecido costumbrismo aun con peculiaridades propias.

Por todo ello se ha rotulado con el nombre de Camporrobles a una de nuestras calles. Algo que también se ha hecho con Fuenterrobles, Caudete, Villargordo y Sinarcas. El acuerdo del Pleno municipal de 15 de septiembre de 1995, así lo certifica y corrobora. Lo que sí nos ha extrañado es que la Calle de Camporrobles vino a sustituir a su anterior denominación (que era Calle de Valencia), sin que esta última denominación –la provincia y Comunidad a la que pertenecemos- aparezca (quizás por error u olvido) en nuestro callejero.

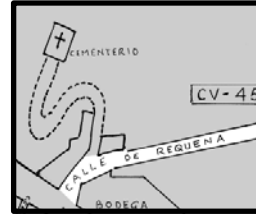
La Calle de Camporrobles es la más norteña de las que componen la nueva barriada periférica venturreña junto a la antigua carretera a Caudete y Utiel –a cuyo tramo aldeaño y paralelo al norte de la calle que nos ocupa, se le ha bautizado como “Avenida del Deporte”-, y es paralela a las otras dos, más al sur en dicho barrio, llamadas de Antonio Vento Galindo y Emilio Díaz Guindo, respectivamente. El conjunto de esta barriada se construyó en la década de los años noventa (finales del pasado siglo XX) en solares, terrenos y ejidos de varia propiedad, entre las dos carreteras: la de Caudete-Utiel, al norte, y la de Tamayo al sur.

Hablando de Camporrobles, pueblo titular de esta calle, sabemos que perteneció como aldea al inmenso territorio municipal de Requena, hasta el año 1782, en que se independizó del mismo, formando municipio aparte. Igual que lo había hecho Villargordo en 1748, y después, ya en 1836 lo hicieron Caudete, Fuenterrobles y nuestra Venta del Moro.

Es uno de los pueblos más importantes de nuestra Comarca por su riqueza económica, su población, vías de comunicación y su historial –que se remonta al periodo Ibérico, como lo atestiguan vestigios muy importantes en el poblado del Molón-; su única aldea es La Loberuela. A mediados del siglo XX contaba con unos 2.500 habitantes; actualmente escasamente 1.500. Su término ocupa 8.918 hectáreas y linda por el N. y O. con Aliaguilla y Mira (Cuenca), por el S. con Villargordo; y por el E. con Fuenterrobles y Utiel.

CALLE CARRETERA DE REQUENA

Es propiamente el inicio o comienzos de la Carretera a Requena por Los Ruices y El Azagador, convertida en calle, con edificios a un lado y otro, dejando a la izquierda el camino que conduce al Calvario y al Cementerio. Nace, por lo tanto, como una prolongación de la antigua “Picota” cruzando la Carretera de Tamayo hacia el oeste y de Casas de Pradas hacia levante.



Esta carretera a Requena fue acordada por la Diputación de Valencia en 1929 y no se terminó de construir en todos sus tramos hasta 1945. Se realizó siguiendo el viejo camino hacia Requena, por donde los verederos, alguaciles y andarines llevaban y traían todo el papeleo propio del Juzgado de Instrucción del Partido, del Cantón Militar y otros servicios de la Administración, a partir de nuestra independencia en 1836, y desde siempre, por ser aldea de Requena, de la que heredamos lo de Villa de Realengo, tras la emancipación en la fecha antedicha –junto a Fuenterrobles y Caudete-, culminándose esfuerzos, méritos y solicitudes que, aunque lográndose apartar de la secular tutela requenense, nunca rompió sus lazos, pero tratándose de igual a igual con total independencia municipal, aunque no de la jurisdiccional de la Justicia. Y, por supuesto, debido a su mayor lejanía y a la costumbre establecida desde siglos, en lo comercial, apenas hubo vinculación con Requena, ya que ello era absorbido por el tráfico con Utiel; y mucho más, porque las comunicaciones eran más cortas y fluidas con esta última población; y todavía más al construirse en 1885 el ferrocarril Valencia-Utiel, siendo paradójico que antes de ultimarse la carretera a Requena (que nos ocupa en estas líneas) ya habían sido construidas a nuestras aldeas y hasta llegar a las carreteras nacionales Madrid-Valencia por Jaraguas y Caudete, por un lado, y por otro hasta la nacional de Albacete, por Los Isidros.

De cualquier forma, nuestra hermana hoy –ciudad de Requena-, fue nuestra madre desde los tiempos de la conquista a los árabes en 1238-1239, hasta que nos independizamos en 1836. Y esos vínculos jamás se rompieron.

Tampoco hay que olvidar que la calle más larga del pueblo, que lo cruza de norte a sur hasta la Plaza de la Iglesia, la hoy calle de Fidel García

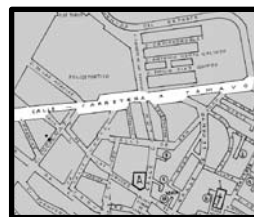
Berlanga era llamada, hasta 1906, en que cambió de nombre, Calle de Requena.... y mucho antes, “Calle Larga”.

Su actual denominación de Calle Carretera de Requena, lo es precisamente –además de ser camino de enlace con la Cabeza de Partido y de Comarca, -porque tras sus edificaciones comienza la llamada de siempre “Cuesta de Requena”-.

Son hechos que no se pueden ni deben olvidar porque la Historia es así, maestra de la vida y de los tiempos y... ¡ay de los pueblos que olvidan su historia!.

CALLE CARRETERA DE TAMAYO

Hacia 1950 se construyó el tramo de carretera que, circunvalando nuestra población por el norte y el oeste, enlazaba la de Caudete –ya casi a la altura del cruce con la de Requena- con la de Casas de Moya y Tamayo, y tomando el nombre de “Carretera de Tamayo”, que, precisamente, es la amplia calle de la que tratamos ahora.



Cuando se construyó, solamente existía un proyecto para trasladar el viejo Campo de Fútbol del Arenal, sobre unos bancales de olivar que había a la derecha de la misma, y cuya instalación deportiva se realizó e inauguró en 1951. No existía por entonces ninguna otra edificación en dicha parte de la carretera, la cual tuvo algún problema de ultimación en el punto donde se construyó el puente sobre la Rambla Albosa, ya prácticamente abocando al enlace con la de Casas de Moya y realmente de Tamayo. El problema se resolvió en la entonces Magistratura del Trabajo, en Valencia, a favor de los trabajadores que hicieron dicho puente y en contra de un contratista requenense, quien hubo de atender el plus familiar y otras reclamaciones.

Hoy esta amplia calle-carretera recibe por la derecha, en dirección oeste, la llamada Avenida del Deporte, y las calles de Caudete de las Fuentes y la de las Acacias. Y por su izquierda, que bordea la población, recibe o se abren las calles de Fidel García Berlanga, Calvario, San Juan, Lepanto,



Arcángeles, Colón, Villargordo, Cuartel, Cocheras y Calle de las Cruces (en su final).

Haciendo obligada referencia a esta Carretera decimos que en 1918 se solicitó de la Diputación su trazado y construcción hasta Casas de Moya y ramal a Casas del Rey, que se hizo hacia 1920. Unos años después, en 1926, se pidió la continuación de la carretera hasta Tamayo y en 1930 se empezó la misma, con un ramal desde la Casilla de Moya hasta Casas de Pradas, terminándola un año después.

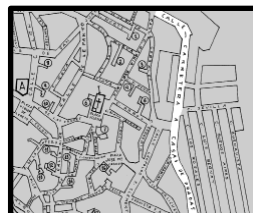
Igualmente nos referimos a su término, es decir, Tamayo, aclarando que, aunque figura Tamayo, debe ser Santa Bárbara, aldea riachera del Cabriel venturreño, ya que el propio Tamayo, al otro lado del río, frente a Santa Bárbara, era de otra provincia: Albacete. Sin embargo, oficialmente y con sus indicadores y señales fue la Carretera de Tamayo (al fin y al cabo, un puente de vigas, ramaje y tierra apisonada, atravesaba el Cabriel, tras dejar Santa Bárbara).

Y volviendo a la calle-carretera, entre esta y la calle dedicada a Caudete, además del antiguo campo de fútbol se halla la Piscina y el Polideportivo Municipal, construidos en 1972. Pero unos años antes, se construyó una Plaza de Toros, de cuya historia trataremos de dar

cuenta cuando comentemos las calles de Caudete de las Fuentes y de San Juan.

CALLE CARRETERA DE CASAS DE PRADAS

Con respecto a esta calle, es realmente el comienzo de la carretera de Venta del Moro a Los Isidros (y enlace con la general de Albacete-Requena), pasando por Casas de Pradas, que se solicitó en 1912 y se construyó en 1913, al mismo tiempo que la de la Casa Segura a la general Madrid-Valencia por Jaraguas, gracias a la gestión de D. Fidel García Berlanga ante la Diputación de Valencia.



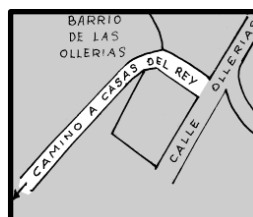
Discurre bordeando el antiguo barrio de Los Caliches y el Barranco (hoy ya urbanizado formando la calle de Leopoldo Clemente, antigua de Serrerías). Comienza en el cruce de la carretera de Requena y calle de García Berlanga, abriéndose hacia el sur. Por sus encomedios se abre, en pronunciada rampa ascendente, la Calle de Sevilla, primera lateral de la barriada Cooperativa de Viviendas Virgen de Loreto (humorísticamente, barrio de "Lian San Po"); y por la derecha, tras unos bonitos jardinillos y la amplitud del Mercado Municipal, se abren la calle de Leopoldo Clemente, y la del Padre Damián para recibir seguidamente a la calle de Caliches, prosiguiendo su ruta a Casas de Pradas.

Dicha ya la historia de la construcción de esta Carretera, no nos queda más que comentar el esfuerzo y el buen hacer de nuestros munícipes venturreños, transformando lo que era un sucio barranco casi vertedero que, cuando las tormentas diluviaban por la Cuesta de Requena y sus alledaños vertientes, se abarrancaban entre los corrales traseros de la Picota y los Caliches, vertiéndose en el cercado de doña Efigenia y subsiguiente salida por la verja del Camino de los Huertos. Hoy, y desde su planificación y urbanización en los años ochenta de nuestro pasado siglo XX, aparece, desde sus comienzos desde las Serrerías hasta el sureño cruce de las Bodegas y los Huertos, como una realización de excelencia. Lo digo porque también afecta a la bonita calle que, sin muchos méritos, se rotuló en 1995 con mi nombre.

En cuanto a la denominación expresa de esta calle-carretera, Casas de Pradas, merece especial atención, y que se glosará en su lugar apropiado, ya que es una de las aldeas más bonitas de nuestro extenso término municipal. Su nombre, que fue propiciado por la familia de los Pradas, sin duda alguna de procedencia utielana, se define por sí solo... Aquel primitivo caserío de los Pradas de comienzos del siglo XVIII (se decía) era un encanto entre el hortal, las viñas primeras, el molino y el incesante murmullo de la Albosa.

CALLE CAMINO DE CASAS DEL REY

Al otro lado de la Rambla Albosa, pasando el viejo puente de piedra, tomando la Calle de las Ollerías, por su comedio se abre el Camino de Casas del Rey, a cuyo tramo inicial se le puso el nombre de calle de San Luis en los años ochenta del pasado siglo, y que hoy, por acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995, sigue llevando el nombre antiguo de Camino de Casas del Rey. Y es precisamente donde comenzaba el caminillo de herradura que llevaba (y lleva) a la vecina aldea de este nombre; y digo de herradura, porque por el mismo sólo transitaban peatones y acémilas de carga, no siendo apto para carros.



La denominación viene de muy antiguo. Desde la fundación de aquel caserío como aldea, que, casi sin duda, empezó a llamarse así desde 1706 en que el Archiduque Carlos de Austria –pretendiente a la Corona de España durante la Guerra de Sucesión, en contra de Felipe V de Borbón-, hubo de alojarse en alguna de sus casas, tras pasar el Cabriel por Vadocañas con su guardia de cien jinetes, perseguido por las tropas borbónicas de la Manchuela.

Y recordando todavía más lo que a este respecto se escribió para nuestra pequeña historia, siempre se llamó Paso del Rey al vado y sus prolongaciones que existía para cruzar o pasar la Albosa, precisamente por el lugar donde se construyó el Puente de Piedra en 1915. Y es muy significativa esta denominación, toda vez que los demás pasos o vados de la Rambla Albosa para llegar (de su margen derecha a la izquierda) a la población ventamorina eran, desde el punto que estamos, aguas abajo, los de Los Desmayos y

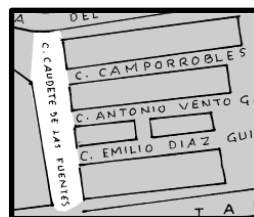
de la Cuesta de la Noguera. Siendo el más cercano y vadeable el referido Paso del Rey –que no es nombre de paraje como los otros, sino obedeciendo a hechos históricos-.

Por otra parte y atendiendo a la denominación de la aldea, por cierto pasó, sin llegar a perder su nombre, a querer ser Casas de Cristo Rey al inaugurarse su iglesia en 1925, y en sentido más opuesto a intentar llamarse Casas de Lenin en 1936.

Aldea cercana a Venta del Moro, la más próxima, siempre como sencilla y agradable en su apacible tranquilidad, junto a la rambla de la Ullana... y con el imborrable recuerdo de su caserío, sus fuentes y sus huertas. Un encanto de aldea, un pequeño paraíso que hoy, bastante despoblada, todavía conserva su belleza y armonía en la placidez campesina.

CALLE DE CAUDETE DE LAS FUENTES

Enlazando la carretera de Caudete con la de Tamayo se abre, perpendicular a ellas la calle que actualmente se llama de Caudete de las Fuentes, por acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995.



Anteriormente era llamada Calle de Utiel, denominación parecida a la oficialmente en vigor, pues prácticamente era la entrada a Venta del Moro, de los servicios de correo, viajeros y transportes en general, desde Utiel, y salida de los mismos hacia la Carretera General Madrid-Valencia, por Caudete y Utiel. Y ello, a partir de mediados del siglo pasado, pues con anterioridad y sin dicha entrada, pues solamente era una senda por frente al paraje que se decía “Barraca del Peón”, había que hacer un cierto rodeo, pasando un puente, para llegar al comienzo de la Picota –calle de Fidel García Berlanga-, por donde en principio era la entrada y salida de nuestras comunicaciones, servicios y transporte. No olvidando que hasta finales de los años veinte, apenas se veía un automóvil, camioneta o camión por nuestra población, ya que se venía haciendo por carros de tracción animal o simplemente a carga de acémilas. De aquí la importancia del oficio de “aperrador” y carpintero, que llegó a contar en La Venta hasta cinco estableci-

mientos o talleres de esta clase. Después llegó la bicicleta (furor y afición juvenil por el ciclismo en los años 30 del pasado siglo) y luego... los vehículos a motor... y el tractor. Murieron casi totalmente los carros y las cabañerías ante la masiva mecanización del campo y los servicios.

Ateniéndonos a la Calle de Caudete de las Fuentes, se deja constancia de que a su izquierda da concretamente el Polideportivo Municipal (inaugurado en 1972), Piscina y Plaza de Toros (la Sociedad Taurina se formó en 1969-70, ya en abandono total, tras un surgir de entusiasmos y aficiones que propiciaron su construcción e instalación. Se inauguró el 24 de junio de 1971, día de San Juan).

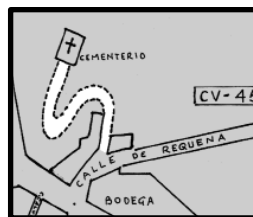
A su derecha, esta calle bordea en perpendicular el llamado “Barrio de la Carretera”, terminado en 1995, con sus tres calles (Camporrobles, Antonio Vento Galindo y Emilio Díaz Guindo) abocándose a la de Caudete, que nos ocupa.

Y del nombre de Caudete de las Fuentes, que antes de independizarse como municipio (cosa que logró junto a Fuenterrobles y Venta del Moro, desglosándose de Requena en 1836) diré que se llamaba Caudete de Requena y cambió de nombre por razón de su abundancia en fuentes.

Su término municipal tiene 3.415 hectáreas de superficie, y su población actual no llega a los 850 habitantes. Linda su término con los de Venta del Moro, Utiel y Fuenterrobles, que lo rodean. Adquirió su mayor importancia a comienzos del siglo XX por ser paso de la Carretera General Madrid-Valencia, la Nacional III después, y su proximidad a la ciudad comercial de Utiel.

CALLE DEL CEMENTERIO

Saliendo de los comienzos de la carretera a Requena tras el cruce con la de Tamayo y continuación de la vieja “Picota”, a medio centenar de metros y a la izquierda, se abre en estrecha y prolongada cuesta la Calle del Cementerio, que, como su nombre indica, sube ya como camino del



Calvario, primeramente y a la izquierda, y ya casi rectamente al Cementerio Municipal.

Se sabe que antiguamente se acostumbraba a enterrar a los difuntos en la propia iglesia parroquial, hasta bien entrado el siglo XIX.

Fueron precisamente las fuerzas invasoras francesas –mejor dicho, sus jefes- quienes aconsejaron la construcción de cementerios o “camposantos” en las afueras de los pueblos por motivos de sanidad, todo ello hacia 1811, antes de abandonar definitivamente estas tierras y pueblos o aldeas al año siguiente. Y el consejo prosperó.

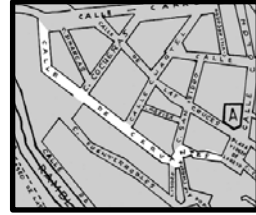
Parece ser que en Venta del Moro el “Cementerio Viejo” se construyó tras la primera Guerra Carlista (1833-1840), precisamente cuando consiguió la emancipación de Requena (1836), es decir, a mediados de dicho siglo XIX, y ejerció sus tristes y piadosas funciones durante casi tres cuartos de siglo, desde 1850 aproximadamente, hasta 1920, año en que se construyó el Nuevo, en terrenos aledaños y lindantes con el primero, cedidos gratuitamente por el prócer requenense, vecino por muchos años de Venta del Moro, D. Fernando Montés Llanos, abogado que nunca ejerció, por dedicarse aquí en nuestro pueblo a la fabricación de alcohol de vino y subproductos; lo atestigua la vieja fábrica de la Cuesta de los Desmayos, que dejó de funcionar cuando instalaron la más moderna de este género y tipo, en las cercanías, los hermanos Antonio y Julio Vento Galindo.

El llamado Cementerio Nuevo ejerció su fúnebre cometido hasta hace mucho tiempo (comienzos del actual siglo XXI) y todavía lo hace en sus últimas disponibilidades. Pero en la actualidad y desde hace unos años (2003-2004), otro espacio tapiado, al norte del que se llamó Cementerio Nuevo, acordado y realizado por la Municipalidad venturreña a comienzos de nuestro siglo, viene a ejercer, ya más modernamente en nichos fabricados en bloques, pues ya desde mediados del siglo XX se abandonó la costumbre del enterramiento tradicional. Nuestro Cementerio Viejo estuvo y está presidido por un enorme pino, como amparando a nuestros antepasados. Y también, por el centro del Nuevo hubo una cruz de piedra y obra, de bastante tamaño, como rezando y bendiciendo los huesos, tumbas, cruces y nichos de muchos venturreños que conocí... Entre ellos, mis abuelos, padres, hermanas, tíos, primos, amigos y vecinos coetáneos... y muchos

más, a los que encomiendo a Dios en mis oraciones y preces.

CALLE DE CERVANTES

Nueva calle de glorioso nombre y rotulación, la Calle de Cervantes se extiende casi paralela a la antigua Calle de las Cruces, precisamente trazada y urbanizada, en el último cuarto de siglo XX, en el ensanche hacia el este y el mediodía de Las Cruces, que, también popularmente se llamó Barrio de Jaraguas en el hermanamiento y distinción con nuestra mayor, populosa e histórica aldea (de la que nos ocuparemos al comentar la ancestral calle, eje de la barriada, la importante Calle de las Cruces).



Ciñéndonos a lo que hoy se llama Calle de Cervantes, su trazado comienza en la Plaza de la Virgen de Loreto, por su ángulo S.O., y se extiende hasta la Carretera de Tamayo, cruzando la también nueva, Calle de San Isidro y la de Bajada a la Glorieta, -por la izquierda esta última-; recibe por su derecha a la Calle del Cuartel y cruza la Calle de Cocheras, para terminar en ángulo hacia el norte hasta encontrar su final en la referida Carretera de Tamayo.

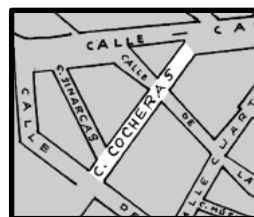
Su primer tramo era antiguamente un estrecho pasadizo abierto entre la casona de los Cárcel, en la plaza, y la espalda del Jardín del Francés y la Colonia (que después fueron viviendas de los Latorre Ochando hasta hoy), siguiendo por la derecha la pared trasera del Gran Teatro; la izquierda de este primer tramo era un cebadal (y casi estercolero) que daba al S. sobre la senda de La Canal. Lo que seguía edificado, de trecho en trecho, eran corrales, una era, la cochera de Jesús Cervera y alguna vivienda casi aislada. Hoy, toda la calle en su larga extensión está urbanizada y pavimentada, siendo como el eje del nuevo ensanche del sudoeste venturreño.

Sin más historia que la referida, datando la calle y la nueva barriada de los años setenta y ochenta del pasado siglo, hemos de comentar, como se merece, el glorioso título que ostenta, significando de antemano que habrá muy pocos pueblos y ciudades de España donde no se halle el recuerdo cervantino de su nombre en una placa rotuladora de calle o plaza. Y casi es

innecesario decir algo –lo más importante- de este célebre personaje porque se supone es o debe ser conocido por todos los españoles que hayan asistido a la Escuela Primaria o a Centros de Enseñanza Superiores –estos, con mayor motivo-. Sin embargo, recordamos que D. Miguel de Cervantes Saavedra, que vivió entre los años de 1547 a 1616, nacido en Alcalá de Henares y fallecido en Madrid, fue llamado Príncipe de los Ingenios Españoles, titulación universal conseguida por ser el autor del “Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, libro de lectura universal, cuyo cuarto centenario se ha celebrado el pasado año 2004 en todo el mundo, y también “El Manco de Lepanto” por haber combatido en aquella célebre batalla naval y haber quedado manco en ella. Uno de los mayores elogios que Cervantes y su inmortal libro recibieron, fue escrito por un literato y militar, Leopoldo Cano que dijo: “El mejor libro del mundo lo escribió un manco de mi tierra”.

CALLE DE COCHERAS

La Calle de las Cocheras forma parte del ensanche urbanizado, que se trazó y realizó en los años ochenta del pasado siglo XX, en la parte sur del barrio y Calle de las Cruces.



Nace en el extremo oeste de la calle dedicada últimamente a Fuenterrobles y dirigiéndose hacia el norte, acaba abocándose a la amplia Calle Carretera de Tamayo, después de cruzar la Calle de Cervantes, primero, y la de las Cruces en su tramo final.

Tiene un trazado recto, ancho y urbanizado, de aspecto moderno, como lo es prácticamente todo este barrio del ensanche sureño y occidental de nuestro pueblo.

No tiene historia lejana. Solamente apunta su denominación al hecho de que en sus comienzos por la parte de mediodía estuvo muchos años la cochera-garaje donde Jesús Cervera Navarro, primero, y después su hijo Julián Cervera Salinas, guardaban su camioneta o autobús que hacía diariamente el servicio de correos y viajeros a Utiel pasando por Jaraguas y

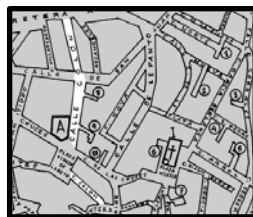
Caudete de las Fuentes: era “La Venturreña”, la célebre “camioneta” de los inicios, y luego ya, el viejo autobús con su baca, su cobrador (Millán García Ruiz), su gasógeno en los años de crisis económica (la década de los cuarenta del siglo XX) y muchas historias e historietas en su interior y en su trayecto, que se solía hacer partiendo de Venta del Moro hacia las ocho o nueve de la mañana, para volver de Utiel hacia las dos de la tarde.

Esto de la cochera –y otras cocheras- que han dado nombre a la calle que nos ocupa, tiene mucho que contar; mucho más de alegrías, desenfados, popularidad, sobresaltos, y una pena muy grande: la muerte por accidente del primogénito de Julián Cervera cuando solo contaba escasamente una docena de años.

De los viajes diarios, accidentes menores, vicisitudes, algunas trapacearías, bromas y chistes de la camioneta o autobús de Jesús, se puede contar o relatar un novelón, más que de ficción, de realidades y sucedidos entre el drama, la comedia y el sainete que protagonizaron los chóferes o conductores, los viajeros de todas clase, edad, sexo y pelaje... y, muy particularmente de quien hacía de cobrador y recadero, ordinario o cosario, que, como ya se ha anticipado, era Millán García, el hijo del más antiguo ordinario que ejerció en nuestro pueblo, yendo y viniendo a Utiel y de Utiel con su machillo romo y su carro, que valía para todo.

CALLE DE COLÓN

Incomprensiblemente hay en Venta del Moro dos calles con el título de Calle Colón. Quizás obedezca el caso a que alguien creyó haber algo de continuidad en ambas, cuando en realidad nada tienen en común. Una de ellas, la más corta, que baja en cuesta pronunciada, va desde la Plaza Virgen de Loreto, en dirección S.E., para abocar a la Calle de la Montera en la placetilla del Bar Cervera, a la que efectivamente se le bautizó, hacia 1950, con este nombre. Pero la otra, la más importante, que nace al N. de dicha Plaza Virgen de Loreto, sube en ascenso continuado desde el propio edificio del Ayuntamiento, y cruzando la Calle de San Juan, llega a la Carretera de Tamayo. Esta calle fue rotulada tras la construcción e inauguración del



nuevo Ayuntamiento o Casa Consistorial el 7 de diciembre de 1989. Así, pues, separadas por la amplia plaza dicha, dos calles, no en línea recta o igual dirección, sino formando casi ángulo recto, ilógicamente llevan la misma titulación.

La primera no tiene más historia (y es bastante) que la de abrirse, partiendo de la calle de la Montera hacia arriba, entre la casa solar de los Latorre Castillo (D. Victorio Latorre Cárcel fue Secretario de nuestro Ayuntamiento durante más de 30 años), y el edificio de los Cervera Salinas, que fue Ayuntamiento, Juzgado y Bar-Café entre 1939 y 1953, de lo que queda únicamente el bar.

La segunda, de la que ya se ha dicho su trazado anteriormente, era hasta mediados del siglo XX el límite del barrio de las Cruces, tenido e historiado como Barrio de Jaraguas. A su derecha se abrían dos callejones (los de Los Gatos y del Conejillo, como hoy llamamos) y a la izquierda era un amplio solar, desde su esquina hasta el Cuartel de la Guardia Civil. Aquel solar fue precisamente el Campo de Fútbol del Venta del Moro F.C., que se llamó “Campo del Arenal” cuando el terreno de juego iba bordeando la calle de norte a sur, por el saliente, y un olivar por el poniente; esta instalación, sin entrada ni vallado, duró hasta la construcción del Cuartel de la Guardia Civil en 1931, cambiando su dirección el terreno de juego (o sea, de saliente a poniente) ya en los años 30 y 40, porque se extendió o alargó hacia el O. por compra y arranque de un bancal de oliveras, y por este motivo pasó a llamarse “Campo del Oliveral”. Todo lo dicho ocupaba lo que hoy es Ayuntamiento, Colegio Público, su patio de recreo, y las viviendas para el médico y maestros y Centro de Higiene Rural, que se construyeron entre 1947 y 1952. El límite sur del Campo era una gran horma que caía a la Calle de las Cruces, y el linde N. lo constituía el Cuartel de la Guardia Civil y su patio Trasero.

Siguiendo la calle hacia el N., lo que hoy es el Albergue Municipal “Hoces del Cabriel”, inaugurado en 2002, era el propio Cuartel de la Guardia Civil, construido en 1931, cambiando e instalando el Puesto que desde 1916 se instaló provisionalmente en el Edificio de la Colonia del Francés, de la Calle de las Cruces: Así podemos decir que la historia de la Guardia Civil en nuestra población duró tres cuartos de siglo exactamente (desde 1916 a 2001, en que se suprimió definitivamente). Continuando la

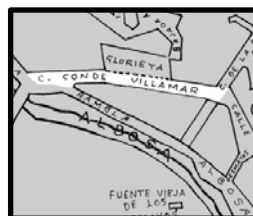
calle hasta llegar a la Carretera de Tamayo, después de cruzar un camino (la hoy Calle de San Juan) que iba desde el que bordeaba el Cercado del Francés (hoy Calle de Lepanto), pasando por las cuadras y almacén de Rafael Lavarias hacia el oeste y por el lateral norteño del Cuartel para seguir hacia la Noria y La Canal, parajes hortelanos y secanos, no había más que corrales, eras y ejidos. Hoy, bien urbanizada y pavimentada es la calle principal de acceso al centro de nuestro pueblo en su parte moderna.

Y refiriéndonos concretamente a su denominación, no puede ser más célebre e ilustre: Calle de Colón. Y aunque creemos que nadie ignorará lo que universalmente representó para la Historia de la Humanidad, diremos que Cristóbal Colón, marino genovés al servicio de los Reyes Católicos y España, realizó el más famoso viaje del mundo, partiendo del Puerto de Palos de Moguer (Huelva) el 3 de agosto de 1492, con tres carabelas, “Pinta”, “Niña” y “Santa María” y, pasando por Canarias, llegó el 12 de Octubre de dicho año, a la isla de Guanahani (San Salvador), iniciando con ello el Descubrimiento y Colonización de América. Después de otros tres viajes para descubrir nuevas tierras americanas, Cristóbal Colón “Almirante de la Mar Océana”, murió en Valladolid en 1506. Y es curioso, pero el lugar donde reposan sus huesos ha sido y es todavía motivo de controversia.

Nuestro Pueblo, Venta del Moro, recuerda tan glorioso nombre, no una vez, sino dos, con sendos rótulos callejeros; duplicidad que es errónea aunque falta de malicia. Error que puede y debe subsanarse; cuestión fácil de resolver dejando la calle más importante con el nombre de Colón y sustituyendo la otra rotulación con otra denominación.

CALLE DEL CONDE DE VILLAMAR

Desde el Puente de Piedra, construido sobre la Rambla Albosa en 1915 –por el constructor utielano D. José Ruiz-, para sustituir al antiquísimo vado del “Paso del Rey” que enlazaba con el camino a dicha aldea, adelantándose en el pueblo casi paralelamente al curso de la rambla, hasta llegar al cruce con la Calle de la Montera (hacia el norte) y de la Calle de los



Huertos (hacia el este) se extiende la calle –que en principio de llamó Avenida- del Conde de Villamar.

Es una calle bastante ancha que adquirió gran importancia en las décadas de los años 30 a los 70 del pasado siglo XX por su industriosa actividad, ajetreo, circulación, viajes obligados a la fuente pública antes de instalarse la red de aguas potables y alcantarillado, y otras razones que se dirán seguidamente.

Entrando en ella desde el cruce con la Montera y Los Huertos, se hallaba a la derecha la Fábrica de Alcohol Vínico de los hermanos Vento Galindo –cuya principal entrada daba al final de la Calle de la Montera-, y frontalmente a la izquierda las dependencias de almacenamiento de leñas, orujos de uva, etc. , de dicha fábrica, que siempre se tituló “La Venturreña”. Seguía por la izquierda la Fábrica de Harinas “La Ideal”, de Julio Pérez García, y seguidamente su Molino de Piensos, siguiendo un espacio descubierto hasta el Puente citado. Y ocupando su derecha, tras la fábrica de alcohol y la vivienda de Antonio Vento, separada por el Camino que bajaba a la Glorieta, se hallaba esta –que todavía sigue como espacio de ocio y recreo-, y seguidamente la Fuente Nueva, el Lavadero Público, el Matadero Municipal (construido en 1954) y el Almacén de Julio Pérez, ya casi en la entrada al Puente de Piedra.

Cada una de las referidas instalaciones tiene su propia historia, que, resumiendo, es así:

-La fábrica de alcohol de los Vento Galindo se instaló en Venta del Moro a principios de los años veinte, tras un primer intento de instalación en Casas del Rey, donde contrajo su primer matrimonio el mayor de los hermanos fundadores, Antonio Vento Galindo. La fábrica “La Venturreña”, fundada por este y su hermano Julio, funcionó largos años, obteniendo alcohol puro de 96° (y otros subproductos) que, aparte su comercialización, les servía también para atender, como materia prima, la fabricación de toda clase de licores alcohólicos en la famosa instalación “Destilerías Vento Galindo” de Aldaya (Valencia) de donde eran originarios, cuya celebridad se extendió por toda la región valenciana y otros lugares lindantes.

La fábrica de alcohol de los Vento Galindo fue altamente beneficiosa para la economía venturreña, tanto por contribuir al presupuesto municipal con sus impuestos, como por dar trabajo fijo y aleatorio a muchas familias venturreñas, especialmente en los años de la posguerra y de penuria económica, con eventuales jornales en faenas afines a la industria del alcohol vínico. Todo se acabó en los 70.

-La Fábrica de Harinas “La Ideal”, fundada en principio por Julio Pérez García y Victorio Latorre Cárcel, en 1930 -quedó ya en los años treinta como propiedad del primero. Funcionó hasta los años 70 del pasado siglo. Y tuvo épocas de gran fama, tanto por los productos que fabricaba como por el trato cordial, grato y simpático del tío “Julio el Molinero” –que así siempre se le dijo popularmente- con el que distinguía a su clientela, que llegó, por algunas décadas a extenderse por toda la comarca venturreña y requenense. Y fue muchas veces ayuda generosa –aparte lo lógico de su provecho particular- para muchas gentes campesinas y jornaleras en situaciones de penuria y necesidad.

-La Glorieta fue construida por rebaje de hormas y extracción y aplanamiento de tierras de la huerta del tío Alborguillas, ya por entonces propiedad de Simón Márquez, pedrichero que se avecindó aquí en los años 40, al terminar la Guerra Civil (36-39). Fue el primer intento y realización de un paseo público, sobre la fuente y abrevaderos y la huerta dicha, cambiándose la fuente (Fuente Nueva se llamó) de lugar y orientación. Fue inaugurada la Fuente Nueva, con el nombre de “Fuente de Nuestra Señora de Loreto” el 25 de julio de 1940. Hoy la fuente permanece, sin funcionar, bajo el edificio destinado a la Banda de Música; la Glorieta, que sirvió y sirve para casi todo, sigue abierta y en funciones de paseo.

-Y ya puestos en ello, aparte y además de recordar aquellas fuentes, antigua y nueva, con su bajada, la primera en empedrado, y la segunda por varios escalones –que como se ha dicho duró hasta la instalación de aguas potables a domicilio-, en el edificio aledaño a ellas estaba el Lavadero Público, que se servía del caudal sobrante de la fuente y vertía sus sucias aguas a la acequia del Regadío de los Huertos, por un canalillo subterráneo. Si pudiera hablar el lugar donde estuvo el Lavadero –de lo que allí se tejía y despellejaba mientras las manos femeninas lavaban allí todo lo lavable, bajo la mirada y el cuidado de Francisquete (Francisco



Casas y fábricas de la Calle Conde de Villamar

Martínez Cárcel, el del “morro” en movimiento conejil, empleado municipal en este servicio por los años 40, y 50 del pasado siglo), reirían o sollozarían hasta las piedras...

-Y seguidamente al Lavadero, en 1954 se edificó, junto a él, el Matadero Municipal, sustituyendo a uno que había casi en la bajada de la Cuesta de la Noguera, frente a la Almazara del Sindicato Agrícola.

Y después, ya casi a la entrada del Puente de Piedra, el almacén general del fabricante de harinas y piensos, Julio Pérez García; edificio que, al construirse en 1948, sufrió el hundimiento de la cubierta y por milagro no ocurrió nada a albañiles y peones; entre ellos, mi padre.

Por último y casi motivo principal de esta historia del callejero venturreño, decimos que su rotulación obedece al título nobiliario de D. Fernando Hernández de la Figuera, segundo Conde de Villamar, nacido en Morella (Castellón) en 1874 y murió asesinado en el paraje requenense de La Ajedrea el 18 de agosto de 1936 por la “milicianada” forastera, tras llevarlo desde Venta del Moro a Utiel, sin que nadie de nuestro pueblo interviniera en tal luctuoso caso. Y es que, al comenzar el hecho del Alzamiento Militar (18-7-1936) se refugió el Conde, con su segunda esposa, doña

Victoriana Amigó, y su hijo Santiago, en nuestro pueblo, desde la Casa Garrido, donde residían en época veraniega.

Con su primera esposa, doña Teresa Ferrer de Plegamáns y Haya, dama requenense, de ascendencia materna venturreña, tuvo a su primer y único hijo, Fernando, quien también murió abatido a tiros en el atrio del Teatro Apolo, de Valencia, el 25 de febrero de 1917, por el escenógrafo Tadeo Villalba, por motivo de celos y amoríos con la artista-cupletista Rosita Rodrigo. Quedó viudo el Conde en 1926, y en 1932 contrajo segundas nupcias con doña Victorina Amigó López. El hijo, Santiago, que contaba unos ocho años cuando murió su padre, era fruto de unos amores del Conde con una modistilla-sombrerera valenciana, y recibió los apellidos del padre, quien le recogió y reconoció como sucesor, Santiago Hernández de la Figuera, quien heredó Casa Garrido, hacienda que vendió a la familia Latorre Ochando, sus actuales propietarios

De aspecto y contextura esbeltos, el Conde de Villamar era persona afectuosa y sencillamente liberal, tratando con gran aprecio y educación a sus encargados de la finca y a toda clase de gente. Yo llegué a conocerle en la Casa Garrido cuando, cierto día fui allí a llevarle la comida de mediodía a mi padre, que trabajaba arreglando unos desperfectos en la casona solariega, como albañil que era; charló conmigo unos minutos y alentó mis primeros estudios de Bachillerato. Finalizo diciendo que en 1939, al finalizar la Guerra, se rotuló esta calle con su nombre, que todavía persiste.

PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN

Actualmente la Plaza de la Constitución, rectangular y alargada, más en forma de calle que de plaza, es la antigua de José Castillo, que cambió de nombre en 1939 para llamarse hasta 1975 (Era de Franco) plaza de José Antonio; pasando a su denominación actual al implantarse el sistema democrático que nos gobierna. Y alude y rememora la Constitución Española, aprobada por las Cortes el 31 de octubre de 1978.



Es como el centro del pueblo en su casco antiguo, del Parchel, lugar de encuentro y reunión de rondas de “quintos”, festejos populares y otros eventos.

A ella afluyen, por el N. la calle del Dr. Fleming, y de San Blas, por el O. la de la Manzana, al S.O. la Calle de la Fuente, al S. la Calle del Bien, y hacia el E. se abre a la actual Plaza de José M^a Castillo.

Fue siempre plaza de gran actividad comercial, paso y llegada obligados de vehículos, transporte y peaje de quienes transitaban por los caminos y carreteras que llegaban al pueblo; desde el norte por la Picota, desde el saliente por los Caliches, desde el sur por la retorcida Calle de la Fuente, y desde el oeste por las Cruces, el Aire y la Manzana; y ágora y foro populares desde la esquina de “Bernache” hasta la famosa “esquina del tío Rojo” (esquinas de la Manzana y del Bien, respectivamente).

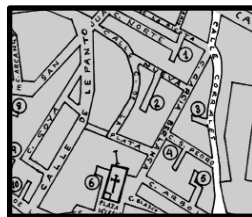
La denominación de Plaza de la Constitución, nunca se ubicó ni se ostentó en el lugar que nos ocupa, pues, desde “in illo tempore” (es decir, desde siempre) fue y se nombró así a lo que hoy es Plaza de Blasco Ibáñez. En la esquina frontal al muro de la iglesia, en todas las épocas constitucionales, particularmente desde 1820, hubo una placa con tal denominación (motivo de luchas y disputas entre realistas y liberales venturreños en el primer tercio del siglo XIX) conmemorando la primera Constitución Española de 1812 (“La Pepa”) de las Cortes de Cádiz y las sucesivas Constituciones que rigieron España, hasta la de 1931.

Son dignos de recuerdo muchos acontecimientos de los que fue testigo esta céntrica plaza; parada obligatoria de procesiones, pasacalles, jotas de quintos, turroneros y quincalleros, etc. etc., manifestaciones casi siempre alegres y fraternas de nuestro vecindario y nuestra juventud.

Muy digno emplazamiento constituye este lugar para que figure, con todo honor la llamada “Carta Magna” o Constitución Española.

CALLE DE LOS CORRALES

Nunca mejor dicho ni mejor rotulada la hoy llamada Calle de Corrales, o mejor Calle de los Corrales, dada su situación y extensión.



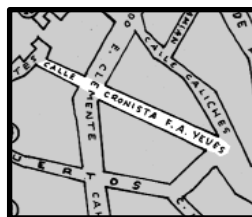
Corresponde a las salidas hacia el saliente de los corrales y corralizas de las casas o viviendas, generalmente labriegas y campesinas, cuyas entradas principales dan a la calle de Fidel García Berlanga y a las calles del Árbol y de San Pedro. Hoy ya urbanizada debidamente, hasta no hace un cuarto de siglo recaía esta calle trasera, por su derecha en ascenso hacia el norte, en la barrancada que hoy ocupan el Mercado y el espacio ajardinado correspondiente.

La Calle Corrales se inicia en el final de la Calle del Árbol y termina abocándose a la de García Berlanga, a la izquierda, en su tramo final. Recibe por sus comedios a la Calle de San Pedro, y, algo más arriba se abre a la misma el Callejón de la Andorra, que en su lugar comentaremos.

Antiguamente en casi todo el trayecto de la calle que comentamos no había entradas a casas habitadas; su nombre es claramente indicativo del destino y oficio de sus espacios cubiertos o tapiados simplemente; fueron corrales para leñas, estiércol, ganado, cacheras, y otros usos domésticos de antaño.

CALLE DEL CRONISTA FELICIANO YEVES DESCALZO

En agosto de 1994, el Cronista Oficial de Venta del Moro, Feliciano Yeves Descalzo fue nombrado Hijo Predilecto de esta Villa por acuerdo del Exmo. Ayuntamiento, y también, por acuerdo del Pleno Municipal o sesión del mismo, de 15 de septiembre de 1995, se rotuló con este nombre la calle que, naciendo en ángulo del final de la de Victorio Montes (por casi frontal al tunelillo del tío Millán) y en dirección S.E. va a terminar al final de la de Caliches, cruzando en perpendicular la que entonces se llamaba Calle de



Serrerías y posteriormente Calle de Leopoldo-Emilio Clemente López. Así nació la Calle del Cronista Feliciano Yeves Descalzo, (denominación demasiado larga a efectos postales y otras comunicaciones) y quizás también, demasiado honor, para quien esto escribe, titular de la misma. (Hoy lo digo paladinamente a quien esto leyere, a mis 88 años de edad y 56 años como Cronista Oficial de Venta del Moro).

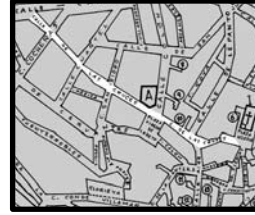
Nací en Venta del Moro el 2 de febrero de 1920. Mis padres fueron José María y Clotilde y mis hermanos, José María (que todavía vive) y Clotilde y María, ya difuntas. Estudié la enseñanza primaria en la escuela del benemérito Maestro, D. Victorio Montes Subirats y el Bachillerato, por libre, en el Instituto de Requena. Aprobé la carrera de Magisterio en la Normal de Valencia, ejerciendo esta noble profesión en Venta del Moro, en la Aldea de Las Monjas, Camarena de la Sierra (Teruel), Los Isidros y Requena, donde en 1985 alcancé la jubilación. Viví en Venta del Moro hasta los 36 años, en la Calle de los Huertos (la misma calle donde nació). Residí en ella, ya casado y con tres hijos, tras ocupar la Alcaldía durante siete años (1950-1956, inclusives). Dimití para marchar a ejercer mi carrera, tras ganar las correspondientes oposiciones del Magisterio. Tras ejercer donde antes he dicho, en 1960 conseguí una plaza en Requena, Ciudad que me acogió y donde he trabajado con alegría y servicio, tanto en mi carrera como dirigiendo su Biblioteca Pública Municipal (1962-1993), el Museo Municipal (1980-1989) y otras actividades, casi todas un poco altruistas –aunque se me tache de inmodestia-, que movieron al M.I. Ayuntamiento de Requena a nombrarme Hijo Adoptivo de la Ciudad en 1985, y a rotular una calle de nueva creación con el título de “Calle del Maestro Feliciano A. Yeves”, en 2005.

De todas estas circunstancias, lo que más me enorgullece es el título de Cronista Oficial de Venta del Moro (desde 1952), y haber escrito tres libros para mi pueblo natal: “Geografía e Historia de Venta del Moro”, en 1978, “Cuentos y Leyendas de mi pueblo, Venta del Moro”, en 1997, y “Poemario venturreño”, en 2002, y, colaborando con el “Lebrillo Cultural” de Venta del Moro, con algunos artículos costumbristas, históricos, etc. etc.

Me mueve y sigue conmoviendo el amor a mi pueblo natal –donde reposan los restos de mis padres, hermanas y antepasados, para seguir sirviéndole, escribiendo ahora esta “Historia del Callejero Venturreño” en 2008.

CALLE DE LAS CRUCES

La Calle de las Cruces, la más larga de Venta del Moro, fue, sin duda nombrada así por haber servido de “vía crucis” en las solemnidades de Semana Santa, antes de construirse el actual Calvario. Y muy particularmente en sus dos primeros tramos, ya que a partir del segundo –y por su dirección hacia Poniente- se vino llamando indistintamente Barrio de las Cruces y Barrio de Jaraguas.



Los tramos de la Calle de las Cruces más antiguos son, en primer lugar, el que baja en suave declive desde la Plaza de la Iglesia hasta la calle del Aire (que recibe a su izquierda) y la Calle de Lepanto (que se abre a su derecha hacia el norte). El segundo tramo histórico es el que sigue a continuación, desde los cruces antedichos, siguiendo hacia Poniente en suave ascenso, hasta desembocar en la hoy Plaza de la Virgen de Loreto. En este segundo tramo descrito se abre en sus comienzos, a la derecha, el que siempre se llamó Callejón del Tío Tumores, que aún existe, y en cuyo fondo “estaba desde muy antiguo la posada, mesón o “VENTA” que dio origen al nombre del pueblo”. (Parece ser que esta antigua tradición se ha corroborado últimamente al hallar, en dicho lugar, restos históricos de la “venta” –cocina, sala, chimenea, cuadra, etc.). Este segundo tramo de Las Cruces, al comienzo de su subida, a la izquierda, era un enorme peñón que estrechaba la embocadura de acceso, y fue removido y deshecho ya bien transcurrido medio siglo XX, y sobre el peñasco había edificadas dos casas y un corral.

Pasada la Plaza Virgen de Loreto, continua la Calle de las Cruces en un tercer tramo que va desde el propio Ayuntamiento hasta el cruce con la Calle de San Isidro. En este tramo, que hoy ocupan viviendas particulares en su lado izquierdo, y el propio Ayuntamiento y el Colegio Público “Victorio Montes por el derecho, hasta la década de los sesenta del pasado siglo existieron “La Colonia del Francés” –hoy, viviendas de los Latorre-, y el Gran Teatro, que luego, hasta su desaparición, fue Cine Capitol. El último tramo, de construcciones más recientes y, por lo tanto, menos historia, abarca desde el cruce con la Calle de San Isidro hasta la Carretera de Tamayo, haciendo también cruce con otras dos: las calles del Cuartel y Cocheras. Sin embargo hay que notar que allí estuvo la Hermandad de Labradores –después Cámara Agraria- con su bar y un salón de actos (aparte las propias oficinas) que suplieron con

éxito lo del antiguo Gran Teatro a efectos de festejos, presentaciones de reinas y damas, teatrillo popular, etc., hasta cerca del final del siglo XX, y además hoy cuenta con la Casa de la Cultura (inaugurada el 20 de junio de 1998), con casi una decena de años de actividad cuando esto se escribe.

Es importante conocer datos y ciertos detalles de la larga historia de esta Calle: Las Cruces; que en gran parte y hasta no hace un cuarto de siglo, era, junto a sus hermanas más modernas de esta barriada, a partir del Gran Teatro, simplemente corrales y alguna vivienda aislada. Hoy, todo este entramado occidental de nuestro pueblo está urbanizado adecuadamente y con excelentes viviendas, locales de almacén y zona de recreo. Y, como al principio se ha dicho, su prolongación última alcanza a la Carretera de Tamayo y, si mal no recordamos, podría continuarse por el llamado antiguamente “El Tiro de la Bola” o el camino de La Canal y Los Aldabones.

Merece la pena recordar, sin añoranzas, pero con fidelidad histórica, algunas cosas, hechos, personajes, etc. notables o dignos de memoria en esta larga Calle de las Cruces o antiguo Barrio de Jaraguas:

-La casa solar de los Garrido –después Periquín Ochando–, al comienzo de la calle, a la izquierda.

-El Cercado del Francés, que ocupaba todo lo que hoy es la Calle de Lepanto, hasta llegar al último recodo de la Calle Nueva de la Picota. Cercado con una verja –para dar paso a las aguas abarrancadas de las tormentas–, que estaba taponando la embocadura actual de dicha Calle de Lepanto.

-El peñón que iniciaba, la subida de la calle, frente por frente a la casa de los “Ratas”; y que fue al fin roto para ensanchar el comienzo de la calle.

-El “famoso” callejón de Tumores... y lo de la “antigua Venta”.

-La construcción del Ayuntamiento –primero en 1954- y restaurado con mayores y mejores medios hacia los años ochenta (1989). E igualmente la construcción del Grupo Escolar –actual Colegio Público, 1954, que cambió el nombre de Francisco Franco en 1981, por el de Colegio Público “Victorio Montes”.

-El recuerdo de la Colonia de los Franceses, y de cuando allí estaba el cuartelillo de la Guardia Civil (desde 1916 a 1931).

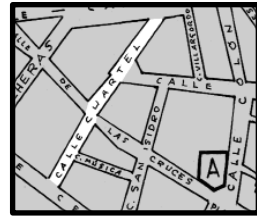
-El gran recuerdo de un edificio también grande “Gran Teatro”, esfuerzo de una docena de venturreños amantes de la cultura, el teatro y de todo lo que uniese y afirmara amistad y buena vecindad.

...- Y después, aquella época de la Hermandad de Labradores, Cámara Agraria, salón de actos, bar, etc.... Y, por último, el gran acontecimiento de inaugurar la actual Casa de la Cultura, con todo lo que lleva y supone de esparcimiento artístico y cultural en todos los órdenes, en 1998.

Y muchas cosas más que serían largo y prolijo de contar.

CALLE (DEL) CUARTEL

En el ensanche occidental del pueblo, urbanizado durante el último tercio del pasado siglo XX, arrancando o abriéndose, en el sur, en la Calle de Cervantes, y llegando a la Carretera de Tamayo, se extiende la Calle Cuartel (o Calle del Cuartel).



La rotulación de la calle viene de finales de los años ochenta, y obedece a que en ella se había proyectado construir un nuevo edificio para cuartel de la Guardia Civil, cuyas instalaciones adolecían de vejez, antigüedad y carentes de servicios modernos. Edificio que nunca se construyó, dado que, inopinadamente, aunque la cosa ya se venía previendo, en enero de 1991 desapareció el Puesto de la Benemérita en Venta del Moro, suprimiéndolo y llevando su dotación y enseres al Cuartel de Utiel, ante el enojo del pueblo, que trató por todos los medios de evitarlo.

Todo ello nos sugiere algún comentario histórico sobre el hecho de la Guardia Civil en Venta del Moro, el primero de los cuales obedece a la rotulación de la calle que nos ocupa, pues el Cuartel estuvo largos años en la Calle de Colón, donde se levanta el “Albergue Hoces del Cabriel”, lo que supone ser inapropiada la denominación actual, aunque se pensara para el

futuro –que no sucedió- la construcción de un nuevo emplazamiento. Una nueva averiguación y nota facilitada por el Guardia Civil Don Manuel Hernández, casado en Venta del Moro, aclara que este nombre, Calle del Cuartel, obedece a que el solar que hoy ocupa la Casa de Cultura fue cedido por el Ayuntamiento el 8-3-1958, para construir el nuevo Cuartel de la Guardia Civil, y no llegó a realizarse, por lo que fue retornado a la propiedad municipal en 1992.

Y como el nombre “Cuartel” tiene aquí sus connotaciones históricas que abarcan tres cuartos de siglo (justamente 75 años) diremos que:

-El primer cuartelillo de la Guardia Civil estuvo en la “Colonia del Francés” –Calle de las Cruces-, frente al actual Ayuntamiento por su ala recayente a dicha calle; que se instaló allí provisionalmente el año 1916 y su adecuación costó la por entonces importante cifra de 3.371 pesetas.

-Que fue trasladado al emplazamiento de la Calle de Colón (donde estuvo desde 1931 hasta 1991 -60 años-), este Cuartel, cuya construcción se acordó por el Ayuntamiento en 1924, solicitándose para ello la corta de 6.000 pinos en los montes públicos (El Pinarazo), y renovado el acuerdo en 1930, tuvo efectividad en 1931, en agosto del primer año de la República. Costó el edificio la cantidad de 13.484.- pesetas, que, por entonces era una suma considerable.

-Que el primero (o uno de los primeros Cabos Comandantes del Puesto de Venta del Moro) fue D. Ricardo Terol Perales, quien, ascendido a sargento fue trasladado varios años después a Madrigueras en donde su actuación mereció la Cruz de Beneficencia, impuesta por el rey Alfonso XIII.

-Que el último Comandante de Puesto, entre 1988 y 1991, fue el Cabo Primero D. Antonio Real Durán, quien, muy a su pesar, hubo de cesar en su mando por haber sido suprimido el Cuartel definitivamente y trasladados sus efectivos a Utiel; era el 5 de enero de 1991 –víspera de Reyes-, y el pueblo, medio alborotado, no pudo impedir su supresión. Tuvo, como se ha dicho, este Puesto una vida de 75 años justos, y en él, “como en todas las viñas del Señor”, hubo de todo: uvas, pámpanos y agraces...”

Ciñéndonos al nombre y extensión de la calle que nos ocupa, concretamente Calle Cuartel –que prácticamente no nos dice nada por carecer de consonancias y afectividades concretas en la historia, hechos, personajes, solemnidades, etc., venturreños-, diremos que se extiende, de sur a norte, desde la Calle de Cervantes, recibiendo a la Calle de San Juan, por su derecha, se aboca a la Carretera de Tamayo.

Por su extensión, modernidad y urbanización –como igualmente ocurre con su paralela hacia el oeste, calle de Cocheras-, merece alguna denominación más acorde con los devenires, parajes y gentes notables venturreños. La administración, la política y la ciudadanía locales tienen la palabra.

AVENIDA DEL DEPORTE

Por acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995 se fijó la denominación de Avenida del Deporte al tramo de la antigua carretera de Venta del Moro a la general Madrid-Valencia (a Caudete y Utiel, se solía decir), que naciendo en la Picota llegaba hasta la Barraca del Peón, tramo casi en ángulo recto formado por bajo la ladera del Calvario hasta el puente de piedra que salvaba el barranco procedente de las Cañadillas del Cementerio, y la recta seguida hasta donde hoy comienza el acceso por la calle de Caudete. Toda esta Avenida –que es la propia antigua carretera- forma la parte más norteña de la barriada construida en 1992-1995, y, naturalmente, calle o avenida más septentrional de nuestra población.

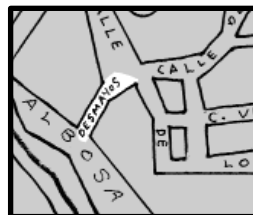


Remontándonos a la antigüedad de esta vía –hoy bautizada con el presumido y pomposo nombre del Deporte (creemos que atendiendo al deporte en general, que tantos aficionados tiene en Venta del Moro)-, recordando nuestra pequeña historia, signifiquemos que la Carretera de Venta del Moro a la General, por Casa Segura, Las Carrizosas, la Hoya de la Ermita y el Tormillo, se construyó, a petición del diputado a Cortes D Luis Page, en 1901, terminándose en 1907. -A D. Luis Page se le nombró Hijo Adoptivo de Venta del Moro el 10- 9 -1901-. Fue la primera carretera comarcal de que gozó Venta del Moro, la primera vía de comunicación con Caudete y Utiel

(esta última población, a donde afluía la gente dedicada al comercio y otras necesidades familiares, así como principal estafeta de correos, estación del ferrocarril a Valencia, etc.), tiene su larga historia, que rememora antiguas vivencias que abarcan todo el siglo XX; desde la llamada “Barraca del Peón” donde iniciaba su guarda y cuidado de la carretera el tío Juan José Gómez “El Peón” y “Chinche”, y “El Chicharras” (que de todas estas familias y motes participaba); los viajes de los primeros carteros hasta la Carretera General (el tío Gervasio Monteagudo, de Jaraguas; el tío Martín “El Correo” un salmantino más bueno e inocente que el pan); la camioneta del tío Jesús Cervera y sus hijos Julián y Jesús, llevando y trayendo viajeros y el correo y los chascarrillos de sus cobradores Macario y Millán; los accidentes –sin más importancia que el susto correspondiente- de algunos coches y camiones primerizos, en la Cuesta del Nene, Las Carrizosas, el Molino Somero, etc., y viajes en carro y andando a los Uteiles en feria... Y la marcha a la guerra... y el regreso de los que volvimos... ¡Quién nos iba a decir entonces que su último tramo antes de entrar en La Venta por la Picota se llamaría un día, nada más y nada menos que Avenida del Deporte!.

CALLE DE LOS DESMAYOS

Desde que se fundó Venta del Moro en la ladera o vertiente izquierda de la Rambla Albosa (la “rambla blanca” de los moros), el paso o vado de este riachuelo, en otros tiempos corriente continua y cristalina, cuando había que pasar o trasladarse a la margen derecha para trabajar algunos cultivos o ir a algunos otros caseríos y dehesas, no había otro remedio que hacerlo por uno de los cuatro puntos siguientes –siguiendo aguas abajo-: el Paso de la Puebla o de los Aldabones, el Paso del Rey (después salvado con el puente de piedra actual), el Paso o Cuesta de los Desmayos y el de la Cuesta de la Noguera. El tercero que reseñamos es el que nos ocupa: Los Desmayos, y su bajada en pronunciada cuesta hasta cerca de la Albosa, es lo que se denomina Calle de Los Desmayos.



Su bajada ya se inicia en la Calle de la Fuente –que por algo se ha venido llamando así-, haciendo barrancada en su último tramo, con una acequia en el centro y un “escurriente” o terraplenillo en la acera derecha en

que se alzaban las casonas de los Cabanes Castillo y los Olmo Castillo. Este pendiente tramo de la Calle de la Fuente desembocaba en un camino transversal a la Cuesta de los Desmayos, actual calle del mismo nombre, en atención a que siempre hubo allí, junto a la rambla, algunos sauces llorones o “desmayos”, cuyo ramaje servía para enramadas y adornos del campanario o torre en la Pascua de Resurrección y rito costumbrista de lanzar el “Judas” el Domingo de Gloria, como fiesta anterior al Encuentro de la Virgen y el Niño; y también para agasajar a las muchachas “en edad de merecer” en rondas de quintos, mayos y cantares nocturnos.

Y volviendo de nuestros recuerdos costumbristas, al ceñirnos a lo que es y significa la Calle de Los Desmayos, es preciso decir que era camino cuesta abajo obligado para ir a la Fuente Vieja de los Desmayos, muchachas, mozas y mujerío en general, a las que hacían corro y acompañamiento, al caer la tarde, la juventud masculina, descansando y viendo bajar y subir la cuesta hasta la rambla y la fuente (que estaba al otro lado de la Albosa) y a la que se pasaba por una especie de presa a base de piedras grandes, en la que se iniciaba el acequiaje del riego de La Lastra.

Todo lo dicho es una historia simpática y grata que recuerda muchas cosas. El uso tradicional de esta fuente para gran parte de la población, ya que la Fuente Nueva, en su doble versión y ubicación en el extremo de la Glorieta, no se habilitó o construyó hasta 1915, tras la construcción del puente del Paso del Rey.

Y porque quedó escrito en alguna parte, sabemos que la Fuente Vieja de los Desmayos, con su covacha de piedra protegiéndola –y sobre cuya cubierta aterraplanada se alzaba el mayor y más hermoso de los sauces o “desmayos”-, hizo más posible y eficaz su paso por la Albosa mediante la obra que se realizó en 1902 y que costó la friolera de 217,75.-ptas. (doscientas diecisiete pesetas con setenta y cinco céntimos), y la reparación de la propia fuente, otras 20,75.- ptas. (veinte pesetas con setenta y cinco céntimos), ambas cosas tras la tormenta famosa del día de Santiago (25 de julio de 1902) que arrasó el Aserrador, el Paso del Rey, Los Desmayos y el Paso de la Cuesta de la Noguera.

Todo lo dicho, que aclara el porqué esta calle se llama de Los Desmayos, sirve también para cuando comentemos la historia de la Calle de la Fuente,

Esta antigua calle, se extiende en suave declive desde la Plaza de la Iglesia hasta la actual Plaza de la Constitución, dejando, en su origen, a la izquierda, a la Calle de San Blas, y a la derecha el comienzo de la Calle de las Cruces. En sus comedios se abre, también a la derecha, la calle de la Montera.

Fue siempre esta calle lugar vivo y neurálgico venturreño por extenderse frontalmente a la iglesia y torre parro-

quial, calle de festejos y procesiones, como un eje que unía las dos plazas (la de arriba –hoy Blasco Ibáñez-, y la de abajo –hoy Constitución-) y enlazaba el Parchel con la Picota, y viceversa, tras pasar por la anchura de la plaza en costerón y escalinata de la iglesia. Hoy, como vemos en planos y documentación, parece seguir hacia arriba la Calle del Doctor Fleming como tal enlace.

No le faltan méritos al Dr. Fleming, sino que le sobran en abundancia, para que se le dedique en Venta del Moro –como se ha venido haciendo en muchas ciudades y poblaciones- una calle de las más importantes. Ciertamente es un personaje tan ilustre y tan universal, que merece todos



Calle del Doctor Fleming

los honores. Creemos que todo el mundo los conoce de sobra. Pero para los olvidadizos o para quienes, por su edad, no conocieron hechos, circunstancias y adelantos médicos y científicos que con tan benéfico doctor se descubrieron y pusieron en práctica, recordamos que Sir Alexander Fleming, médico inglés (1882-1955) profesor de Bacteriología en la Universidad de Londres, realizó el descubrimiento de la penicilina en 1929 y, que tras un largo periodo de investigaciones, la dio a conocer en 1940, por lo que recibió el Premio Nobel en 1944; y que, a partir de su comercialización, millones de personas debieron sus vidas a tan ilustre y famoso médico. Por lo que no es extraño se le rindieran, universalmente, homenajes y reconocimientos, dedicándole calles, plazas, avenidas, etc. etc...

Así y todo, y alegrándome mucho la determinación municipal de dedicarle lo mejor, no hallo obstáculo ni inconveniente alguno para que lo que es sencillamente la plaza frontal, donde se hace la hoguera y sus alrededores, siga igualmente también llamándose Plaza de la Iglesia. Y porque es una plaza independiente de las calles que a ella abocan o desembocan.

CALLE DE D. EMILIO DÍAZ GUINDO

En la barriada Norte de Venta del Moro, construida entre 1992-95, y que llamamos así, por su situación periférica al norte de la carretera a Tamayo, una de sus tres calles paralelas entre sí y a dicha carretera, la más inmediata a ella lleva el nombre de D. Emilio Díaz Guindo. Denominación adoptada por nuestro Ayuntamiento según acuerdo de 15 de septiembre de 1995, en que, al aprobarse esta denominación, sustituyó a la que en principio se quiso llamar Calle de Utiel.



Se extiende esta calle, de oeste a este desde la Calle de Caudete de las Fuentes hasta la curva de la antigua carretera a Caudete y Utiel antes de llegar al comienzo de la Picota, carretera que hoy se titula Avenida del Deporte. Y, como antes se dice, sus paralelas hacia el norte de esta nueva barriada son las calles de Antonio Vento Galindo y de Camporrobles, con la citada Avenida del Deporte limitando más al norte a toda la barriada.

El acuerdo municipal fue visado por la Gerencia Territorial del Catastro de Valencia el 8 de febrero de 1996.

La dedicación de la calle a D. Emilio Díaz Guindo no puede ser más justa en atención a los méritos que, como médico y persona, alcanzó nuestro personaje en su larga vida profesional y vecinal en Venta del Moro.

Don Emilio Díaz Guindo llegó a nuestro pueblo en octubre de 1939 y aquí residió hasta abril de 1988 en que falleció. Ejerció de médico titular hasta 1973 en que se jubiló; en las fiestas de la Juventud, agosto de 1987 se le tributó un caluroso homenaje. Después, como ya se ha dicho, en 1995, se le dedicó esta calle.

Había nacido en Valencia en 1908, llegó a nuestro pueblo en compañía de su madre, viuda y de señorial aspecto. En 1940 se casó en Valencia con Concepción de la Terriente y al año siguiente les nació un niño, en nuestro pueblo, que desgraciadamente murió a las pocas horas, llevándose también a la madre, Concepción, en el puerperio o sobreparto, ante el desespero de don Emilio, que no pudo hacer nada a pesar de su profesión médica. Permaneció viudo muchos años, hasta que hacia 1960 contrajo segundas nupcias con doña Pilar Boix, buena mujer y excelente esposa, que le sobrevivió. Fue don Emilio bondadoso en todo y por todo y sus méritos fueron extraordinarios, tanto atendiendo profesionalmente al vecindario venturreño en su domicilio provisional de la calle de los Arcos y después (a partir de 1953, en que se construyó e inauguró) en el Centro de Higiene Rural, sito en la actual Calle de San Isidro, junto a dos Viviendas para maestros.

Tuvo muchas virtudes: disponibilidad a cualquier hora, cariño y excelente comportamiento con los enfermos, caritativo y justo, amigo de todo el mundo, generoso y cumplidor, buen compañero de los demás colegas que fueron llegando a nuestro pueblo y aldeas. Algunas anécdotas le sucedieron a causa de su pronunciada miopía, su poca pericia al conducir su cochecito “Morris”; –con el coche cayó don Emilio por la curva de la “Pedrera”, hasta la balsa y la huerta del tío Collado, sin que milagrosamente le produjera más lesiones que el propio atolondramiento tras el aparatoso accidente y alguna “cosilla” más, que pusieron a prueba su bondad y sus afanes cumplidores.

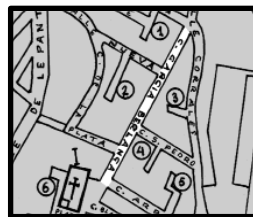
Y aunque era de natural serio, de contextura no muy recia ni de gran estatura física, su valía humana y profesional al servicio del pueblo le valieron para ser querido y respetado.

Únicamente, y valga esto como simple anécdota, por lo escueto de su nombre y apellidos (siete sílabas en total), cuando hablábamos y comentábamos curiosidades de su y nuestras vidas, como saliéndose un poco de su humildad, nos decía que por raíces paternas descendía de nobles infanzones galaicos y que a su primer apellido, Díaz, se podrían añadir otros de mayor prosapia, y entonces habría de llamarse Emilio Díaz-Arés, Fernández de Rubián-Somoza, y Guindo. (El apellido Guindo era el de su madre).

¡Qué gran persona, qué buen médico, y qué buen venturreño fue don Emilio, sin más apellidos que sus gloriosos Díaz Guindo!.

CALLE DE DON FIDEL GARCÍA BERLANGA

Eje central de norte a sur –o viceversa- de la barriada conocida de siempre por “La Picota”, es la desde hace muchos años Calle de Don Fidel García Berlanga.



Primeramente se llamó Calle Larga de la Venta y, paralelamente, Calle de Requena, por seguir hacia el norte la dirección del camino de herradura, primero, y carretera después, que conducía a Requena, con cuya ciudad y territorio se dieron todas las circunstancias históricas, administrativas y jurisdiccionales hasta que Venta del Moro, nuestro Pueblo, se emancipó de ella y constituyóse en Municipio (1836).

Cuando ya llevaba nuestro pueblo setenta años de independencia administrativa y municipal, precisa y concretamente el 22 de septiembre de 1906 –es decir, hace algo más de cien años-, nuestro Ayuntamiento, siendo Alcalde D. José María Castillo Sanz, nombró Hijo Adoptivo de Venta del Moro a D. Fidel García Berlanga, dedicándole también la calle que, desde entonces, está rotulada con su nombre. Solamente y durante breves meses –de 1939 a 1940-, se quiso dedicar la calle que nos ocupa a D. Fernando

Oria de Rueda y Fontán, diputado conservador, al término de la guerra civil; rotulación que se vino abajo cuando nuevamente se reconoció y revvalorizó el recuerdo de don Fidel, como diputado benefactor de toda nuestra comarca desde las Cortes, hasta su muerte, acaecida en Utiel –su patria chica y lugar de residencia- el 2 de enero de 1914. Había nacido en Camporrobles el 24 de abril de 1859. Fidel García Berlanga fue diputado a Cortes en varias legislaturas consecutivas militando en el partido liberal representando el partido o distrito electoral de Requena-Ayora. Visitó personalmente todos y cada uno de los pueblos y aldeas de estos partidos judiciales, consiguió de Obras Públicas la carretera de Caudete a Venta del Moro, fue paladín defensor de los intereses vitivinícolas de nuestra Comarca. Hizo posible la Ley de Alcoholes en las Cortes, en 1909, y un año después consiguió para Requena la Estación Enológica. Fue muy popular, y tras presidir la Diputación Provincial de Valencia, cuando no era diputado, era senador, y viceversa.

Muchos recuerdos conservo todavía de lo que me contaban mis padres y abuelos sobre las luchas electorales y caciquiles entre liberales y conservadores, y hasta cantares, de uno y otro signo, de los que por entonces se decían. Don Fidel era partidario de Sagasta –liberal-, y su oponente era casi siempre el conservador, natural de Utiel también, D. Rafael Marín Lázaro, que era partidario de Cánovas, dividiendo al electorado, que casi siempre se inclinaba por don Fidel. De por entonces vino aquella coplilla que decía: *“Viva el Papa, viva el Rey, y viva que viva don Fidel”*. Y otra copla que, con el rústico lenguaje aldeano, decía: *“Ende que murió Segasta, y a Cánovas lo mataron, está la España perdía, de los menistros que entraron”*.

Su nieto, el famoso cineasta Luis García-Berlanga Martí, en sus memorias habla de algo que me sorprendió –como a todo nuestro pueblo-, diciendo así: *“Mi abuelo paterno murió jovencísimo. La leyenda dice que murió envenenado. Fue en mitad de una campaña, mientras daba un mitin en un pueblo que se llama Venta del Moro. Después del almuerzo se sintió repentinamente enfermo y poco después murió (en Utiel). La causa de su muerte fue una peritonitis aguda, pero parece ser que años después, en una confesión, una mujer –cocinera o no se qué- dijo que ella lo había envenenado. No sé si la historia es real o no, pero así me la han contado siempre en casa, y así se contaba entre los amigos de la familia”*.

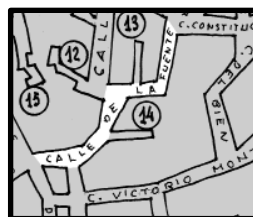
(Personalmente, ni como hijo y vecino de Venta del Moro, ni como Alcalde, ni como Cronista de nuestro pueblo, supe, ni por asomo conocí –ni nadie me lo contó jamás-, el hecho que cita Luis García Berlanga. Quizás la muerte, casi repentina de su abuelo, D. Fidel, tras la campaña electoral y mitin en Venta del Moro en diciembre de 1913, se debió al mal que al principio dice: peritonitis aguda producida por una apendicitis o “cólico miserere”, de lo que pocos se salvaban, por entonces).

Y terminando la glosa o comentario sobre esta calle, larga y recta, recibe desde su origen meridional y en cuesta pronunciada, por la derecha, las calles del Árbol, San Pedro y de los Corrales, y por la izquierda, las calles de la Plata, Nueva y Picota, para desembocar en el cruce que hace la Carretera circunvalatoria de Tamayo y de Casas de Pradas con la carretera a Requena.

Casi siempre a esta calle, simplemente –con sus aledañas- se le nombró con el popularísimo nombre de La Picota, es decir, lo más alto del pueblo.

CALLE DE LA FUENTE

La denominación Calle de la Fuente es o debe ser tan vieja como el pueblo de Venta del Moro, al menos desde cuando se independizó de Requena y se hicieron los primeros censos, aunque el más antiguo padrón municipal que conocemos –el de 1857-, desgraciadamente el dato importantísimo de calle o plaza, en el caso del pueblo, y ni siquiera las propias aldeas (que eran once entonces y por muchos años), como dato residencial, aparece en ningún momento.



Pero nos figuramos que la actual Calle de la Fuente sigue en nuestro pueblo, tal y como se le decía y discurría, someramente en descenso, desde su nacimiento en la actual Plaza de la Constitución, bajando y haciendo algunas curvas en el barrio antiguo del Parchel, recibiendo o abriendo a la derecha la calle del Aire y un par de callejones, el de Chasquitos a la derecha, y el del Tío Blas a la izquierda, para, tras dejar un ramal que, enlaza con las calles de los Arcos y de los Huertos, al final, abocarse decididamente hacia

los Desmayos, que era su destino final; que por algo era y es la Calle de la Fuente; indudablemente porque buscaba en la Fuente Vieja de los Desmayos el agua –al menos para beber-, aunque algunas casas tuviesen su propio pozo para otros menesteres. Y cuando acaba, antes de la Cuesta de los Desmayos, cruza casi en perpendicular la calle que, en algunos censos figuraba también como Calle de la Fuente, y que hoy, tras nuevas urbanizaciones y rotulaciones, figura como Calle de los Huertos.

Esta diversa apreciación se debe a que, al desaparecer en 1915 la vieja fuente de los Desmayos, por haber traído las aguas de Los Terreros a lo que se llamó por más de medio siglo, Fuente Nueva, que se situó en el extremo occidental de la Glorieta, y ello hasta la instalación de la red de aguas a domicilio, junto al alcantarillado, en la década de los años 70.

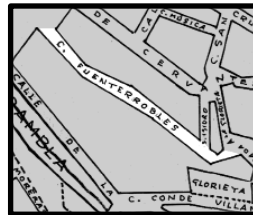
Mis recuerdos alcanzan mucho más a esta Fuente Nueva –antes y después de rebajar la huerta del tío Alborguillas, de Pedriches, para fundar la dicha Glorieta, porque la primitiva Fuente Nueva, con tres caños y abrevadero –cuyas sobrantes aguas iban al lavadero público anejo-, su frontispicio miraba frontalmente a la entrada a la fábrica de harinas de Julio Pérez, y en su remodelación se situó, bajando unas escaleras, mirando su frontispicio hacia lo largo de la Glorieta, precisamente bajo una parte del actual edificio musical.

¡Y qué decir de la fuente pública, del abrevadero para mulas y burros, y su lavadero público, lugares de encuentros y desencuentros, de dimes y diretes, de ir y venir con los cántaros en las caderas del mujerío de la Picota, Las Cruces o el Parchel, los guachos y guachas pequeños con la cantarilla o el botijo, los burros con sus aguaderas para cuatro cántaros, los chismorreos del lavadero, los zafarranchos mujeriles entre alcahueteos y preparativos de fiestas, noviazgos y alguna riña que otra, casi siempre por motivos baladíes, y suspiros de mozos y mozas, requiebros, piropos y pitoreos del mocerío masculino que acudía allí los atardeceres, esperando o haciéndose los encontradizos, y los partes que si la fulana y el mengano, etc. etc... y, para qué vamos a seguir!

¡Cuántas historias y anécdotas, pequeñeces pueblerinas, pero llenas de cariños, recuerdos, paseos y entretenimientos en horas de asueto, podrían contar ambas fuentes: la Fuente Vieja de los Desmayos y la Fuente Nueva, anterior y posterior a la Glorieta!

CALLE DE FUENTERROBLES

Calle de nueva creación en el entramado urbanístico venturreño de su zona oeste, cuyos inicios se sitúan hacia los años ochenta del pasado siglo. La más meridional de la barriada, y a la que en principio se bautizó como Calle Ciudad Jardín, es hoy la Calle de Fuenterrobles.



Su actual rotulación se debe al acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995, visado por la Gerencia Territorial del Catastro de Valencia, de 8 de febrero de 1996. Así, pues, a todos los efectos, hoy es la Calle de Fuenterrobles.

Su trazado y urbanización se extiende paralelamente a su superior, la Calle de Cervantes, y arranca en la Bajada a la Glorietta, para llegar a los comienzos de la calle de las Cocheras, que se dirige hacia el norte.

Hasta prácticamente la década de los ochenta, lo que hoy es esta calle, era una senda o caminito que, bordeando las últimas huertecillas del riego de La Canal seguía el propio acequiaje del mismo, teniendo a la derecha la era de los Facundines y una parcela de olivos. Todo ha cambiado hasta tal punto que aquellos parajes sureños del Gran Teatro y sus alrededores hacia el suroeste, donde no había más que algunos corrales y cocheras, pajares y ejidos, ha cambiado totalmente. El signo y la modernidad de los tiempos han hecho el cambio. Crece la población y mejora su habitabilidad con adecuados servicios. Me permito señalar que, en proporción inversa, lo que quedaba de verdor, rumor hortelano y campestre, entre las riberas albosinas y parajes alrededores, se han convertido en secarrales. Carecían de rentabilidad y fueron desapareciendo.

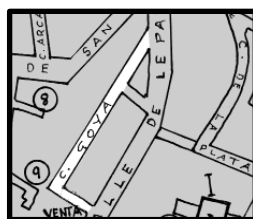
Y para significar un poco lo que el nombre de Fuenterrobles es para nosotros, mereciendo su nombre una calle nuestra, diremos que tal población, limítrofe con nuestro término municipal, alcanzó junto a Caudete y Venta del Moro, su independencia de Requena –de la que éramos aldeas-, en 1836, después de haber solicitado y pleiteado en varias ocasiones la categoría de villazgo. Tiene una reducida extensión territorial (49,20 Km. cuadrados = 4.920 Hectáreas), no tiene más núcleos de población que el propio Fuenterrobles, que en 1980 tenía 860 habitantes y hoy, comienzos del siglo

XXI, no pasa de los 750 moradores. Su historia va muy ligada a la nuestra, y su nombre proviene de lo que exactamente dice: “Fuenterrobles”, “fuente de los robles”, y una granja o casa de labor que dio origen al pueblo.

Como nota curiosa diremos que cuando llegó la emancipación e independencia (1836 y ya antes), los fuenterrobleses querían para su término a Jaraguas, alegando que La Venta tenía mucho territorio y que Jaraguas estaba más cerca y más ligada a Fuenterrobles, por intereses económicos.

CALLE DE GOYA

Cuando allá por los últimos años setenta y primeros ochenta del pasado siglo XX, pasada la era franquista y en los albores y primeros años del régimen democrático, se pensó y realizó la urbanización del antiguo Cercado del Francés, desapareciendo la verja que lo cerraba por la Calle de las Cruces y los tapias que lo rodeaban, se abrió la Calle de Lepanto, edificándose viviendas a uno y otro lado de la misma, creándose una importante zona de industria, comercio y restauración, así como de viviendas modernas. De cuyas circunstancias se da cuenta porque, abriéndose –primero por un corto acceso, y seguidamente por el primer recodo-, a una calle, que mejor se diría callejón –pues no se abre al fondo-, recta y bien urbanizada que recibe el nombre de Calle de Goya.



Siempre nos ha llamado la atención de que estos históricos nombres, -Lepanto y Goya- aparecieran en nuestro callejero, ignorando las motivaciones que hubo en su día para ello; dejando bien claro que ambas denominaciones pertenecen a una histórica batalla, y la que ahora interesa, dedicada a Goya, no carece de fundamento, ya que corresponde a uno de los más famosos pintores españoles.

E indagando un poco sobre estas rotulaciones, alguien las ideó e impuso, a su buen criterio y españoleando a gusto en el primer arreglo municipal del callejero, censo o padrón de habitantes inmediato a su urbanización, que, al carecer de nombres, no se lo pensó demasiado: “dos glorias de España bautizarían las recién creadas”. Posiblemente fue idea y decisión,

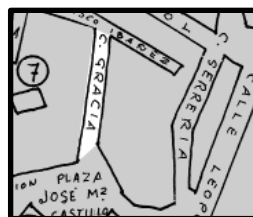
que nadie le rebatió, -o, a lo mejor con aquiescencia de la alcaldía de aquel entonces-, de un venturreño de pro, empleado del Ayuntamiento y factotum administrativo del mismo durante largos años. Me refiero a Lorenzo Robledo Pérez, a quien posiblemente se le debe agradecer ambas denominaciones callejeras.

Para que todos los venturreños lo sepan, aunque no dudo de su cultura, don Francisco de Goya y Lucientes, pintor español de fama mundial, vivió entre 1746 y 1828. Nació en Fuendetodos (Zaragoza) y falleció en Burdeos (Francia). Sus cuadros, “La Corte de Carlos IV”, “Los fusilamientos de la Moncloa”, “La maja desnuda”, etc. etc., son de universal renombre. Sin duda, Goya, fue y es uno de los mejores pintores del mundo.

Aparte de lo dicho, y para que no se olvide, creo en el fondo de esta calle –que no tiene salida-, va a recaer junto al callejón del Tío Tumores, precisamente donde estuvo la más antigua “Venta”, que dio nombre a nuestro pueblo, según tradición oral que me contaron mis antepasados.

CALLE DE GRACIA

Una calle venturreña, en subida y con estrecheces en su comienzo, asciende desde la Plaza de José María Castillo hasta la Plaza de Blasco Ibáñez, y se llama con el bonito nombre de Calle de Gracia, ignorando el porqué de esta denominación y desde cuando la lleva. Y ello porque pertenece al casco antiguo y ya, desde mis infantiles memorias y porque sus moradores la conocieron siempre así, respetuosamente y con devoción filial reconozco que la “gracia” de mi pueblo, la Virgen de Loreto, pasó por esta Calle de Gracia en sus más solemnes procesiones, y yo anduve junto o tras Ella, muchos años formando parte de la Banda de Música.



Desde la vieja Posada de Mario “Sales”, siempre cuesta arriba, la empinada Calle de Gracia, estrechándose por la casa de los Monsalve, llegaba a su descanso en la esquina de la vieja Sala Municipal y Juzgado, confrontándose con las casonas de los Cabanes, ya en la antes Plaza de la Constitución y hoy de Blasco Ibáñez, como ya se ha dicho.

cha a la Cuesta y Calle de Los Desmayos. El segundo tramo recibe enseguida la bifurcación de la Calle de la Fuente, y la calleja de unión con la de Victorio Montes (ambas por la izquierda), nace seguidamente por la derecha la Calle del Sindicato Agrícola, y después de abrirse en su izquierda el callejón de Inocente, en recto descenso cruza la moderna calle dedicada a Leopoldo E. Clemente, para terminar en Los Caliches.

No es extraño que quien esto escribe detalle minuciosamente entradas y salidas, curvas y rectas, esquinas, rincones y callejones de la actual y de la antigua Calle de los Huertos, que fue gran parte de su vida –junto a la Calle de D. Victorio Montes–, pues por allí nació y vivió bastantes años, de niño, de joven soltero y también de casado, con vivienda en esta Calle de los Huertos, casi por Frente al callejón del tío Inocente, por donde se arrastraba de pequeño. Todo ello fue el entorno de infantiles juegos, escolaridad, y recorrido de ronda con los amigos del barrio.

Hasta los años 70 y casi los 80 del pasado siglo, la calle terminaba a la derecha con la ollería de Ignacio Ponce, y a la izquierda con el tapial del cercado y huerto de Doña Efigenia Herrero.

La denominación, como se ha dicho, viene de muy antiguo; quizás desde los primeros censos y padrones de población, aunque la vieja rotulación se realizara después, cosa no necesaria para la costumbre y la tradición –como en otros casos– lo fueron transmitiendo.

Y tampoco cabe duda que ello obedeció a la mayor proximidad a las parcelas de pequeños regadíos en “huertos” (la “huerta” parece suponer mayor extensión) o pequeños espacios cultivados de carácter familiar que iban subdividiéndose como reparto hereditario.

Y es también indudable que los “huertos” que nombran la calle, son, precisamente, los que en buena parte integran la demarcación del llamado “Riego de los Huertos”, que toma las aguas de la Albosa en una pequeña presa, a un centenar de metros aguas arriba del Puente de Piedra, y en la margen izquierda de la Rambla, y regaba, por el sistema de tandas y horas, los huertos y huertecillas que se sucedían desde Los Desmayos hasta la huerta del tío Chacón –y su famosa y cantada fuentecilla. A continuación seguía el Riego del Prao (Prado) en la misma margen riberenca de la Albosa.

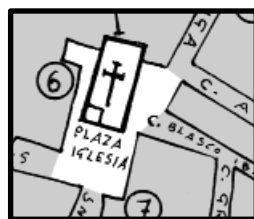
Hay un estudio y trabajo sobre los pequeños regadíos venturreños, tanto del pueblo capitalino (La Canal, Los Huertos, El Prado, La Lastra) y los de nuestras aldeas, obra muy notable e interesante por lo histórico y utilización por nuestros antepasados, como fuente familiar de ingresos en productos de supervivencia, propios y para animales domésticos: patatas, judías, coles, habas, ajos, cebollas, lechugas, nabos, forrajes, maíz, algunos frutales... entre ellos, los famosos cerezos de las ribaceras aledañas a la Albosa, gratis para todos –por inveterada costumbre- el día de San Juan Bautista. El trabajo sobre los regadíos venturreños es obra de Ignacio Latorre Zacarés.

En la Calle de los Huertos había en otros tiempos, carpinteros, aperadores, herreros, horno de pan cocer, almazara, trullos, la ollería de la tía Rafaela e Ignacio Ponce... y un charquinal removido por las rodadas de los carros de labor, antes, claro está, de su actual y moderna pavimentación y urbanización.

Y el Callejón del Tío Inocente..., del que ya hablaremos.

¿PLAZA DE LA IGLESIA?

Aunque no aparece como tal en la relación de calles y plazas que oficialmente componen el callejero venturreño, sin poder sustraernos a lo que es la realidad de su situación, y al amparo y aval de la historia, la tradición, el uso, el lenguaje y la costumbre, hay que decir que la Plaza de la Iglesia no puede ser más apropiada –como denominación antiquísima- al lugar que ocupa. Y aunque una parte de ella se considere administrativamente continuación y remate de la Calle del Doctor Fleming –nombre merecidísimo en el mejor de los lugares públicos-, la plaza, sigue siendo plaza; y lo atestigua recibiendo calles desde varios puntos que en gran parte la rodean (Callejón de la Torre, Calle de las Cruces, la propia del Doctor Fleming, la Calle de San Blas y la Plaza de Blasco Ibáñez).



Y en los aspectos histórico, artístico y religioso, la erección de la primera iglesia (hacia mediados del siglo XVI) pasando por diversas ampliaciones

nes, modificaciones y arreglos hasta hoy, así como la construcción de nuestra torre, orgullo venturreño, incomparable en toda la comarca, su campanario y reloj público por varios siglos; costumbristas fiestas y encuentros, hoguera y procesiones, alegrías y duelos, la devoción singular a la Virgen de Loreto, etc. etc., resumiéndolo todo y sumándolo en un acervo común, no necesita más aclaraciones.



Sin pretender enmendar la plana a nadie ni remover en lo más mínimo las decisiones que democráticamente vienen impulsando la actividad municipal y los logros modernos que nuestro pueblo puede mostrar con satisfacción y orgullo, únicamente quiero dejar claro que este espacio frontal y en cierto costerón, (como la mayoría de nuestras calles) a la iglesia y a la torre parroquiales, siempre y desde tiempo inmemorial fue la Plaza de la Iglesia, por plebiscito popular, tenga o no tenga o haya tenido placa alguna que la rotule.

Por supuesto, este comentario merece historiar seguidamente lo que se sabe y conoce –y lo que la tradición nos ha legado- sobre la iglesia, la torre y la casa rectoral de la Parroquia de Nuestra Señora de Loreto de Venta del

Moro, cuestiones en las que hemos dicho todo lo que se ha podido averiguar, y muy particularmente el buen párroco historiador D. Jesús López Montoya. Pero como ello implicaría demasiada extensión, nos remitimos a lo escrito sobre el tema en otras publicaciones históricas y artículos sobre lo mismo.

PLAZA DE JOSÉ MARÍA CASTILLO

Evocadora, histórica, solariega y trajinante plaza, que siempre se llamó Plaza de los Olmos y actualmente –desde 30 de mayo de 1920– fue titulada y rotulada con el nombre de José María Castillo Sanz, por razón de haber sido nombrado Hijo Adoptivo de Venta del Moro en aquella fecha, considerando la personalidad humana y liberal, amable y dispuesta a la amistosa convivencia vecinal, mediador y favorecedor de las causas nobles venturreñas, dentro de las posibilidades que ofrecían los altibajos de la política local en tiempos de alternancias –en cierto modo, caciquiles– de la época de la Restauración y el reinado de Alfonso XIII.



José María Castillo Sanz (popularmente, el “Tío Castillo”) había nacido en Minglanilla (Cuenca), y al establecerse como comerciante en nuestro pueblo, su don de gentes y simpatía personal lograron su ascenso en lo político, ocupando la Alcaldía en diversas épocas, ya desde 1902, y luego entre 1910 y 1917, terminando su labor como Alcalde en 1922, poco antes de implantarse la Dictadura de Primo de Rivera. Su comercio, sito en los bajos de su casa solar, en la que hoy es Plaza de la Constitución, fue por muchos años (“con su cuenta y razón”, naturalmente) aprovisionamiento de víveres, comestibles, ropas y enseres para muchos vecinos, jornaleros y pequeños campesinos, por el sistema del “fiao hasta Tosantos”, cuestión que forzaba sinsabores y críticas –entre lo trágico y lo cómico–, para, en definitiva, dar paso a alegrías y conformismos, porque, a pesar de lo de “cuenta y razón”, el trato y la bondad del “tío Castillo” fueron siempre su lema y su razón. Era campechano y jovial, amigo de todo lo venturreño y, aunque enquistado en el sistema caciquil de entonces, siempre tendía al favor a quienquiera y cualquiera, militase o no en el campo liberal al que se

adscribió, siguiendo la causa que pregonaba por entonces el diputado D. Fidel García Berlanga.

Al “tío Castillo” jamás se le vio enfadado y menos enfurecido, aunque alguno de los cantarcillos de entonces “tiraban con bala”:

“En la Venta hay un Castillo
y en el Castillo una Torre,
y en la Torre habita un Diablo
que a Jesucristo se come”.

(Este cantar aludía a José María Castillo, a José María Latorre, a Millán Pardo... y a D. Jesús López Pedrón, abogado, juez y conservador).

Siguiendo con el tío José Castillo, me permito recordar que, cuando ya era viejo y con la vista cansada, me invitaba a sentarme a su lado en el Gran Teatro (uno de sus logros formando compañía con otros ocho venturreños, local inaugurado en 1914, para solaz y recreo del pueblo), cuando “lo del cine mudo”, a finales de los años veinte del pasado siglo, para que fuera leyendo los párrafos que iban apareciendo en la pantalla explicando la temática y el desarrollo de la película; y era de ver el cariño y la gratitud del tío Castillo, quien –en aquellas ocasiones, mi niñez de diez años escasos-, le servía de lazarillo lector pelicularo y comentarista.

José M^a Castillo Sanz, que había venido desde Minglanilla a nuestro pueblo como comerciante “de todo”, debió hacerlo atraído por la amistad con otra familia minglanillera que había sentado sus reales, anteriormente, en Venta del Moro –los Cantorné-, industriales, comerciantes, doctores y leguleyos, que ya a comienzos del siglo XX habían desaparecido de nuestros censos y padrones, siendo el último D. Melitón Cantorné, médico en Venta del Moro durante algunos años. Y como trajo consigo a dos hermanas y, además se casó aquí, los entronques Castillo-García, Cabanes-Castillo. Olmo-Castillo, y, después, los Castillo-Pardo, Pérez-Castillo y Latorre-Castillo, sí dejaron huellas y vivencias en nuestro pueblo, que todavía perduran... Nuestro vecindario se enriqueció con la numerosa y honrada prole que en las “castilleras” floreció y que han ido prolongándose en nuestros lares y otros lugares, sin romper sus vínculos ventamorinos en ningún momento, lo que sigue honrando el apellido.

Y ahora seguiremos hablando de esta Plaza de José M^a Castillo, una vez que, sin agotar el tema del personaje, merece comentario aparte su localización y algo de su historia, densa historia de este lugar, que nos recuerdan varias vicisitudes y circunstancias.

Como al principio se dice, se llamó Plaza de los Olmos, y en el año 1901 nuestros munícipes quisieron cambiarle el nombre y dedicarla al diputado a Cortes D. Luis Page, por haber promovido la construcción de la carretera de Caudete a Venta del Moro (desde la General Madrid-Valencia) cosa que no prosperó, aunque el señor Page fue nombrado Hijo Adoptivo de Venta del Moro el 10 de diciembre de 1901 (en la Fiesta de la Virgen de Loreto); como tampoco prosperó la propuesta de querer cambiar la Calle del Bien, por dedicarla a la esposa de aquel diputado, D^a Isabel Ros de Olano, hermosa y buena mujer, compañera y digna esposa de D. Luis Page.

Y, recordando que fue siempre Plaza de los Olmos, es fácil asociar el título con la realidad: la presencia secular de un par de olmos en la parte bajera de la plaza, de los que, en mi infancia, todavía llegué a conocer uno de ellos; majestuoso ejemplar que daba sombra a algunas casas solariegas, quizás las de mayor alcurnia y nombradía desde la emancipación de Venta del



Pasadizo en el Patio de Millán

Moro como municipio independiente del de Requena (1836), familias que ya aparecen en los nuevos censos de población (1857 y siguientes), la mayoría de abolengo, en cierto modo ilustre, que se remontan a nuestros intentos de independencia. Así, queremos recordar que en esta plaza moraron los Pardo de la Casta, los Herrero, los Medina, los Haya, los Cárcel... Y un recuerdo especial para aquel gran maestro, D. Victorio Montes Subirats, quien con su esposa, también maestra, D^a Salvadora Terrasa Gil, vivieron largos años en el piso alto de la casona de los Medina y los Romero-Herrero, y desde allí y en sus escuelas impartieron amor y sabiduría a todo el pueblo, prodigándose hasta invitar a la misma ciencia en beneficio del pueblo, pues la primera “radio de galena” y “el alambre de una antena que cruzaba casi toda la plaza”, hacía las primeras delicias radioyentes del por entonces pasmado vecindario infantil y adulto.

Mención particular abona la vieja historia de esa plaza en lo concerniente a la existencia por larguísimos años en ella de las dos posadas que daban alojamiento y cobijo a comerciantes ambulantes, arrieros y mercachifles, funcionarios, trajinantes y toda clase de visitantes que, a pie, a caballo o generalmente con su carro y caballerías solían visitar el pueblo, hacer escala en él o a morar temporalmente en atención a su industriosa dedicación. Nos referimos a la Posada de Sales y la Posada del Velonero, de las cuales la última desapareció a finales de los años veinte del siglo XX, quedando en servicio la vieja Posada de Mario Cárcel y Ambrosia Moya, llamada del “Tío Sales” por no muy bien aclaradas razones en la adjudicación anciana del apodo; vieja posada que prolongó sus servicios hasta más de los tres primeros cuartos de nuestro ajetreado siglo XX, últimamente regentada por María Cárcel Moya, hasta que recientemente ha sido vendida para vivienda. Parece ser que el apodo “Sales”, que heredó Mario Cárcel y sus sucesores, le llegó porque su padre se llamaba Francisco de Sales, nombre de un célebre Santo, el fundador de la Obra Salesiana y Patrón de los periodistas Católicos. (Historias antiguas de posadas, mesones, albergues y “ventas” que, en el caso particular de nuestro pueblo –Venta del Moro– se hace más curiosa, propia y ansiosa de conoceres que hoy todavía ignoramos, pero que no dejan de apasionarnos y recordarnos que por algo somos “venteros”, ventamorinos o venturreños, que para el caso es igual).

¡Vieja plaza de los Olmos, ya desde muchos años sin olmos, árboles que en nuestro pueblo –como era casi costumbre en la mayoría de los pue-

blos y aldeas castellanos- daban sombra al vecindario y al comentario cotidiano en bocas ancianas que a su sombra departían!

¡Pobres olmos venturreños de plazas aldeanas y capitalinas, de frondas ribereñas albosinas, de idílicos paseos asombrando sendiles y fuentechillas rumorosas, huertecillos, zarzamoras y cerezos, muertos por la “grafiosis” contumaz y mortal en toda Europa!

Sin más históricos comentarios, propios de un mayor estudio aparte, hemos de terminar con lo que debemos empezar: la forma peculiar de lo que hoy se llama Plaza de José M^a Castillo, que fue Plaza de los Olmos. Y, como resulta que nuestro pueblo se formó en una ladera vertiente a la rambla Albosa, como sucede en muchas calles y plazuelas de la población, existe el natural escalonamiento, que en este caso es bastante pronunciado y en triple aspecto y dimensión.

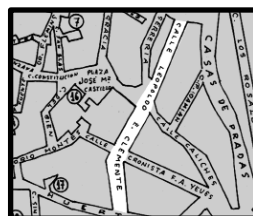
Esta plaza consta de tres vías escalonadas, paralelas entre sí al seguir la dirección poniente a levante, dando comienzo en la encrucijada que forma la Plaza de la Constitución con las calles del Bien y de San Blas y terminando en el abocamiento al viejo barrio de Los Caliches. El escalón intermedio es simplemente el transcurso de lo que daría vía libre a la salida por Los Caliches hacia la Carretera de Casas de Pradas: es la calle central de nuestra Plaza, que se eleva por una consistente “horma” o pared para formar el tramo viario superior o norteño, que empieza en la esquina de la Calle de San Blas, y con viviendas de histórica antigüedad en la izquierda, termina frontalmente en la vieja Posada de Sales y casas adyacentes, abriéndose al final, a la izquierda, en ascenso pronunciado, la Calle de Gracia. El tramo inferior, que realmente es la Plaza de vieja solera, con viviendas a la derecha –donde estuvo la Posada del Velonero- desde la Calle del Bien, y el frontis placero de viviendas en cierto modo próceres –ya comentadas-, abriéndose por el comedio de la derecha, en la dirección indicada, para formar el típico Patio del Tío Millán, con sus casonas y alforfas, que en su lugar y momento comentaremos.

Por último, queremos recordar que la primera báscula pública que se instaló en Venta del Moro estuvo situada en la calle o vía central de esta plaza, adosada a la horma o pared que separa a la parte superior o calle norteña de la misma; y que, sobre el techo de la báscula, dándole entrada

por la calle de arriba, se levantó una especie de tómbola o templete con balaustrada cuadrilonga, en donde tocaba la Banda de Música –quien esto escribe, formando parte de la misma-, algunos domingos y festivos, a finales de los años veinte y comienzo de la década de los treinta del pasado siglo (últimos años de la Monarquía de Alfonso XIII y primeros de la 2ª República).

CALLE DE LEOPOLDO E. CLEMENTE

Aquella vieja y casi periférica calle que últimamente se llamó de las Serrerías, en el barrio de Los Caliches, hoy, y desde el 6 de agosto de 2004, se llama y está rotulada con el nombre de Calle de Leopoldo-Emilio Clemente López; en cuya fecha fue también declarado Hijo Predilecto de Venta del Moro por acuerdo municipal, celebrándose tales nombramientos, en homenaje póstumo a nuestro paisano, amigo y promotor y valedor de muchas causas nobles, para mayor honra y honor de nuestro pueblo. Un año después (15 de julio de 2005), se refrendó tal homenaje con actuación extraordinaria de la Banda Municipal de Valencia, dirigida por Pablo Sánchez Torrella, abriendo su concierto con el pasodoble “Los Clemente”, de Salvador González Moreno, Director de la Banda Militar Maestrazgo, amigo de esta familia y este apellido venturreño. Fue el colofón del eterno recuerdo que Leopoldo E. Clemente (para nosotros, conocido por Emilio Clemente, desde su niñez hasta su fallecimiento), mereció por sus bondades, afabilidad, aficiones y actuaciones en todo lo que culturalmente supuso engrandecimiento de nuestro pueblo, y muy particularmente por su vinculación –personal, familiar y entusiasta- al mundo de la música en el ámbito local y comarcal.



Leopoldo-Emilio Clemente nació en Venta del Moro el 11 de julio de 1929 y falleció en Requena el 25 de septiembre de 2003; por supuesto, sus restos yacen en nuestro cementerio municipal. Sus padres, Marcelino y Tomasa lo educaron y dieron sus entrañables querencias, inclinándolo al oficio de carpintero, de larga tradición familiar, siendo un verdadero artesano de la madera. En 1954 contrajo matrimonio con Angelina Domingo Ponce, y del matrimonio nacieron siete hijos que, al par de seguir el oficio

paterno, se inclinaron todos ellos al noble y hermoso arte musical, hasta tal punto que, siendo Emilio presidente de la Banda de Música, su esposa era la madrina-abanderada, y sus siete hijos, Emilio, Luis, Javier, Juan Carlos, Fernando, Armando y Evangelina, formaron en ella como músicos con diferentes instrumentos. Fue una hermosa y fructífera aportación para nuestra pequeña Banda, que se transformó –en el largo periodo de 23 años de presidencia (1968-1991)- en una agrupación consolidada, rejuvenecida y engrandecida en número y en perfección. Y como la “saga de los Clemente”, bajo la dirección y entusiasmo de los padres, lograra expandirse y profesionalizarse en el mundo musical valenciano, cinco de ellos crearon la empresa llamada “Clemente Pianos” con éxitos asombrosos, dada su especialización y sus profesionales maneras en lo concerniente al arte musical, en Valencia y sucursal en Castellón.

Nuestro ilustre personaje extendió su labor musical al ámbito comarcal ejerciendo durante seis años como Delegado Comarcal de la Federación de Sociedades Musicales de la Comunidad Valenciana, recibiendo, por ello, muchos plácemes y sentidos homenajes en Utiel y Venta del Moro, pues fue creador, en 1980, del “festival de bandas comarcanas”.

Pero, además de lo dicho, que ya es suficiente para agradecer la ingente labor y entrega de L. E. Clemente concediéndole honores y recuerdo imperecedero, también era partícipe muy activo en el resurgimiento de tradiciones festivas y populares venturreñas, hallándose siempre en primera fila –y arrastrando con él a su familia- en actos solemnes y tradicionales (devociones a nuestra Patrona la Virgen de Loreto, cantares de “mayos” y “coplas”, resurgir de la “jota de quintos”, etc.) y, muy particularmente en la convocatoria que casi todos los años llamaba –por mediación, interés, amor y entusiasmo de la “saga Los Clemente”- a celebrar, en la Plaza de la Iglesia, conciertos de piano y otros instrumentos, trayendo a los mejores y más afamados maestros y artistas en estos menesteres en el mundo musical valenciano y nacional.

Leopoldo E. Clemente era de natural simpático y agradable, autodidacta culto e inteligente, chispeante en sus gracejos de popular sabor, sabedor de muchas cosas de nuestro pueblo, aldeas y comarca, de liberal y ameno talante, colaborador desde sus puestos (presidente de la Unión Musical, mayordomo de la Virgen de Loreto, concejal del Ayuntamiento,

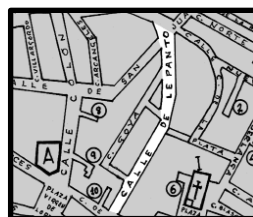
profesional de la madera, tertuliano activo, etc.), en todo lo que fuese altitud de miras y nobleza del corazón para todo lo venturreño, y para todo lo que respirara en arte, cultura, amorosidad y amistad sin límites. Fue una gran persona y un gran venturreño; un “enamorado total” de Venta del Moro. Personalmente, quien esto escribe gozó de su amistad y de su valiosa ayuda para recordar y escribir “cosas” de nuestro pueblo... y solemnemente declaro que sigo gozando de ella, pues transmitió fervorosamente a sus hijos algo –y mucho– para que prosiguiera, como así me lo vienen demostrando, a todo lo cual he tratado de corresponder. Creo, con toda mi profunda fe, que el venturreño Leopoldo Emilio Clemente López, mereció en vida lo que después se le homenajeó y que ahora y para siempre será certeza lo que dice la leyenda o epitafio que figura en su lápida sepulcral: “Prodigaste tu amor con tanto anhelo, que al fin, lograste remontarlo al Cielo”.

La antigua Calle de Serrerías, en Los Caliches ventamorinos, se siente orgullosa de ostentar el nombre de Calle de Leopoldo E. Clemente.

CALLE DE LEPANTO

La transformación urbana experimentada por Venta del Moro a partir del último tercio del siglo XX ha sido espectacular. De ello surgieron nuevas calles originadas a partir del eje viario de la Calle de las Cruces, tanto en su primer tramo (en el caso que nos ocupa) como en los últimos, a ambos lados, hasta posibilitar, en pocos años, la transformación del viejo Barrio de Jaraguas o de las Cruces.

La actual Calle de Lepanto era prácticamente un barranco escalonado, con algunos bancales de cereal y almendros, que fue cercado por la familia Montaud Nogueroles (Cercado del Francés) a finales del siglo XIX con un tapial de piedra-barro, desde la Calle Nueva, al norte, hasta el caserío de Las Cruces, al sur, abarcando todo el terreno trasero a las casas y corrales del callejón de la Torre. La pared que abocaba a la Calle de las Cruces se abría y cerraba en amplio boquete por una verja de hierro que, en caso de torrencial tormenta, dejaba pasar la “avenida” para enfilarla hacia las calles del



Aire y de la Montera, y llevarlas hacia la Albosa. Se llamaba Cercado del Francés porque la dama venturreña Celia Noguero Herrera se casó con un militar de origen francés, Alberto de Montaud, quienes aún residiendo en Madrid, levantaron en nuestro pueblo “La Colonia” –casona y jardín y primer cuartelillo de la Guardia Civil, por frente al lateral del hoy Ayuntamiento y entrada al Colegio Público- en la Calle de las Cruces, y durante bastante tiempo, los sucesores (Gustavo, Alberto y Raúl Montaud Noguero) mantuvieron sus propiedades hasta ya finalizada la Guerra Civil, en que lo vendieron todo (1940). Y, con muy buen acuerdo, nuestros municipales de las décadas de los 70 y 80 del pasado siglo, tras abatir tapias y verjas, hicieron posible la urbanización de lo que hoy es la Calle de Lepanto, una de las calles más amplias e importantes de nuestro pueblo, que pone en comunicación la vieja Calle de las Cruces, en que se abre, con la Carretera de Tamayo, tras cruzar la moderna Calle de San Juan y de recibir, por la izquierda a la Calle de Goya, y por la derecha la nueva apertura del costerón de la Calle de la Plata y, casi al final, la terminación de la Calle Nueva –de la Picota-. Se ha logrado una transformación radical: desde ejido tapiado y sin provecho hasta 1965, a una calle de modernos edificios a ambos lados: Lepanto.

¿Y, por qué el nombre de Lepanto? En algún otro lugar me he formulado la misma pregunta, a la que únicamente hemos conseguido averiguar que se debe al particular criterio –momentáneo impulso nominativo- del empleado municipal –oficial administrativo de nuestro Ayuntamiento- que en vida se llamó Lorenzo Robledo Pérez y más popularmente, ”¡Luisete el Zapatero!”; sin ser Luis ni zapatero, cosas que fueron efectivamente de su padre. Y como oficial del Ayuntamiento, que a veces ejercía como Secretario accidental, al abrirse la citada y repetida calle que nos ocupa y censarse sus primeros vecinos, en el primer Padrón o Censo de población encasilló la nueva vía bautizándola con el glorioso e histórico nombre de Calle de Lepanto, mera ocurrencia que, como muchas otras de diverso origen e índole, prosperó y se quedó para siempre. Así, bien puede decirse que, entre Lepanto, Cervantes y Colón, en trilogía de alta fama, se alude en Venta del Moro a algo que hizo de España, ser en la historia, las letras y la geografía terráquea, cabeza imperial del mundo (siglo XVI).

Aunque este nombre sonará y resonará en las bocas y oídos venturreños, conviene recordar algo sobre lo que significa Lepanto.

pués –siendo ya cura párroco en Valencia-, colaboró muy activa y eficazmente en la construcción de toda la Barriada dicha, valiendo su influencia en el Instituto Nacional de la Vivienda de Valencia, para que, tras algunos impedimentos, más formales que legales, pudiera inaugurarse en 1977, según quedó inscrito en el frontispicio de la fuente erigida en la primera de sus calles, la de los Rosales.

Los promotores de esta nueva barriada, que formaron la Cooperativa de Viviendas “Virgen de Loreto” (Cecilio García Onielfa, Raúl Latorre Castillo... y otros venturreños), amigos y concedores del prestigio de D. Luis Bernat, en nombre de los asociados y del pueblo, en general, no dudaron en reconocer tan valiosa ayuda, interesando del Ayuntamiento se rotulase una calle del Barrio citado con el nombre de D. Luis Bernat, a pesar de que entre el conjunto del vecindario venturreño apenas fuera conocido, aparte saber que había ejercido sus funciones de párroco en Camporrobles.

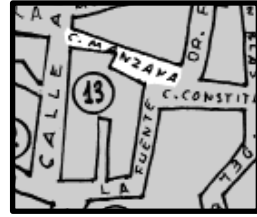
La calle está ubicada entre sus paralelas, Calle de los Rosales, la más próxima a la carretera, y la de Buenos Aires; y se extiende entre las calles de Sevilla y Barcelona, que cierran el conjunto por el norte y mediodía.

Don Luis Bernat Cervera, Terciario Capuchino, fue párroco de Camporrobles desde 1952 hasta 1970. Trasladado a Valencia en 1971, pasó a regentar la parroquia de Santa Cecilia, creada junto a la pista de Silla. Había nacido en Benaguacil, e ingresado en los Capuchinos (Orden Franciscana), fue presbítero en 1949 y dos años después pasó, como ya se ha dicho, a Camporrobles, donde fue un activo y celoso párroco. Allí dirigió el Patronato de Escuelas Católicas, que había fundado D. Felipe Antonio de la Mata, y que además de su función escolar, se empleó como Centro Recreativo y local de Acción Católica.

Sin duda alguna, su decisiva intervención en ayuda de la construcción de esta barriada venturreña, fue mérito suficiente para que se le dedicara esta calle en Venta del Moro.

CALLE DE LA MANZANA

Es una de las más céntricas calles venturreñas, pues pone en comunicación la Plaza de la Constitución y la calle del Aire, ya casi en la confluencia de esta con la descendiente calle de la Montera.



Es de corto trayecto, pero histórica y trajinada por comercial e industrial. Desde la esquina de la familia Castillo hasta la fonda de Jesús Cervera –por la derecha-, y desde la carpintería de “Bernache” hasta la sucursal licorera de Vento Galindo, regentada por Pepe “Cabuchas” –Gregorio Yeves Beltrán-, por la izquierda, era transitada con mucha frecuencia desde los años veinte hasta los sesenta del pasado siglo XX. Por supuesto, hoy ya es recuerdo histórico todo aquel ajetreo, al que se sumaba en sus proximidades la bajada y subida a la fuente y al lavadero públicos del mujerío, antes, naturalmente, de que se instalara a domicilio la red de aguas potables y alcantarillado de la población, que se realizó y acabó en los primeros años de la década de los setenta.

Indagando sobre el origen de esta titulación callejera, que muy bien recuerdo era llamada así remontándonos al primer cuarto de siglo dicho, únicamente por indicios concomitantes debió rotularse así por ser a modo de la base de una “manzana de viviendas” formada en triángulo rectángulo, cuya hipotenusa sería la calle de la Montera, un cateto la propia calle de la Iglesia (hoy Dr. Fleming), y el cateto básico, precisamente, lo que es y fue de inmemorial, Calle de la Manzana.

No encontramos otra explicación; y avala esta opinión el hecho de que dicha “manzana” triangular abría sus casas –algunas solariegas- en los respectivos lados que forman su ángulo recto, dejando puertecillas de salidas de patios y corralizas en la calle de la Montera.

Porque, si no es así, lo mismo podría haberse llamado con el nombre de cualquier otra fruta, cosa que ni siquiera atisbamos en nuestra indagación y pensamientos.



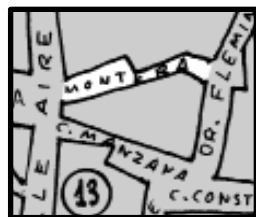
Calle de la Montera

Queda como siempre ha sido esta corta pero céntrica –hoy calleja más que calle-, dentro del Barrio del Parchel, aunque ya escorándose un tanto hacia la modernidad de Las Cruces.

¡Cuántas cosas chistosas, gratas, amistosas, sencillas y cercanas al sentimiento y a la cordialidad guarda esta calle, tanto en ella como en sus cercanías placeras, de rondas, tertulias, dimes y diretes infantiles, juveniles... y adultas! De cada una de sus antiguas casas podría escribir párrafos interminables de historietas y anécdotas.

CALLE DE LA MONTERA

Al menos, desde comienzos del siglo XX –según me decían mis padres y abuelos- la actual Calle de la Montera ya era llamada así, y particularmente el primer tramo del vigente callejero venturreño, que nace en la antigua calle de la Iglesia (hoy Dr. Fleming) y termina cruzándose con la prolongación de la calle del Aire hacia Las Cruces. El tramo siguiente –desde el cruce antedicho hasta desembocar en la avenida Conde de



Villamar en la esquina de la fábrica de alcohol Vento Galindo-, también en continuo descenso, ya fue bautizado como la misma calle de la Montera –aunque nunca fue así-, a puros efectos administrativos y censales.

Refiriéndonos concretamente al primer tramo, hay que decir que, salvo un par de viviendas que se abrían en su lado derecho, todo lo demás eran salidas de corralillos y patios traseros de las casas que se abrían en la calle antigua de la Iglesia, de algunas casonas principales del comienzo de la Calle de las Cruces y hasta de la propia Calle de la Manzana. Era zona de servicios y servidumbres, y tenía bastante tráfico debido a la bajada de las mujeres a buscar agua de la fuente con sus cántaros (o a lavar en el lavadero público o con la correspondiente subida, –desde y hacia la zona cercana a la iglesia y de la propia Picota). Y, en cuanto al segundo tramo, que, como se dice, nace en el cruce de la calle del Aire, recibe por la derecha a una parte de la Calle de Colón y tras un pronunciado descenso, recibe por la izquierda el callejón de Auspicio (que siempre se dijo “Hospicio”, o del tío Hospicio), ya casi desembocando en la confluencia de la Calle de los Huertos con la del Conde de Villamar. En el cruce de los dos tramos de la Montera, una placetilla o ensanche permite mayor tráfico en donde la vida moderna y de ocio, disponen de lugares de servicio y expansión.

¿Y por qué razón se titula y rotula con el nombre de Montera?

Hay tres versiones que solamente son conjeturas aunque verosímiles.

- La montera fue hasta el siglo XIX en que se impuso la gorra o el sombrero –este en pocos casos dentro del mundo rural-, como prenda para cubrir y resguardar la cabeza de los hombres, parecida, aunque con menos lujos y engorros que la actual “montera” de los toreros. Y ya sabemos que al par que la gorra, con algo más de moda, llegó la boina negra como cubrecabezas masculino. Pero lo corriente y típico fue, como se ha dicho, la montera. Y quizás, del mismo modo que pudo llamarse calle del “Chaleco”, o de la “Manta”... o del “Sombrero”, se le tituló calle de la Montera; explicación no muy convincente.

- Como segunda hipótesis recordamos que antiguamente al guardabosques, o guarda forestal actual se le solía llamar localmente “guardamonter” y “montero”, cosa que mi infancia recuerda en casos concretos. Y a tal

respecto todavía se llama “Capotilla del Montero” a un montecillo cercano al pueblo, hacia el N. E. que indica lugar de vigilancia y oteo, abarcando un amplio panorama campesino. Y aunque todo lo dicho no valga para el caso, se recuerda que a la mujer o esposa de algunos oficios masculinos: así, “la montera” sería la mujer del montero..., cosa que daría nombre al lugar o calleja donde habitaran;... algo que también se escapa, por demasiada coincidencia y falta de interés en nuestro caso.

- Y como tampoco queremos pensar que se le puso Calle de la Montera en recuerdo de la famosa calle madrileña del mismo nombre, razón más verosímil porque en la de nuestro pueblo –en sus comienzos-, daban las portadas de una casa solariega (los Garrido Pardo... y después Ochando Pardo) que sí habían estado sus habitantes en Madrid, y allí se estableció –en la Calle de la Montera madrileña- la famosa farmacia laboratorio “Sáiz de Carlos”, esposo de doña Lucía Garrido Pardo, cuyos específicos “Elixir estomacal Sáiz de Carlos” y otros, fueron famosos en España y América, gracias a la promoción que el médico don Juan Crisóstomo Garrido Lázaro, padre de doña Lucía y por lo tanto suegro de D. Ramón Sáiz de Carlos, realizó en la capital de España. Esta opinión, que, aunque razonada, tampoco inspira motivación razonable, me lleva a otra consideración:

- También se llamaba y decía “montera a cualquier lugar encapotado, en el propio descenso de una ladera montañosa, que vislumbrara o iniciara otros escalonamientos de bajada hasta las márgenes o riberas de un ramblizo o riachuelo"... Y a ello nos atenemos con más fiabilidad que en los casos propuestos o conjeturados anteriormente.

El caso que la Calle de la Montera existe en Venta del Moro... y sin más disquisiciones, ¡por algo será!

CALLE DE LA MÚSICA

En el moderno ensanche y urbanización de la zona oeste venturreña aledaños a Las Cruces, desde hace escasos años se bautizó la nueva calle que se extiende entre las de San Isidro y del Cuartel, con el específico y



artístico nombre de Calle de la Música.

Obedece tal rotulación a que aproximadamente entre los dos años, final y comienzo de siglo (1999 o 2000) se proyectó, por el constructor Játiva, edificar un local idóneo y a propósito para la “Unión Musical” –Banda de Música de Venta del Moro-, que, al parecer, o no prosperó o quedó en suspenso. Razón por la cual, nuestra Agrupación musical sigue sus ensayos y reuniones en los locales de junto a la Glorieta. Pero el nombre de la calle, allí quedó y así figura en planos, censos y callejero venturreños.

Esta denominación nos lleva a recordar muchas cosas, que ocuparían gran espacio y dedicación, toda vez que no se puede compendiar en breves líneas todo lo que supuso y supone la Banda de Música y sus actividades, aglutinantes y artísticas, en Venta del Moro, algo que ya hemos comentado en otro lugar. Hoy prosigue nuestra Banda sus funciones artísticas y hasta se ha creado (año 2000) una “Banda Juvenil Venturreña”.

Pero imprescindiblemente nos recuerda lugares y tiempos en que la “Academia de la Música”, como pomposamente llamábamos y seguimos llamando, tuvo gran importancia en la vida venturreña, como lugar de aprendizaje artístico, pero mucho más de fraternos y concomitantes lazos de amistad, comprensión, afecto y cariño entre los componentes, educandos y maestros... y vecindario aficionado, en general. Aquellos maestros directores, Millán Pardo (1909) –del que supe, por relatos familiares, sus afanes musicales; Francisco Ruiz “Curro” (1925), que ya conocí; Francisco Iranzo “Chacón” (1930), mi primer maestro-director que inició mis pasos trompetistas de la pequeña Banda; Aurelio Haba “El Cómico” (1934); Antonio Mombiedro (1935); “El Boticario”, Juan Blasco Guaita (1940); Miguel Moya (1950); Miguel Nohalés (1970) –todos, más o menos, venturreños y residentes... y los que después vinieron, Casadó, Clemente, etc., desde hace medio siglo que me ausenté del pueblo (sin ausentarme del todo). Y aquellos locales de la planta baja de la antigua Sala Consistorial, al final de la Calle de Gracia, y el del Patio del Tío Millán, y algún otro hasta llegar a la ubicación en que actualmente se halla (sobre la antigua Fuente Nueva y el Lavadero Público)...

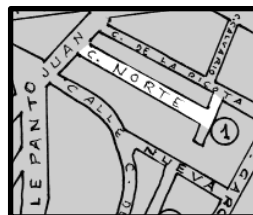
¡Qué grande es la música, y qué hermosos lazos crea y ata en los pueblos pequeños, unificando sentimientos artísticos y culturales en aras

del prestigio y grandeza que, sobre nuestras raíces, edificaron nuestros mayores!

Es bueno y gratificante contar con una calle dedicada a la Música.

CALLE DEL NORTE

En el viejo barrio de La Picota, entre las calles llamadas, una, precisamente de La Picota, como paralela hacia el norte, y la Calle Nueva (que antiguamente se llamó también Nueva de la Picota) se extiende una calleja, más que calle, llamada actualmente Calle del Norte. No alcanza su total extensión a llegar, como sus hermanas paralelas citadas, nacimiento y fin entre el último tramo de la casi vertical arteria de Fidel García Berlanga por el este, y la terminación de la Calle de San Juan en su casi desembocadura en la Carretera de Tamayo, porque está cortada por el callejón del Mono, que la une a su paralela norteña de la Picota a unos dos tercios de su longitud; callejón que se prolonga hacia el sur, sin salida.



Aunque hoy está bien urbanizada, antiguamente era zona de corralizas y patios traseros de las casas que se abrían en las repetidas calles –hoy sus paralelas- de la Picota y Nueva. Pero indudablemente, sin más complicaciones, en los últimos planos y callejeros venturreños aparece con la denominación de Calle del Norte, ciertamente expresiva, dada su situación, que, al fin y al cabo, era hasta hace poco, con su hermana Calle de la Picota, la penúltima hacia el norte venturreño; mejor dicho, hacia el N. E., ya que, desde hace unos diez años, se construyó más al norte, y al otro lado de la vieja carretera de Utiel, la barriada más moderna, sita entre la vieja carretera de Utiel y la periférica de Tamayo.

Proviene esta denominación de los últimos arreglos y disposiciones en esta materia, que se remontan, todo lo más en el tiempo, a las décadas de los 80 y 90 de nuestro pasado siglo XX.

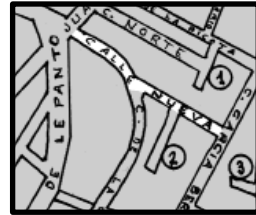
Denominación y rotulación acertadas, que no admiten equívocos ni otras historias. El Norte es uno de los puntos cardinales de la orientación.

Punto que la aguja magnética de la brújula marca y señala la Estrella Polar en nuestro hemisferio. El punto de “más arriba” en la llamada Rosa de los Vientos..., siempre guía y orientación, siempre como sinónimo y metáfora del camino recto, de la verdad, la claridad y la ruta hacia lo eterno...

¡Qué lástima que Venta del Moro no cuente también con otras calles o callejas dedicadas al Sur, al Este y al Oeste, aunque se suplan con determinados parajes conocidos y renombrados en todas estas direcciones, cercanos o aledaños a la población!.

CALLE NUEVA

Casi a los dos tercios de la longitud ,ascendiendo el eje viario del barrio “picoteño”, o calle de García Berlanga, a su izquierda, nace la que, desde mis recuerdos, vivencias e historia, se llamó y se llama Calle Nueva (muy antiguamente, Calle Nueva de la Picota), que pone en comunicación la citada calle central de Fidel García Berlanga con el final de la hoy Calle de Lepanto. Recibe la Calle Nueva, por su izquierda, el último recodo de la Calle de la Plata; pero, anteriormente, también a la izquierda, se abre un callejón –sin salida-, servidumbre trasera de algunas casas picoteñas, que, formando parte de la misma calle, hemos bautizado a nuestro saber y albedrío particular, con el nombre de Callejón de la Francha y la Viviana (que también podría ser, del Rocha, o de Villarta, apodos de vecinos antiguos que por allí tenían sus salidas traseras).



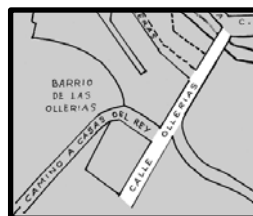
Su denominación, tan simple, expresiva y escueta, obedece a nuevas aperturas de humildes viviendas, que, con el tiempo, adquirieron cierto relieve como pequeños agricultores, pastores de ganado propio, y, muy particularmente, alarifes o albañiles que, desde finales del siglo XVIII asentaron por este pequeño barrio sus viviendas. Es indudable que el título de Calle Nueva le viene desde mediados del XIX, abriéndose perpendicularmente, como ya se ha dicho, al eje callejero venturreño y “picoteño” que primeramente fue Calle de Requena –por la dirección y encaminamiento que tomaba- y que después, y hasta hoy, se rotuló como calle de Fidel García Berlanga.

Aunque actualmente toda la calle, de principio al final, se halla adecuadamente urbanizada, hay que recordar que en su tramo final, tras recibir a la Calle de la Plata por su izquierda, hace escasamente medio siglo abocada a unos ejidos y terraplenes, con un caminillo adosado al tapial del “Cercado del Francés”, que dejaba a la derecha unas eras, el almacén-cuadras de Rafael Lavarías, y algunos corrales, ya en las afueras del casco habitado.

CALLE DE LAS OLLERÍAS

Ya en la periferia del casco urbano, en la zona S. O., y pasado el Puente de Piedra, dejando a la derecha y paralela a la Rambla Albosa la carretera a Casas de Moya (tramo llano que hoy conocemos como Paseo de las Moreras), en línea recta y camino en ascenso, se halla la Calle de las Ollerías. Únicamente edificada en su parte derecha –en la dirección antedicha-, se bifurca en sus comedios para abrirse a la derecha con el nombre (ya antiquísimo) de Camino de Casas del Rey; y a la izquierda el camino de herradura, primero, y carretero después, que llevaba a nuestros pequeños campesinos y agricultores, a parajes varios, sitios entre las dos ramblas, la Albosa y la de Bullana (Ullana, Oliana, Oleana...), tales como Paiporta, la Cuesta de la Fuente, El Corralillo, Las Covatillas, El Rebollo, etc. etc. , de pequeñas parcelas de viña, olivar, almendros y cereal. Camino, este último que terminaba en las tierras y huertas de la Bullana (que eran dos Bullanas: la del Tío Gallina y la del Tío Cabrera), pero que antes se bifurcaba en encrucijadas sendiles y caminillos –al puente, fuente y balsa del Rebollo (puente del ferrocarril Baeza-Utiel, a medio construir-) y a las Covatillas –por Las Hoyuelas-, donde se iba a edificar la estación ferroviaria, muy cerca del último túnel, el nº 25, ya terminado.

Aunque lo dicho anteriormente no tenga mucho que ver con la calle que nos ocupa, no creo esté mal el ir derivando y bosquejando recuerdos que, al formar parte de nuestra vida venturreña, pueden servir como añoranza y memoria del campesinado que por estos andurriales se desvivía en busca del alimento agrario en que, familiarmente, vegetaba.



Pero volviendo a las Ollerías, oficio antiguo e imprescindible, diremos que aquí, muy cerca, donde hoy se instaló un bar y antes una fabriquilla de limonadas, gaseosas y refrescos, estuvo la ollería de Miguel Hernández Cano “El tío Cuelgues”, heredada y trabajada después por su hijo Julián Hernández Yeves “El Torero”, de los que recuerdo muchas cosas por razón de vecindad y afinidades de varia índole.

Y hay que recordar que las antiguas “ollerías”, que fabricaban en principio –como su nombre indica-, ollas, cazuelas y pucheros, utilizando la tierra arcillosa que por estos parajes abundaba (los “terreiros”), derivaron enseguida a lo más útil, la fabricación de ladrillos, adobes y tejas (tejerías) árabes, disminuyendo y casi desapareciendo a principios del siglo XX la fabricación de ladrillo cuadrangular, grande para pisos de trullos, y pequeños para pisos de viviendas, pero continuando con cierta importancia la fabricación de adobes (ladrillo o rejola rectangular para tabiques), y la clásica teja árabe para cubiertas y tejados.

Se recuerda a este respecto que en otros lugares de las afueras del pueblo, muy particularmente al final de la Calle de los Huertos, y en la que aún se llama del Sindicato Agrícola, hubo otras “ollerías”; en lo que se alzó después la Almazara del Sindicato, era un amplio solar donde ya trabajaba la familia “Cuelgues” antedicha, antes de trasladar la industria al lugar que ahora comentamos, pasado el puente de piedra sobre la Albosa. Pero quizás la más importante ollería de nuestro pueblo fue la de la Tía Rafaela Escrich –familia venida de Sarrión o Mora de Rubielos (Teruel), los Ponce Escrich- y que aquí se instalaron, como se ha dicho, al final de la Calle de los Huertos y principio del llamado por los “letrados venturreños” de comienzos del siglo XX, “Paseo de los Doctores”. Ya en los años 30, viuda la tía Rafaela, dividió la ollería en dos partes: la principal, que siguió en manos de Ignacio Ponce “El Ollero”, y la otra que pasó a su hermana Florencia, trabajándola su esposo Constantino López y sus hijos.

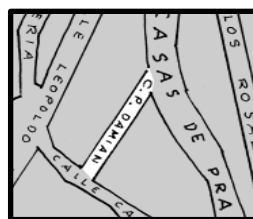
Ya no queda nada, por no ser rentable en su entonces pequeña escala, de aquellas industrias en las que se bregaba muy trabajosamente y se exponía muchas veces al desastre –ya que estaban al aire libre-, por lluvias, malas cocciones, e imprevistos.

Las ollas, cazuelas, pucheros, botijos, cántaros, etc. etc., vinieron después, transportados por la industriosa arriería, generalmente desde Utiel, y más concretamente desde Chiva.

Y para que no se nos olvide, diremos que ya a finales del siglo XVIII en algún plano –para aquellos tiempos, muy explicativo–, ya aparecían un par de tejerías u “ollerías”, al otro lado del casco poblacional; es decir, no muy lejos de la ribera derecha de la Rambla Albosa.

CALLE DEL PADRE DAMIÁN

Subiendo desde la calle de Los Caliches hasta la Carretera de Casas de Pradas, y paralela a la antigua Calle de Serrerías (actualmente, de Leopoldo E. Clemente), en estrecho y empinado ascenso, se halla ubicada la Calle del Padre Damián. Podemos decir que es la última calle venturreña, perpendicular a los Caliches, aladaña y fronteriza a la Bodega que se fundó a mediados de los años cincuenta, bajo la denominación de Grupo Sindical de Colonización, en régimen cooperativo. Como anteriormente se dice, es una estrecha calleja, cuya rotulación se verificó en la década de los años setenta del pasado siglo, a petición parroquial.



Gran acierto tal denominación, dada la universalidad del personaje a quien se dedicó, reconocido por sus virtudes heroicas en la más pura y verdadera caridad cristiana.

Sintetizando la biografía del Padre Damián, lo hacemos de manera escueta, aunque altamente ejemplar: (La Enciclopedia Espasa, en su edición abreviada, de 1972, nos dice al respecto: “José Damien de Veuster. Misionero católico belga, más conocido por el Padre Damián (1840-1889). Consagró su vida a atender a los leprosos de la isla de Molokai (Hawai), contrajo la lepra y murió en ella”.

La fama de este misionero fue tan difundida en el mundo cristiano que suscitó la escritura de libros, filmación de una afamada película, propaganda de sus ejemplares actividades en la celebración del Domund

(Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, o Día de las Misiones) y muchos comentarios sobre la enfermedad y curaciones de la lepra, divulgados por el Sanatorio de Fontilles (Alicante) y por el Mundo de las Misiones en general.

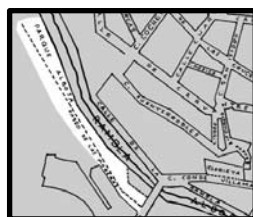
Ampliando un poco geográfica e históricamente aquella dedicación y el lugar donde sucediera, diremos que Molokai es una isla del archipiélago de Hawai, donde desde 1860 existe una leprosería, dotada de todos los medios modernos y adelantos terapéuticos, y con las mayores comodidades para los enfermos, en la que ejerció su apostolado el célebre José Damien de Veuster, conocido por el Padre Damián.

Se erigió en la isla un faro monumental, cuya luz es visible a 24 millas. La isla tiene una extensión aproximada a dos veces y media, mayor que el término municipal venturreño (676 kms. cuadrados) y una población aproximada a los 6.000 habitantes.

Aunque un tanto arrinconada, no muy larga y no muy ancha, merece nuestros comentarios la Calle del Padre Damián en Venta del Moro.

CALLE DEL PASEO DE LAS MORERAS

La ya antigua carretera a Casas del Rey y Casas de Moya, a partir del paso del Puente de Piedra (1915) y que corre paralela al cauce de la Rambla Albosa en una zona llana y rectilínea hasta encontrarse con el cruce de lo que se llama Carretera de Tamayo, tiene en nuestro callejero el nombre de Paseo de las Moreras, que, en principio y hasta 1995 se llamó “Paseo de las Acacias”. Como al principio se dice, esta calle-paseo (más propiamente avenida, hasta no hace mucho –en que, por estar flanqueada por árboles) es la propia Carretera a Casas de Moya, solicitada en 1918 y construida poco después.



Se dice de las Moreras, en sustitución de su anterior nombre de las Acacias, por haber sido acordado por el Ayuntamiento en 15 de septiembre de 1995 y visado por la Gerencia Territorial del Catastro de Valencia, el 8 de

febrero de 1996. Y, además, por ser más propio, ya que si nos atenemos a la clase de árboles de sus orillas, fueron siempre en mayor cantidad las moreras, aunque las acacias han podido prosperar mejor, dada su propensión al asilvestramiento en márgenes y terraplenes.

Quiero recordar (como ya se ha dicho al comentar la Calle de las Acacias y la Calle del Árbol) que ambas clases de arbolado apenas se conocían en Venta del Moro antes de celebrarse la Fiesta del Árbol en nuestras escuelas (entre 1926 y 1930) en plantaciones escolares a ambas orillas de la Carretera, antes y después del paso del Puente de Piedra.

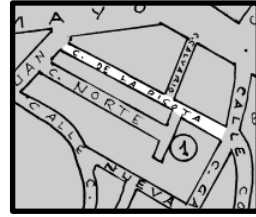
Precisamente fueron árboles de las dos clases citadas, de los que aún perviven, al menos un par de moreras que se plantaron en el terraplén anterior al paso del puente, y que ya son octogenarias.

Las moreras, que también sirvieron en alguna corta época como alimento del gusano de seda (también ensayo escolar que no llegó a cuajar y fructificar, dado el corto número de estos árboles) son frondosas y fáciles de criar, cuidando su frecuente regadío, de la familia de las moráceas, tronco recto y no muy grueso, de unos cinco metros de altura y copa abierta, con hojas ovales, obtusas, dentadas o lobuladas, de flores verdosas (separadas las masculinas de las femeninas) y su fruto es la mora, blanca o negra; sus hojas, como ya se ha dicho, sirven de alimento a los gusanos de la seda, por lo que en muchos lugares se explotaban para ello. A la morera, en algunos lugares se le llama “moral”.

La Calle o Paseo de las Moreras que nos ocupa sólo tiene viviendas en los comienzos, a la izquierda: bar, vivienda, antigua fábrica de refrescos (limonadas y gaseosas); y en sus comedios, a la derecha, un parquecillo o lugar de esparcimiento, paseo y ocio, ciertamente muy bonito y en consonancia con el lugar, que fue acondicionado e inaugurado en 1982 y bautizado con el poético nombre de “Parque Albosa” de Venta del Moro.

CALLE DE LA PICOTA

La más norteña del casco antiguo del Barrio de la Picota, ya paralela a la carretera a Utiel –ahora Carretera de Tamayo-, se llama, desde hace siglo y medio, precisamente Calle de la Picota –nombre trasladado de la generalidad de la barriada a una calle concreta. Nace en el último tramo del eje viario de dicho barrio o calle de García Berlanga, y se extiende perpendicular a ella, hasta la Calle de San Juan, también en su último tramo. recibe por la derecha, en la dirección indicada, a la Calle del Calvario, y por la izquierda al callejón del Mono, que la pone en comunicación con su paralela sureña, la Calle Nueva.



Es calle antigua, hasta no hace mucho –en que se acometió su total urbanización y pavimento-, afloraban en bastante trayecto de su extensión, algunos “peñones”, característica pétreo picoteño-venturreña, que dificultaba su tránsito vehicular, hoy subsanado.

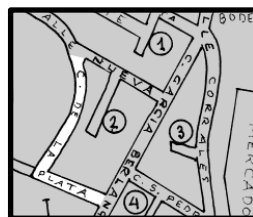
Y ya que estamos en ello, nos introducimos en significados y propiedad de esta típica denominación ventamorina, que no sólo aventuramos sino que creemos ciertamente, la vieja denominación de “Picota” que, como ya se ha dicho, no solamente concreta a esta calle, pues generaliza el nombre de todo el Barrio, que de siempre fue La Picota, uno de los tres (junto al Parchel y Las Cruces) que conformaron la unidad y la diversidad de nuestro pueblo, aparte, lógicamente, de los barrios periféricos que después se han ido construyendo.

En cualquier diccionario encontramos que la palabra “picota” significa: “Rollo o columna de piedra o de fábrica, que había a la entrada de algunos lugares, donde se exponían públicamente las cabezas de los ajusticiados, o los reos”. Y como 4ª acepción (tras la 2ª y 3ª, que son “juego de muchachos con palo puntiagudo para clavarlo en el suelo”, y “variedad de cereza”...), se dice: “Parte superior, en punta, de una torre o una montaña alta”. A esta última acepción nos acogemos, precisamente, por ser este barrio y esta calle, en Venta del Moro, punto y lugar más alto del pueblo, que, desde allí y hasta las propias riberas u orillas de la Rambla Albosa se extiende y baja enladerado y, aunque no forma escalonamientos apelañados, sí lo hace formando calles y callejas transversales al eje central o calle

principal de García Berlanga, o mejor dicho, la propia “Picota”. Esta es, a nuestro juicio, la acepción más significativa, ya que lo del “rollo jurisdiccional, cruz de término o principio, o columnilla para exposición de delinquentes”, no cuadra ni a nuestra pequeña historia, ni a tradición alguna sobre este particular, ya que, administrativamente, no fue Concejo o Municipio hasta 1836, en que estas jurisdicciones ya no existían.

CALLE DE LA PLATA

Recorrido el primer tramo de la arteria vial “picoteña” o calle de Fidel García Berlanga, a la izquierda se abre la, desde antiguo llamada Calle de la Plata. Singular calle que tras dirigirse al oeste en un tramo de unos sesenta metros, hacía recodo en ángulo recto para seguir dirección norteña y enlazar, al final, con la Calle Nueva de la Picota, hoy Calle Nueva simplemente.



Estos trayectos de la Calle de la Plata, unidos casi en escuadra por el ángulo dicho, se han visto cortados recientemente (en los finales años 90 del pasado siglo) por la apertura de nueva calle, siguiendo la dirección del primer tramo, que, en costerón bastante pronunciado une esta calle con la vecina Calle de Lepanto, formando a modo de una calleja que me atrevería a bautizar como “Cuesta de la Plata”; ello supone que, hasta nueva remodelación de nuestro callejero, haya tres tramos con tal nombre, y habría de determinarse una rotulación clara que no se prestara a ambigüedades o repeticiones. (Creo, en mi modesta opinión, debería dejarse como Calle de la Plata la tradicional desde su nacimiento picoteño hasta su desembocadura en la de Lepanto incluyendo la Cuesta o costerón final, en función de su misma dirección, y llamar con nuevo nombre al tramo abierto en ángulo recto y, por lo tanto, perpendicular a la anterior...) La Administración dirá lo que convenga; aunque tampoco constituye problema de importancia el dejar las cosas –nombre y rótulos- tal como están.

Otra cuestión es averiguar el porqué esta calle se llama así, con este nombre tan claro, simple y bonito. ¿Qué motivos impulsaron a nuestros antiguos munícipes (o ya desde que éramos aldea de Requena) a titular esta

rectangular calle con el nombre de la Plata?

Devanando ideas y conjeturas no se nos ocurren más que dos pronunciamientos, sin categoría de certeza, como un lanzamiento al vacío del tiempo pasado, carente de fundamento, más que en personales apreciaciones:

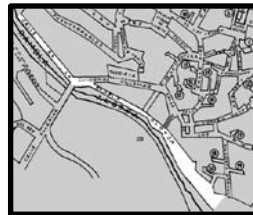
- O fue Calle de la Plata porque en Requena (al fin y al cabo capital administrativa y judicial) hay otra calle llamada así desde antiguo aunque ya haya cambiado de nombre, o, siguiendo idéntico camino imaginario, se le llamó Calle de la Plata porque algo tuvo que ver con la emigración de algunos de nuestros vecinos a la República Argentina o “Río de la Plata”, la América rioplatense, que tanto llamaron a trabajadores españoles (también bastantes venturreños) como “tierra de promisión” a finales del siglo XIX y comienzos del XX; y, claro está, se quedó definitivamente con tal nombre... Recordamos que por esta calle vivió la tía Gregoriona (Gregoria López) que, ya viuda, emigró a Buenos Aires, llevándose a un pequeñín (Miguel) de un año, y que al no prosperar allí, volvió a la Venta al año siguiente, -fue sobre 1910-.



Paseo de las Moreras

CALLE DE LA RAMBLA ALBOSA

Como su clara denominación indica, la Calle de la Rambla Albosa sigue, apropiadamente, el sentido de la hoy escasa corriente de dicha rambla, bordeando con su ribera izquierda el sur del caserío venturreño.



Hasta no hace mucho tiempo, la calle que nos ocupa, que, aunque alineada y proyectada, todavía no ha sido debidamente urbanizada, por causas inherentes a su situación sobre el forzoso talud ribereño albosino, era una ancha ribacera a espaldas de las antiguas fábricas de harina y alcoholeras de Julio Pérez, Vento Galindo y Fernando Montés, con algunos huertecillos seguidos entre Los Desmayos y la Cuesta de la Noguera, regados por la acequia del llamado Riego de los Huertos, que tomaba las aguas de la Albosa en la presa-sifón formada a unos doscientos metros aguas arriba del puente de piedra y recibía también las aguas sobrantes de la Fuente Nueva y del Lavadero Público.

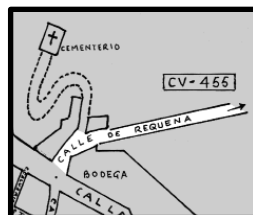
La Rambla Albosa, a su paso por el pueblo y en algo más de la longitud del tramo que ocupa la calle de este nombre, fue hasta hace medio siglo cauce de vida, verdor y amena frondosidad, que prestaba encanto a un ambiente simpático y ecológico, parte de la más que quilométrica olmeda de nuestros recuerdos que asombraba y amparaba aguas corrientes y tintineos de sus fuentecillas aledañas (Solar, Fuente Nueva, Fuente Vieja de los Desmayos, Julianazo, Chacón, etc. Olmeda que crecía con mástiles enhiestos dando guardia a ambas riberas, fuente de vida, amenidad, solaz y recreo de los venturreños, y de la que únicamente restan ahora palitroques desnudos y tristes; todo muerto sin posible remedio a causa de la epidemia de grafiosis que acabó con esta especie arbórea, símbolo de paisajes urbanos y arrabaleros ancestrales.

No es extraño recordemos lo que siempre significó en la historia de Venta del Moro la denominada Rambla Albosa, la "Rambla Blanca", que nace por Gil Marzo, al norte de Jaraguas, recibiendo allí las aguas de la Salobreja, discurre hacia Venta del Moro por la Huerta de la Zorra y la Noria; daba riego y vida a los sistemas antiguos de regadío de La Canal, Los Huertos, La Lastra, El Prado y El Rebollo; regaba las huertas de Casas de Pradas recibiendo allí las barrancadas de las ramblas de la Bullana y de

Varejo, siguiendo al término de Requena, ya en Los Cojos, Los Isidros y Penén, juntándose después con otros ramblizos requenenses (Alcantarilla, Morenos, Caballero) para terminar desembocando en el río Gabriel, nuestro río fronterizo, cuyo nombre también merece insertarse en nuestro callejero.

CALLE DE REQUENA

En la relación facilitada por nuestro Ayuntamiento (dependencias municipales) en que alfabéticamente constan todas las calles de Venta del Moro con sus nombres y rotulaciones actualizados, aparece la Calle de Requena en su debido lugar. Pero anteriormente, y con el nombre de Carretera de Requena, aparece otra, que debe ser la misma, y ya ha sido comentada, siguiendo el orden en que –como se dice– se sigue alfabéticamente.



No obstante, aun pecando de repetitivo, indudablemente se refiere la Calle de Requena a la propia carretera, que nace, como una prolongación de la antigua Picota, cruzando la Carretera de Tamayo, que se dirige hacia el oeste, en su confluencia con la Carretera de Casas de Pradas, que se dirige hacia el este. Así pues, en este punto, la vertical de la cruz que se forma es la Calle de Requena –o carretera de Requena–.

Era antiguamente el “Camino de Requena”, que seguía hacia el N. E. dejando el pueblo, al sur, y la calle Larga de Requena o La Picota, (hoy de F. García Berlanga, desde 1906). Era el camino veredero que conducía a la capital-cabeza del Partido Judicial (Requena), transformado en carretera por acuerdo de la Diputación Valenciana, de 1929, y que no se terminó de construir hasta 1945, cuando se habían construido todas las demás carreteras o caminos vecinales que confluían en Venta del Moro. Propiamente lo que hoy se dice Calle de Requena, siempre fue la “Cuesta de Requena”, porque, efectivamente, es una prolongada cuesta, hasta tal punto que su cima o parte más alta está al mismo nivel que el pináculo de nuestra torre parroquial. Al comienzo de esta calle-carretera, a la izquierda, durante, más de un siglo hubo una casa (siempre abierta) que llamábamos “Hospital de pobres

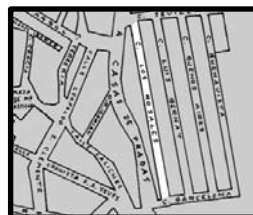
y transeúntes”, sirviendo de albergue para pobres mendicantes, que últimamente sirvió de vivienda para el enterrador Vicente Gómez, “El Patojo” y su familia.

Estos comentarios, que repiten poco más o menos lo dicho en la pequeña historia de la Calle Carretera de Requena, valen también para recordar que también se llamó durante unos años (1992-1995) con el nombre de Calle de Requena la que, en 1995, cambió de nombre, titulándose oficialmente de Antonio Vento Galindo, sita en la barriada construida al norte de la Carretera de Tamayo y la antigua de Utiel, en cuyo acuerdo y última legalización del callejero venturreño, también cayeron del mismo las calles de Valencia y de Utiel, para convertirse en la de Camporrobles y de Emilio Díaz Guindo, respectivamente, por acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995, justificadamente.

Así, pues, viene a resultar que en Venta del Moro ya no hay calle de Valencia ni calle de Utiel; y la de Requena se reduce a una salida de la carretera de su nombre, “el antiguo Camino de Requena”.

CALLE DE LOS ROSALES

Con tan poético y hermoso nombre se bautizó y rotuló la primera de las calles que componen la barriada nueva de la Carretera de Casas de Pradas, construida por la Cooperativa de Viviendas “Virgen de Loreto”, Barrio inaugurado en 1977, según dice la azulejería de la fuente que se halla en el comienzo de la calle que nos ocupa.



Sus paralelas, en escalonado ascenso, son las de Luis Bernat, Buenos Aires y Buenavista, por este orden; y cierran la barriada, por el norte y por el sur, respectivamente, perpendicularmente a las anteriores, las calles de Sevilla y Barcelona.

La denominación de esta calle, siguiendo un criterio de perpetuidad, fue adoptada por su vecindario, y, por ser la primera y ofrecer posibilidades de jardinería en su aterraplenamiento sobre la Carretera de Casas de Pradas,

merece tal nombre y rotulación. Es calle con viviendas en la acera que mira a poniente, con salidas traseras, en igual forma que sus hermanas paralelas antedichas.

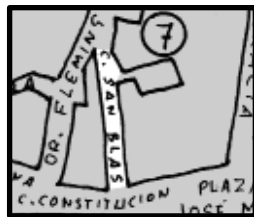
No es necesario abundar mucho sobre la planta arbustiva, tipo de la familia de las rosáceas, de tallos ramosos generalmente llenos de espinas o agujijones, y que, por su variedad de colores y aroma inconfundible en sus flores –rosas sencillas, de cien hojas, de pitiminí, de Alejandría, etc.- y su adaptación a diversidad de climas y terrenos, es, como si dijéramos, el paradigma de las flores, la rosa; la más digna de cantarse –como así ha venido haciéndose-, por poetas y trovadores, ejemplo de matices, colores y aromas, romántica expresión, clara o metafórica, del amor sincero desde su estado germinal de capullo hasta la hermosura de la eclosión y el deshoje de sus pétalos para alfombras, adornos, ofrendas florales... y hasta para la adivinanza del “sí” o el “no” en el idilio de los amantes...

Es un nombre, Calle de los Rosales, para la eternidad, que a todos gusta y a todos satisface. Muy buena idea la de adoptar nombres así para nuestras calles.

Y creemos obligado terminar diciendo, que este Barrio, que hasta su finalización tuvo algún problema e inconveniente, se realizó gracias a venturreños emprendedores que formaron la Cooperativa de Viviendas “Virgen de Loreto”, y lograron su propósito, pues constituye una barriada periférica digna y bien urbanizada.

CALLE DE SAN BLAS

Como todas las calles venturreñas que siguen la trayectoria de arriba abajo –norte a sur o viceversa, según se inicie su camino- buscando y siguiendo la enladerada vertiente, la Calle de San Blas se extiende entre la que era Plaza de la Iglesia (hoy Calle del Doctor Fleming) y la confluencia de la Plaza de la Constitución, la Calle del Bien y la Plaza de José María Castillo, formando entre ellas una encrucijada, cuyo centro neurálgico-popular se situaba entre “la esquina del tío Rojo”, frontal a la del “tío Pedro



el Carnicero”. Y decimos esto, porque esta muy delimitada zona venturreña fue, por más de un siglo, parada de ronda de quintos, ágora y foro juvenil y alegre mocerío –por supuesto masculino-, y fumadero y resobadero de “fargandanes” y tertulianos nocherniegos que, entre cantares, chistes, dimes y diretes, daban la murga y transmitían –desde la famosa “Esquina del Tío Rojo”- las gacetillas y noticieros del ayer, el hoy y el futurible suceso del mañana.

Dicho lo anterior, a modo de explayamiento recordativo, digo que en la Calle de San Blas se abría, en sus comienzos de arriba –y por supuesto aún se abre- el Callejón de Cabrera o también del Tío Mata, del que nos ocuparemos al final.

He tratado de indagar de cuándo y el porqué le llegó el nombre de San Blas a esta calle, no muy larga pero céntrica, formando parte del casco antiguo o callejero “parchelero”, y, en realidad nadie ha sabido responderme. Todo lo cual conduce a conjeturar lo conjeturable tratando de historiar nombre, rótulo y adjudicación dedicatoria a tan milagroso santo, Y, como la mayoría de los pueblos comarcanos, Venta del Moro, colocó los oportunos y correspondientes azulejos después de pasar a Valencia (1851) y se reorganizó el Partido Judicial de Requena (segregándonos de Cuenca). Se ordenó la rotulación de las viejas calles, formalizándose a partir de la Restauración Alfonsina, ya en las últimas décadas del siglo XIX. (Todavía en el Censo de Población de 1857, que hemos hallado, no se domicilia a los habitantes ni aún siquiera por núcleos de población).

Según me contaron mis antepasados, en el año 1902 se sufrió una epidemia de viruela, seguida de otra de “angina diftérica” (difteria, crup o “garrotillo”) que obligó a pedir auxilio a algunos pueblos vecinos, quienes nos enviaron sus médicos (Fuenterrobles envió a don Rafael Marín y Utiel a don Blas Martín) quienes ayudaron al nuestro, don Melitón Cantorné, con singular éxito; y fue tal la popularidad alcanzada por don Blas Martín, en particular, que recibió todos los agasajos y plácemes habidos y por haber, y... dándose la concomitancia de que el famoso médico se llamaba Blas, como el taumaturgo San Blas, patrono y protector de las enfermedades de garganta (entonces en los niños, el crup o garrotillo –la difteria-, era casi mortal), parece ser se quiso recordar –al médico y al santo-, y de allí vino la rotulación de Calle de San Blas.

la antigua Calle de las Cruces, e igualmente la Calle de Cervantes, yendo a abocarse a la que hoy se titula Calle de Fuentesrobles (que durante escasamente una década se llamó Calle Ciudad Jardín). Recibe además la Calle de San Isidro, por la derecha, en el sentido descrito, a la Calle de la Música.

Siendo, como es, calle relativamente moderna, que hasta hace medio siglo era zona de corrales, cocheras, ejidos y alguna casa aislada, hay que recordar que la parte lateral izquierda del Gran Teatro (1914) –o después Cine Capitol–, daba a lo que hoy es esta calle, en la que se abrían un par de puertas de salida o de emergencias que, en alguna ocasión, hubieron de utilizarse a causa de fortuitos incendios, dentro y afuera del local, con la consiguiente alarma vecinal que, afortunadamente, resultaron sin consecuencias de tipo alguno.

En cuanto a su merecida denominación, fue decidida en 1952-1953 para el tramo primero y posteriormente a toda la calle, amplia calle urbanizada en toda su longitud, como anteriormente se explica.

No es extraño que en un pueblo de labradores –pequeños propietarios, campesinos y jornaleros del campo– se haya dedicado una calle a San Isidro Labrador, Patrón de los labradores y agricultores de España –por lo que su dedicación al oficio claramente expreso– Patrón de Madrid, junto a su esposa Santa María de la Cabeza.

Y como tal titulación venía siendo clamor popular y campesino en Venta del Moro, desde largos años atrás, el 26 de abril de 1959 fue declarado por nuestro entonces Ayuntamiento, Patrón de Venta del Moro (junto a la Virgen de Loreto), a celebrar su festividad el 15 de mayo, como en todos los lugares donde se venera (entre ellos, no hay que olvidar que es el Patrón de la Aldea de Los Marcos, desde tiempos inmemoriales).

La propuesta nació, además del propio Ayuntamiento, de la entonces llamada Hermandad de Labradores y Ganaderos (después Cámara Sindical Agraria), organismo que ya celebraba la festividad de San Isidro desde 1940, en colaboración con las Cooperativas y Sindicatos Agrícolas de entonces, y, lógica y naturalmente, con la aquiescencia y sentimiento popular, que, en nuestros pueblos rurales o campesinos, tuvieron aceptación popular. Por ello se celebraban, además de los oficios religiosos y la procesión del Santo,

Arcángeles; el segundo tramo, ya en línea recta, cruza la Calle de Colón y, tras recibir por la derecha a la Calle de Villargordo, y por la izquierda a la de San Isidro, va a desembocar en la hoy llamada Calle del Cuartel. Como se puede leer y observar cualquier plano moderno de Venta del Moro, todo este entramado callejero apenas se iniciaba a mediados del pasado siglo XX, siendo hoy integrante moderno de Las Cruces, pasado ya el viejo barrio de Jaraguas

Su formación, denominaciones y rótulos corresponden a las primeras décadas del actual régimen democrático (a partir de los años 80 del pasado siglo), aprovechando el natural casi aplanado del terreno, por entonces de olivar aldeaño al pueblo, en suave escalonamiento.

La denominación Calle de San Juan viene ya del callejero de los años noventa. Era lógica esta dedicación a San Juan, ya que en la información municipal de 1996-1997 facilitada para la Asociación Comarcal “Tierras del Interior”, entre otros datos geográficos, históricos, costumbristas y de promoción turística, se dice que San Juan es el Patrón de Venta del Moro (junto a la Virgen de Loreto) por lo que no es extraña la dedicación de una de sus calles nuevas.

Hay recuerdos costumbristas y casi tradicionales, al menos desde comienzos del siglo XX (salvo la etapa republicana 1931-39) en que la festividad de San Juan se celebraba en Venta del Moro el 24 de junio –casi a comienzos de la recolección de cereales o siega- con actos religiosos (recuerdo una hermosa talla-imagen de San Juan en nuestra iglesia parroquial) y costumbristas, tales como la del “Alba o Mañana de San Juan” en que las muchachas del pueblo iban en cuadrilla a las fuentes ribereñas de la Rambla Albosa para lavarse el rostro, entre alegrías y cantarcillos, haciendo guirnaldas de hojas y ramos de noguera, mirando al sol naciente a través de “ciazos” para admirar “la Rueda de Santa Catalina” (rueda armada de cuchillos en que fue martirizada, según relata el santoral) y saborear algunas cerezas, pues el día de San Juan todos los cerezos del hortal albosino se brindaban –por costumbre antiquísima- gratuitamente a todo el vecindario. Y todo ello, que venía a resucitar el Bautismo de Jesús en el Jordán en el alegre lavatorio de niñas y doncellas ventamorinas, como una renovación de fe y esperanza en el amor puro, había tenido su contrapunto esotérico durante la “noche de San

Juan” con papeles doblados y desdoblados taumatúrgicamente con los nombres de mozos, novios, pretendientes, etc., y otras prácticas adivinatorias con “la vara del avellano” y el recuerdo refranero de que, “en la noche de San Juan cuajan la almendra y la nuez, como cuajan los amores de dos que se quieren bien”.

Y San Juan se celebró muchas veces en Venta del Moro organizando una corrida de toros (más bien de vacas o vaquillas), primeramente en la plaza de los Olmos o de José M^a Castillo, cerrándola con carros y talanqueras; después en algunos otros lugares anchos (solares y el campo de fútbol, etc.) y después, modernamente en la propia Plaza de Toros (caso único en la comarca, a excepción de Requena y Utiel), construida por una Sociedad Local Taurina (1969-1970), inaugurada provisionalmente en 1970 y oficialmente el 24 de junio de 1971. Las corridas, generalmente para aficionados y mozos del pueblo, llegaron a alcanzar cierta celebridad, pasando por nuestra “Plaza” algunos toreros de cierta fama. Es una pena que se haya abandonado la Plaza de Toros venturreña. Fue como una utopía que se realizó con enorme entusiasmo y que, como algunas otras cosas, fue cayendo en el olvido, fruto de incomprensiones y falta de entendimientos y colaboraciones.

Termino abogando porque el nombre de San Juan siga y permanezca en nuestro pueblo, al menos en una calle; y hago idénticos votos para que también sigan para siempre las de San Isidro, San Blas y San Pedro, tal y como hoy se vienen llamando.

CALLE DE SAN PEDRO

Pertenciente al viejo barrio de La Picota, la Calle de San Pedro nace en la larga calle de Fidel García Berlanga, en su parte media y a la derecha, perpendicular a la misma, y va a desembocar en la calle de los Corrales que, prácticamente constituye la parte trasera y de servicio de corral o patio de servidumbre para animales domésticos de la dicha calle de García Berlanga.



La Calle de San Pedro, no muy ancha, pero bien pavimentada y urbanizada, se extiende casi plana al principio y comedios, para inclinarse y abocar en costerón a la citada calle de los Corrales. Y tiene la particularidad de que a su derecha se abre el Callejón del Tío Merenciano, que también podríamos llamar de la Germana, que, al fin y al cabo, era la hija mayor y predilecta del tío Merenciano Pedrón.

(De este callejón, como de la veintena que existen en el pueblo, adarves morunos, patios recoletos, rincones, etc., dentro de las propias calles de la población, se hablará como apéndice curioso, histórico y sentimental, al final de este Callejero venturreño).

En cuanto a su denominación y rotulación son de tiempo inmemorial, algo que siempre he recordado así, sin otras connotaciones, reconociendo ignorar su origen en el tiempo y el porqué de ello.

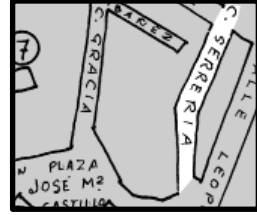
No obstante, al ser nombre de carácter religioso cristiano (nada más y nada menos que el Príncipe de los Apóstoles), se promovió por algún motivo concreto por la Parroquia, posiblemente al igual que los demás del santoral católico en nuestras calles, y al prosperar en el tiempo y la costumbre, así ha quedado: Calle de San Pedro, para siempre.

El nombre de Pedro, como los de José, Juan, Antonio, Jesús, Andrés, Luis, Lucio... y algunos otros, masculinos, siempre abundaron en nuestro pueblo, añadiendo el de Loreto (para mujeres... y hombres).

Era cosa natural, en nuestro caso, y por ello mereció estar en nuestro callejero. Y abundando algo más, recuerdo que también la festividad de San Pedro se celebraba en Venta del Moro como “fiesta de guardar”; y dicho día servía, por inveterada costumbre y tradicional contrato, el hecho de buscar, cambiar, hallar y contratar al pastor o pastores del rebaño de ovejas o cabras en las casas labradoras y ganaderas. Era el día de cambio (o continuidad) del “pastor por un año”, celebrándose el natural ágape o alboroque, tanto si se continuaba de pastor como si se cambiara. Y, por extensión, igualmente se hacía con el llamado de siempre “mozo de mulas”... “De San Pedro a San Pedro”; después, ya se vería o acordaría sobre la prolongación o no del tácito contrato, pues, la verdad, es que valía la palabra y no se escribía nada al respecto.

CALLE DE SERRERÍAS

Mejor, Calle de las Serrerías porque hacia el norte, ya en la propia carretera a Casas de Pradas, funcionaba la de Gregorio Gabaldón, y hacia el este, próxima al comienzo de la calle, concretamente en la antigua de Caliches, la de Emilio Clemente. Por ello, era natural y bastante lógico que se llamara así. Pero, además, había duplicidad de esta denominación, ya que la que se dedicó a Leopoldo Emilio Clemente López en 2004, también se llamaba de las Serrerías.



En ascenso bastante pronunciado, la actual Calle de Serrerías se dirige al norte hasta llegar a la terminación de la Calle del Árbol. Hasta más que mediado el siglo XX solamente había edificaciones en la parte izquierda –en la dirección dicha-, y la mayor parte eran corrales y servidumbres traseras de la posada de Sales y otras casas de la plaza de José M^a Castillo. Al comienzo de la calle que nos ocupa estuvo instalada la báscula pública desde que, hacia 1931, fue trasladada desde la propia plaza de J. M^a Castillo, donde se ubicó y funcionó casi un tercio de siglo.

La parte de la derecha de esta Calle de Serrerías, que nunca tuvo otro nombre que Barranco de los Caliches, fue siempre, y hasta la moderna urbanización de los últimos 25 años, margen de la barrancada donde hoy se asientan el mercado y los jardinillos que embellecen la actual barriada.

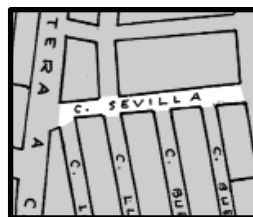
Y para revivir un poco lo que fueron aquellos tiempos –primeros años del siglo XX- en nuestro pueblo, señalamos que la luz eléctrica llegó a Venta del Moro el año 1900. Y que desde casi los comienzos se disputaron la instalación eléctrica a domicilio, dos compañías utielanas, La Electra del Cabriel y La Electra de Pajazo, cuyos “luceros” o encargados de la “luz” –arreglos, cobros, etc.- recuerdo fueron Marceliano Gómez y Francisco Candel, respectivamente.

Y saco esto a colación porque el primer transformador que se instaló (Electra de Pajazo) lo fue en la terminación de la Calle de Serrerías, en su esquina con la Calle del Árbol; y el transformador correspondiente a la Electra del Cabriel se instaló casi al lado de la fábrica de harinas de Julio Pérez, en dirección al puente de piedra.

Lo del rótulo de Serrerías, ya explicado al principio, fue porque esta industria tuvo un periodo de florecimiento en nuestro pueblo, (1940-1975) ya que aparte las sierras mecánicas o eléctricas que funcionaban en las carpinterías, la industria del embalaje de madera para exportación de naranjas y otros productos movió a dedicarse casi exclusivamente a ello; aparte la sierra de tacos y trozos de leña y madera para la calefacción en estufas, y la industria maderera para la construcción de cubiertas de viviendas.

CALLE DE SEVILLA

Tras la construcción e inauguración del Barrio de la Carretera de Casas de Pradas en 1977 (Cooperativa de Viviendas “Virgen de Loreto”) se les dio nombre a sus calles. Una de ellas fue llamada de Campo Olivar hasta que en 1995, por acuerdo municipal de 15 de septiembre, se le cambió definitivamente por Calle de Sevilla, que es el que actualmente ostenta.



Es precisamente la calle que cierra por el norte dicha barriada, recibiendo perpendicularmente las cuatro calles paralelas que prácticamente forman el conjunto de las viviendas (Buenavista, Buenos Aires, Luis Bernat y calle Rosales), ya que por el sur queda igualmente cerrado el barrio por la Calle de Barcelona.

Es curioso –sin ánimo de crítica desconsiderada, pues bien merecen Barcelona y Sevilla sus respectivas calles en Venta del Moro-, que existan estas denominaciones en nuestro pueblo, ignorando u olvidando nombres que fueron muy históricos aquí: Castilla, Cuenca, Valencia, Utiel... y casi Requena, cosa que no atribuimos a mala fe ni a desconsideración alguna. Por lo que nos parece muy bien lo de Barcelona (aquí, con mayores motivos y connotaciones) y lo de Sevilla para ambas calles.

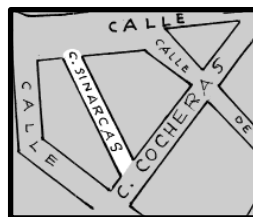
Repetimos que en principio esta calle se bautizó con el nombre de Campo Olivar, e ignoramos su motivación, a no ser porque muy cerca estuvo el famoso olivar de don Fernando Montés, el Vallejuelo del Tiro de los Pichón y la Capotilla del Montero. Lo de Campo Olivar estuvo acertado.

Y en cuanto al nombre de Sevilla, capital de Andalucía y paradigma de los mejores valores andaluces (y españoles), aunque no existan muchas afinidades con nuestro pueblo, siempre dignifica y embellece a cualquier callejero de cualquier pueblo, no solo de Andalucía, sino de España.

La datación del nombre (acuerdo municipal de 15-9-1995) fue corroborada por la Agencia Territorial del Catastro de Valencia el 8-2-1996.

CALLE DE SINARCAS

Si siguiendo el justo criterio de dedicar a los pueblos hermanos de la hoy Comarca de Requena-Utiel sendas calles, el Ayuntamiento venturreño, en sesión de 15 de septiembre de 1995, determinó incluir el nombre de Sinarcas en su callejero.



En principio, y por dicho acuerdo, se situó en la que entonces figuraba como calle de la Rambla; calle en formación y todavía no urbanizada que bordea el pueblo por el mediodía siguiendo el viejo cauce de la Rambla Albosa.

Pero diez años después, con mejor criterio, dada la extraña ubicación del rótulo de Sinarcas en un lugar inapropiado y todavía sin urbanizar adecuadamente, el Ayuntamiento acordó trasladarlo a un tramo de moderna urbanización en la parte occidental del pueblo, iniciándose la nueva denominación de Sinarcas en la llamada calle de Cocheras para terminar en la Calle-Carretera de Tamayo, en su final hacia el suroeste. Por ello no tiene más historia; forma parte casi concluyente del entramado moderno del ensanche venturreño hacia poniente.

Pero ciñéndonos al nombre dado a esta calle, dedicándola a Sinarcas, diremos que a pesar de ser hoy parte integrante de nuestra Comarca por afinidades geográficas y económico-sociales, siempre perteneció -desde antiguo- al Reino de Aragón y de Valencia y al partido judicial de Chelva, por lo que históricamente no tuvo nada que ver con la "Castilla Valenciana" -siempre de Castilla hasta nuestra incorporación en 1851 a Valencia-. Fue,

hacia los años setenta del pasado siglo XX, y más con el cambio de régimen al Sistema Democrático a partir de 1976, cuando vino a formar parte ya en forma oficial de nuestra actual Comarca de Requena-Utiel y de la Asociación Tierras del Interior en la Comunidad Valenciana. Así, pues, Sincarcas es ya pueblo hermano de Venta del Moro, como lo son los demás de la antigua comarcalidad natural y geográfica.



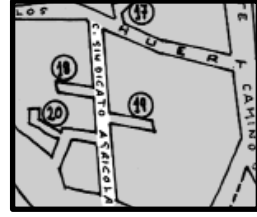
Calle Sindicato

Hoy Sincarcas, cuyo término municipal posee 10.272 hectáreas, tiene una población de 1.250 habitantes (censo-1996). En 1970 tenía 1.500, lo que prueba que va disminuyendo a causa de la emigración a capitales y centros industriales, y a la escasa natalidad, como sucede en casi todos los pueblos y aldeas de nuestra Comarca.

Sincarcas fue siempre villa de señorío, dependiente de la Baronía de Chelva, a diferencia de nuestros núcleos de stirpe castellana que, desde su conquista a los árabes (1238) se conservaron como tierras y villas o ciudades de realengo, únicamente sujetas a la Corona.

CALLE DEL SINDICATO AGRÍCOLA

Naciendo de la Calle de los Huertos, en bajada perpendicular a ella y en descenso sucesivo hasta llegar a la ribera izquierda de la Rambla Albosa, se extiende la calle llamada del Sindicato Agrícola. En ella se abren tres de los típicos callejones venturreños: a su derecha los de La Sorda y del Tío Cuelgues, y a la izquierda el callejón de Chicharras.



Es llamada con el nombre de Calle del Sindicato Agrícola, porque en la misma, ya casi declinando hacia la Albosa, y en su acera izquierda, funcionó largos años el Sindicato (después Cooperativa Agrícola) fundado en 1930, únicamente como Almazara o fábrica de aceite de oliva, aunque después amplió sus actividades con un Molino de Piensos y un Servicio Cooperativo de semillas, abonos y anticriptogámicos de la vid. Absorbió durante más de medio siglo la producción de aceite de una gran parte del pueblo y de sus aldeas, abarcando además la producción de algunas aldeas de Requena, particularmente las de la Partida de La Albosa. Llegó a tener más de 500 asociados; posteriormente dio origen a la bodega cooperativa llamada Grupo de Colonización (1956), construida en el barrio de Caliches, a la Cooperativa La Unión Venturreña, y más modernamente a la Almazara actual (2001).

Es difícil historiar su fundación, dado que se debió a una primera agrupación sindical anterior a la Guerra Civil de 1936, promovida por Julián Olmo, Julián Cárcel “El Cuervo”, Andrés García, “el Tío Collado”, Marcelino Sáez, Loreto Cárcel... etc., y que obedeció a la defensa de sus productos oleícolas (aceite de oliva), pues anteriormente ya existieron almazaras particulares, industrias que molturaban las aceitunas por el régimen de maquila (José M^a Latorre, Policarpo Haya, Casa Garrido, etc...).

No podemos silenciar que en esta calle, en sus comedios y aledaños al callejón de Chicharras, funcionaron largos años las dos escuelas de niños de Venta del Moro, pues las de niñas funcionaban en la calle de los Arcos. Muchos recuerdos guardamos de aquellas dos escuelas: la de D. Victorio Montes Subirats y la de D. Segundo Latorre Sotos, en la Calle del Sindicato... Y ya que andamos metidos en ello, recordamos el funcionamiento de la primera Biblioteca Escolar, llegada a nuestro pueblo de manos

del Patronato de Misiones Pedagógicas de Valencia, de la que se encargó la Escuela nº 2 y su maestro, D. Segundo Latorre, ya que D. Victorio, aunque de más antigüedad, ya rayaba en la ancianidad...

Y queremos recordar también, para conocimiento de quienes lean estas líneas y para desmemoriados, que las escuelas del pueblo y de las aldeas funcionaron siempre en locales inadecuados e insalubres, alquilados por el Ayuntamiento (quien pagaba el alquiler a sus propietarios “tarde, mal y nunca”, como hiperbólicamente se solía decir), faltos de elementos pedagógicos e higiene, calefacción, servicios, etc.. Y ello hasta que en 1952 se construyeron con ayudas del Ministerio de Educación y con algunas prestaciones personales de la población, primeramente, las Escuelas de Jaraguas (2), Casas de Pradas (2), Casas de Moya (2), Los Marcos (1) y Casas del Rey (1), ya que la de Las Monjas fue construida en 1928 a expensas de la benefactora D^a Lucía Garrido. Y, una vez construidas las de las Aldeas, se acometió, por el mismo sistema, la edificación del Grupo Escolar en Venta del Moro, en 1953, junto al primer Ayuntamiento propio del patrimonio municipal, construido en 1954, donde hoy existe y funciona, aunque reformado en 1989.

(Es historia pasada que, muchos años después, apenas valió de nada, pues las escuelas aldeanas fueron suprimidas -excepto Jaraguas-, para su debida escolarización y graduación en el Colegio Público de nuestro pueblo).

Y siguiendo y terminando con la pequeña historia de la Calle del Sindicato Agrícola -que ha derivado en la anterior digresión escolar-, recordamos que en ella, frontalmente a las portadas de entrada de la Almazara Cooperativa, funcionó el Matadero Público Municipal (antes de su construcción al final de la Calle del Conde de Villamar, en 1954); era un viejo local que el Ayuntamiento adjudicaba por subasta pública al mejor postor entre los matarifes y carniceros del pueblo, y que se llamaba “Subasta del Degüello de Reses en el Matadero”, que en alguna ocasión suscitó la hilaridad, la rechifla y el mosqueamiento de alguno de los alguaciles venturreños cuando procedían a pregonar la licitación por pliego cerrado, de este arbitrio municipal en el propio Ayuntamiento.

Venta del Moro (1930) funcionó y dio servicio –oficial y particular- en la casa propiedad de Ernesto López Tello, en esta plaza. Y como parte fundamental de su historia, la hoy Plaza de Vicente Blasco Ibáñez, en su anchura inicial, sirvió de frontón o trinquete en la propia pared de la iglesia, durante muchos años y quizás siglos.

Todavía guardo en mi recuerdo algunos hechos entre históricos y costumbristas acaecidos en esta plaza, tales como los últimos sorteos de quintas, anteriores a la Guerra Civil del 36-39, realizados en la vieja Sala Consistorial, las procesiones de nuestra Patrona y del Corpus, la Procesión del Encuentro en la mañana de Pascua, tras el despedazamiento y arrastre del “judas” arrojado desde la torre por los “quintos”... y otros...

El signo de los tiempos, épocas y situaciones políticas hicieron que esta plaza (repito, siempre Plaza de la Constitución, y hoy de Vicente Blasco Ibáñez) cambiara su nombre por Plaza del Caudillo, que duró desde 1939 hasta 1978, los aproximadamente 40 años de la Era o Dictadura del General Franco, a quien se dedicó: del Caudillo (Franco).

Limitándonos a cronicar los hechos históricos objetiva y desapasionadamente, recordamos que el hoy titular de la Plaza, D. Vicente Blasco Ibáñez, fue un gran novelista y político valenciano, dado al republicanismo anticlerical, que alcanzó enorme popularidad, no sólo en Valencia, sino en toda España y también famoso universalmente reconocido en su tiempo y posteridad. Vivió entre 1867 y 1928. Fundó el periódico “El Pueblo”, en Valencia; diputado a Cortes varias veces, novelista insigne que, con el pintor Joaquín Sorolla y el escultor Mariano Benlliure, formaron la famosa triada valenciana triunfante en Madrid. Sus más afamadas novelas fueron después llevadas al cine (La Barraca, Cañas y Barro, Sangre y Arena, Arroz y Tartana, Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, etc.); en 1906 el Gobierno Francés le nombró caballero de la Legión de Honor y en 1920 la Universidad George Washington de EE. UU. le nombró “Doctor honoris causa”. Aunque murió en Menton (Francia) en 1928, sus restos fueron trasladados después a Valencia, donde reposan.

Aunque sin ninguna conexión directa con Venta del Moro, hay que reconocer que sus ideas, artículos, discursos y lances tuvieron sus adeptos y simpatizantes en nuestro pueblo, que, aunque tranquilo y nada radical, se

emocionaba e inundaba de verdades y de espejismos políticos con relativa frecuencia, a medida que se sucedían etapas y regímenes de uno y otro corte. A veces (o casi siempre) las circunstancias mandan.

CALLE DE VICTORIO MONTES

La vieja calle de los Arcos, llamada así porque sirvió de receptora de personajes políticos, diputados, y hasta según cuenta la tradición al propio Archiduque de Austria (1706) a su paso desde Vadocañas a Requena, formando algunos arcos de fronda, follaje y sauce, sobre pinos u olmos trasplantados en ambos bordes de la calle, pasó a denominarse Calle de D. Victorio Montes en el año 1946, por decisión del Ayuntamiento.



Es una antigua calle del barrio del Parchel, paralela superior a la Calle de los Huertos, siguiendo ambas la dirección del cauce, todavía a un par de centenares de metros, de la Rambla Albosa. Puede decirse que es una de las calles más antiguas del casco viejo venturreño. Se extiende desde oeste a este, arrancando de la también antigua Calle de la Fuente y, tras comunicarse por sus comedios con su paralela Calle de los Huertos por una corta calleja descendente y sin nombre, después de recibir por la izquierda a la Calle del Bien, iba a terminar en el tunelillo sobre el que se alzaba la próspera morada de los Medina, después y para siempre llamado Túnel del Tío Millán. Pero actualmente, y desde hace una veintena de años (década de los 80 del siglo XX) se abre, casi en ángulo recto, en lo que era su tramo final derecho, para iniciar la nueva calle que a partir de 1995 se llamó oficialmente Calle del Cronista Feliciano Yeves Descalzo.

La Calle de Victorio Montes, de mis vivencias infantiles y juveniles (cuando se llamaba calle de los Arcos, y después) rememora recuerdos imborrables a quien esto escribe. En ella funcionó muchos años la escuela de niñas de D^a Salvadora Terrasa Gil, esposa de D. Victorio Montes; allí levantó su casona el abogado e industrial requenense Don Fernando Montés Llanos, tras comprar aquella casa solariega de D. Manuel García Pedrón, abogado venturreño que, establecido en Requena, ocupó en esta

ciudad la Alcaldía y llegó a ser Presidente de la Diputación Provincial de Valencia en 1871 (falleció en 1901).

También, en los comedios de esta calle se publicaban de viva voz los pregones y edictos del Ayuntamiento para general conocimiento y cumplimiento del vecindario; y por aquí pasó siempre la Ronda de Quintos, con su jota y música de acompañamiento, haciendo parada en la misma con la natural juerguecilla juvenil y jacarandosa arrogancia del mocerío masculino en trance de ir a “servir al Rey”, en la paz y en la guerra. Y también en esta calle se abrió y estuvo muchos años el famoso callejón de Pedro el Gilo. Y muy cerca estuvo el primer cafetín de Venta del Moro, llamado Café de Chicharras..., y después, la Tienda Nueva, y la herrería de los Julianazos, herradores y albéitares, familia Ruiz.

Y en ella vivió mi familia..., y murieron mis padres. No es extraño se viertan mis querenciosos recuerdos en esta calle; y también por la motivación de su nuevo nombre de Victorio Montes.

Y es que D. Victorio Montes Subirats fue Maestro de escuela en nuestro pueblo durante unos cuarenta años. Era natural de Ayora, y tras estudiar algo de Medicina en Valencia, se inclinó por la carrera de Magisterio, quizás por haber conocido allí a la que, también Maestra, fue después su esposa: Doña Salvadora Terrasa Gil, de importante familia industrial valenciana en el ramo de la licorería. D. Victorio Montes, que primeramente ejerció la docencia en El Puig (Valencia), no tardó en solicitar y pedir la plaza de Maestro en Venta del Moro, cuando solo había una escuela de niños y otra de niñas. Y aquí llegó en pos de su mujer, la bondadosa doña Salvadora, y aquí se quedó don Victorio para siempre, falleciendo, ya jubilado años antes, en 1943.

El Ayuntamiento le pagó su pequeño panteón y después le dedicó esta calle y, posteriormente, tituló con su nombre el Colegio Público que hoy se titula así. Don Victorio Montes y doña Salvadora Terrasa no tuvieron hijos, y quizás por ello y por sus naturales bondadosos, acentuados más en don Victorio, se constituyeron en padres de todo el pueblo y muy particularmente de las familias jornaleras y clases más desprotegidas de aquellos entonces (que fueron los tiempos de final del siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX). Y eran proverbiales

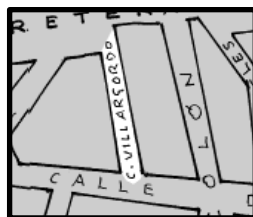
la justicia, la caridad y el amor al prójimo, siempre demostrado y siempre abierto a la generosidad y a la filantropía sin límites en que se movió don Victorio; hasta tal punto que daba lo que tenía, disponiendo de sus emolumentos a manos llenas, con el consejo en la boca y la sonrisa en los labios, y dejando en todo momento a su esposa que administrara lo que era de ella, pues que temían llegara su caridad al extremo; cosa que ocurrió al final, pues cuando falleció y se dispuso su mortaja y entierro, hubo de adquirir doña Salvadora ropa en consonancia con aquel desenlace. Murió en 1943... y quien esto escribe estaba como soldado de guarnición en San Sebastián. Nadie sabe más que yo las actuaciones famosas de la generosidad de don Victorio Montes... Leña para la calefacción de su escuela, alpargatas para algunos rapazuelos en la pobreza, obsequios navideños a todo el pueblo y a su alumnado, personal y único motivo de mis estudios de bachillerato, lecciones gratuitas, consejos gratuitos, albergue de necesitados, sabias y pedagógicas lecciones, visión científica (la primera “radio de galena” la construyó él, y su antena de alambre cruzaba toda la plaza: tuvo que pedir permiso municipal ante la incompreensión de algunos, siendo poco después el primer aparato receptor del pueblo).

¡Y cuántas cosas más podría decir de quien fue mi protector y maestro!

Mi recuerdo, mi oración y mi flor en su tumba, año tras año, son la pobre ofrenda de quien esto escribe. ¡Poca cosa para tanto como le debo!

CALLE DE VILLARGORDO

Naciendo en la Carretera de Tamayo, por frente al Parque Polideportivo y acabando, en dirección sur, en la Calle de San Juan, se extiende la hoy llamada Calle de Villargordo. En la zona norte de la población, forma esta calle cierto paralelismo con sus contiguas, calles de Colón –a la izquierda y del Cuartel a la derecha-, siguiendo la dirección apuntada al principio.



Particularmente poca historia nos ofrece la formación, alineación y modernización de esta calle, como puede observarse, en la zona de ensanche del barrio de las Cruces, bordeado en esta parte por la Carretera (Calle) de Tamayo, que es como la circunvalación venturreña por el norte y el oeste de la población.

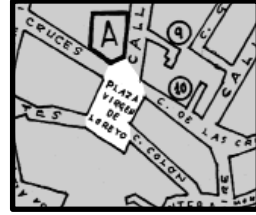
Con buen acuerdo nuestro Ayuntamiento ha dedicado esta calle al pueblo hermano de Villargordo del Cabriel (simplemente, Calle de Villargordo), título adjudicado en la década de los ochenta del pasado siglo XX, siendo uno de los primeros pueblos comarcanos en recibir el honor de figurar como titular de una calle venturreña. Ello obedeció a razones de vecindad y límites, de compartir históricamente algunos servicios desde antiguo (Guardia Civil, Parroquia, veredas, etc...), aunque en verdad Villargordo consiguiera un siglo antes que nosotros, su independencia de Requena. Villargordo lo hizo en 1748, y Venta del Moro, junto a Caudete y Fuenterrobles, en 1836.

Es notable observar que a pesar de su mayor proximidad, la construcción de la carretera Madrid-Valencia por Villargordo, dificultó la construcción de carretera o camino vecinal provincial entre Venta del Moro y Villargordo, directamente, por Sevilluela y Los Aldabones, cosa que al fin se realizó a comienzos de los años noventa.

Villargordo del Cabriel, (antes Villargordo de Requena) tiene su término lindante al nuestro en un arco que empezando en los Cuchillos de la Fonseca, se desplaza hacia el sur hasta Moluengo (1040 m. de altura) y asciende nuevamente hasta llegar a la Carretera General –hoy Autovía- por la llamada Venta Nueva (antiquísima Venta de la Cruz, ya desaparecida, en la Carretera de las Cabrillas) y el paraje llamado Cuesta de los Civiles.

Tiene un término municipal o territorio de 7.920 hectáreas, y una población de unos 720 habitantes. Recesivamente ha ido decreciendo su población en gran medida, ya que hacia 1970 contaba con más de 1.500. incluyéndose los del Poblado de Contreras. Hoy apenas llega a la mitad.

PLAZA DE LA VIRGEN DE LORETO



Como símbolo y triunfo venturreños, en honor de nuestra Patrona, la Virgen de Loreto, el acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995, visado por la Agencia Territorial del Catastro de Valencia, el 8 de febrero de 1996, dejó bien claro que, en lugar de “calle”, como se le venía denominando hasta entonces, se llamaría en lo sucesivo Plaza de la Virgen de Loreto, más propio de la realidad.

Es una plaza –naturalmente algo en declive hacia el sur, debido a la configuración enladerada de todo el pueblo- de traza cuadrangular, que recibe a la Calle de Cervantes por el ángulo S.O., al primer tramo de la calle Colón, por el E., abre hacia el Norte la más espaciosa y larga Calle de Colón, y precisamente sirve la plaza que nos ocupa para que por su lado norteño discurra o transcurra la antigua Calle de las Cruces, que viene ascendiendo desde el casco antiguo y pasa la plaza para dirigirse hacia el Oeste como eje viario del ensanche que, a uno y otro de sus lados se vino forjando en el último tercio del siglo XX. Pertenece, por tanto, al barrio de las Cruces o de Jaraguas, como por costumbre tradicional se ha venido llamando.

En su parte N.O. se alza el Ayuntamiento, reconstruido en 1989 sobre el que se levantó en 1954; en su lateral occidental estuvo la casona, con su jardín, llamada La Colonia del Francés, hoy edificios modernos. Entre otras muchas cosas dignas de recordarse, con relación a nuestro Ayuntamiento (aparte su remodelación y construcción actual) diremos que:

-En 1954 fue aprobado por la Superioridad el escudo de Venta del Moro, e igualmente al mismo tiempo, su bandera.

-En 1959 se creó e instaló en los bajos del Ayuntamiento, la Biblioteca Pública Municipal.

- En el año 2002 se aprobó e interpretó el Himno a Venta del Moro.

-En el año 2005 se aprobó la Declaración de Parque Natural “Hoces del Cabriel”, por la Generalidad o Consell Valenciano.

En el centro de la plaza se ha construido una fuente, la llamada Fuente de las Tradiciones Venturreñas, ya que del centro de su rotonda surge una especie de templete o monumento prismático cuadrangular, en cuyos lados o caras figuran, en bella azulejería, reflejadas otras tantas tradiciones: “la hoguera”, “el judas”, “los mayos”, “la jota de quintos”; logro conseguido al comenzar el nuevo milenio (2000-2001). La propuesta para construir esta Fuente de las Tradiciones, como otras varias iniciativas importantes, nació del entusiasmo y amor por todo lo venturreño de la Asociación Cultural “Amigos de Venta del Moro”, fundada en 1995.

-La continuación de las Fiestas de la Juventud (que nacieron en agosto de 1980) así como su promoción a celebrar la Semana Cultural Venturreña en el verano agosteo, es igualmente obra de dicha Asociación, cuyas actividades –siempre culturales en todos los aspectos- quedan historiadas en su publicación anual “El Lebrillo Cultural”, de gran prestigio comarcal, y referencia importante de muchas cosas venturreñas.

En principio, esta plaza, hoy dedicada a la Virgen de Loreto, se llamó plaza del Ayuntamiento, por la ubicación del mismo en ella, aunque sin gran correspondencia emotiva, dado que la Casa Consistorial se construyó propiamente en la Calle de las Cruces y formando esquina y ángulo con la Calle de Colón. Por tanto, el acuerdo municipal, que ya anteriormente había decidido usar el venerado nombre de nuestra Patrona, como “calle”, optó por llamarla con denominación de “plaza”, que es lo que se merecía por todos los conceptos.

La devoción y veneración a Nuestra Señora de Loreto por el pueblo de Venta del Moro se remonta a muy antiguo, La Parroquia está dedicada a ella desde su creación, y hay noticias que, datando la primitiva ermita o iglesia de mediados del siglo XVI y dependiendo primero de Villargordo, y después de Requena, ya se veneraba a la Virgen de Loreto.

Notas comprobadas a finales del XVII y principios del XVIII, toda vez que en 1706 sufrió un saqueo de las tropas mercenarias del Archiduque Carlos en la Guerra de Sucesión:

Se ignora cuándo, cómo y el porqué se introdujo el patronazgo de la Virgen de Loreto en nuestro pueblo, aunque se supone su antigüedad a

mediados del Siglo XVI, debido a las corrientes italianizantes de la época en el culto a la Virgen María. No hay que olvidar que por aquellas épocas sucedía lo que después ocurrió con Lourdes (Francia, siglo XIX) y Fátima (Portugal, siglo XX); es decir, la peregrinación al santuario de Loreto, en Italia, fue muy intensa, como también a Roma y a los Santos Lugares de Tierra Santa o Palestina, Belén-Jerusalén. Las relaciones del Imperio Español con la Santa Sede y los reinos de Nápoles y Sicilia, también motivaron nombramientos de obispos de Cuenca (de quien dependimos hasta 1957) de origen italiano (Véneris, Riario,) que, indudablemente, nos trajeron imágenes, reliquias, etc., y, especialmente la veneración a la Virgen de Loreto italiana. La historia de la traslación de la Casa de Nazaret por los ángeles, primero a Dalmacia y después a Italia, fue tan celebrada por el mundo católico que hasta las letanías del Santo Rosario se llamaron y llaman Letanías Lauretanas.

Ciñéndonos a Venta del Moro, recordamos que siempre tuvo su Mayordomía en la que mayormente imperaba el elemento masculino, su Junta y su Presidencia, que cuidaba, junto al Párroco, de la imagen, el culto y fiesta anual el 10 de diciembre, tras la confección en su víspera de una hoguera que ardía aquella tarde y noche, y servía de primera atracción y llamada para la Salve de la Víspera y la solemne Misa y Procesión del día 10. No hay que olvidar que desde 1955 se le viene cantando la Plegaria que inventó D. Antonio Vento Galindo en su honor, y que un año antes fue nombrada Nuestra Señora la Virgen de Loreto, Alcaldesa honoraria y perpetua de Venta del Moro, por acuerdo municipal del día 5 de diciembre de 1954. El mismo año en que el Ministerio de la Gobernación aprobaba el Escudo de Venta del Moro.

Y también recordamos que algunas cosas e instituciones venturreñas recibieron su nombre: “Cooperativa de Viviendas Virgen de Loreto” (1977), “Fuente Nueva Nuestra Señora de Loreto” (1940)... Y el nombre de Loreto ha venido sirviendo para bautizar a numerosos hijos de Venta del Moro (niñas y niños), corriente y moda que ha ido pasando en aras de la modernidad, a veces absurda por su exotismo. Creo recordar que a mediados del siglo XX una docena de hombres se llamaban Loreto y, lógicamente, más de una treintena de mujeres se llamaban también Loreto, concretamente en el pueblo capitalino, Venta del Moro, sin contar los y las de sus aldeas.



Callejonario venturreño

Como sucede con todo poblamiento antiguo, llamando antiguo o viejo al origen del poblado venturreño o ventamorino –posiblemente siglos XIV y XV- el desarrollo urbano que siguió rodeando o enmarcando a la primitiva “Venta” en la ladera hacia la Rambla Albosa desde los altozanos subsiguientes en declive al Cerro de la Cabeza, en pronunciado descenso buscando los manantiales ribereños y las estrechas “lastras” aluviales cultivables, careció de miras ni proyectos de futuro, cosa lógica en una pequeña sociedad de pervivencia; así el caserío se fue agrupando “a la buena de Dios”, primeramente alrededor de la “venta” o posada caminera que le dio el nombre, y después al amparo de la ermita, en calles o callejas sin apenas ordenación y, por ende, sin alineaciones concretas; todo ello, al “buen parecer y leal saber y entender” del vecindario y en orden a sus por entonces relativas comodidades y por razones de su nacimiento como caserío aislado de imprevisible futuro.

Y primeramente fue “caserío” dentro del extenso territorio requenense –tras la reconquista a los árabes en 1238-39 por el rey de Castilla Fernando III el Santo- y la siguiente concesión de la “Carta Puebla” a Requena, sus aldeas, caseríos y territorios, por el rey Alfonso X el Sabio, en 1257. Quizás el primigenio origen ventamorino fuese un pequeño albergue (“venta”) en los comedios del camino de Iniesta a Requena tras vadear el río Cabriel por Vadocañas, ya que las huestes cristianas de Cuenca, Alarcón, Huete e Iniesta, avanzaron por estos parajes para confluir con las de Moya, Soria y La Rioja en la expugnación definitiva a los moros comarcanos. Y aquella situación de caserío, a que llegó la “Ventadelmoro”, fue poco a poco convirtiéndose en aldea, y por último en “lugar”, para saltar a la determinación de emanciparse como Villa independiente, cosa que logró en 1836, junto a Caudete y Fuenterrobles, los últimos restos con la categoría de “lugar-aldea” que le quedaban a Requena.

Tras esta pequeña digresión histórica, siguiendo con el proceso de urbanización y formación de calles, hay que señalar no era fácil seguir la línea recta en una ladera pronunciada y, con mayor dificultad, flanqueada por dos cañadas o vallejos. Por ello, apenas se salvaron del natural retorcimiento callejero las dos paralelas a la Albosa (calles de los Huertos y de los Arcos, además del eje viario central), naciendo calles y placetas, alternando, desde Las Cruces a Los Caliches. Y por su mitad, la perpendicular de norte a sur, antigua calle de la Iglesia en donde terminaba la más larga Calle de Requena o antiguo Camino veredero hacia y desde Requena.

Así se fueron conformando, al amparo unas de otras las antiguas barriadas del Parchel, de Jaraguas o Las Cruces y de la Picota.

Pero, dentro de ellos, como buscando regazos amparadores y huyendo de la abarrancada geografía de las dos cañadas antedichas (Cañada o Vallejo “Cañadillas del Cementerio”, y la Cañada o Barranco de los Caliches) recibiendo ambas las aguas vertientes tormentosas del oeste, el sur y el este del amesetado Cerro de la Cabeza –que parece presidir el pueblo desde el norte–, se fueron formando callejones o adarves de tipo moruno, recoletos, defensivos, originados muchas veces –aparte el factor topográfico y torrencial antedicho–, por motivos de índole familiar: divisiones, particiones y heredamientos en evitación de dispersiones del propio clan familiar.

Característica fundamental de estos callejones era, y lo fue casi siempre, la entrada libre y una (a veces dos) puerta al fondo. Los laterales eran ocupados por vanos y ventanas de otras casas aledañas, tapiales de corrales con su correspondiente puertecilla de entrada y salida a otras viviendas, y rara vez con puerta de entrada principal. Y es que, realmente, la mayor dignidad e importancia del callejón era asumida y presumida por la vivienda del fondo, en su mayoría con puerta de entrada de dos hojas (no las dos hojas de cualquier portada moderna), superior e inferior en horizontalidad, la superior generalmente siempre abierta, mientras que la inferior permanecía invariablemente cerrada, sin olvidar en el ángulo contrario al de su necesaria apertura de entrada, la correspondiente “gatera”. Esta disposición de la entrada facilitaba las relaciones de noviazgo sin llegar a traspasar el escalón. El “peligro” radicaba abajo, pues lo de arriba con el natural “vis a vis”, el cortejo y la formalidad –entre “comillas”- ya era vigilado por la madre o alguna hermana. El único que tenía vía libre de entrada y salida era el gato.

Estos callejones, de reminiscencias musulmanas de las que nuestro pueblo heredó hasta el nombre (algo que conjeturamos, pero seguimos sin explicárnoslo definitivamente) ponen una nota típica en el irregular callejero. Y aunque a simple vista hoy nos parezca anecdótico y de escasa relevancia, en otros tiempos fueron muy corrientes, subsistiendo actualmente en su mayoría, aunque algunos otros han ido desapareciendo en función de nuevas remodelaciones de casas y calles.

La formación de estos callejones o adarves sin salida, apenas se da en poblaciones levantadas en terreno llano o de costerones poco pronunciados (Villargordo, Camporrobles, Fuenterrobles, Caudete, Sinarcas) pero sí en los viejos cascos urbanos de Requena y Utiel, como igualmente en algunas de nuestras aldeas (Jaraguas y Casas de Pradas, con mayor casuística en la primera, dada su antigüedad y escalonamiento entre cerro y cañada).

Seguidamente se enumeran los veinte callejones que todavía existen y persisten en Venta del Moro. Primeramente lo hacemos por orden alfabético de sus tradicionales denominaciones, y, en columna aparte se relacionan, como se suele leer en planos y mapas, de norte a sur y de oeste a este, para facilitar su localización –de izquierda a derecha y de arriba abajo–.

Después trataremos de rememorar algunas de sus vivencias y convivencias, anecdótico y curiosidades añadidos, dentro de las posibilidades de mi memoria, recuerdos infantiles y juveniles, conocimiento del vecindario, apodos, etc., de casi tres cuartos del siglo XX.

Vamos a resucitar o sacar a flote la situación de nuestros callejones, con su espíritu fraterno, cariñoso, romántico, piadoso y muchas veces chispeante de nuestra veintena de lugares así llamados:

nº	TRADICIONAL	PLANO
1	Callejón de la Andorra	Callejón del tío Mono
2	Callejón del tío Blas	Callejón de la tía Francha y la Vivianas
3	Callejón de Cabrera y de Mata	Callejón de la Andorra

nº	TRADICIONAL	PLANO
4	Callejón de la Cana	Callejón de Merenciano
5	Callejón del Conejillo	Callejón de la tía Cana
6	Callejón de Cuelgues	Callejón de la Torre
7	Callejón de Chasquitos	Callejón de Cabrera y Mata
8	Callejón de Chicharras	Callejón del Conejillo
9	Callejón de la tía Francha y la Viviana	Callejón de los Gatos
10	Callejón de los Gatos	Callejón de tío Tumores
11	Callejón de Hospicio	Callejón del Mellao
12	Callejón del tío Inocente	Callejón del tío Roda
13	Callejón del Mellao	Callejón de Chasquitos
14	Callejón de Merenciano	Callejón del tío Blas
15	Callejón del tío Millán	Callejón de Hospicio
16	Callejón del tío Mono	Callejón del tío Millan
17	Callejón del tío Roda	Callejón del tío Inocente
18	Callejón de la Sorda	Callejón de la Sorda
19	Callejón de la Torre	Callejón de Chicharras
20	Callejón del tío Tumores	Callejón del tío Cuelgues

Hemos suprimido, de nuestros anteriores escritos e historietas, dos de los que existieron y ya no existen (el de Madroño, y de Pedro Gilo) y se han añadido otros dos, que se nos habían olvidado: el de Los Gatos y el de la Andorra, con lo que viene a sumar igual número, el redondeado veinte.

Y tras esta enumeración, dejamos discurrir a nuestra memoria y pluma (mejor bolígrafo y ordenador) diciendo lo poco, mucho, bastante o demasiado de lo que recordamos y sabemos sobre estos callejones, sus vecinos y moradores. Y pido perdón por si todavía alguien no asume lo de los

motes. Peor para ellos. Nuestros apodos y mote elevaron nuestra personalidad a mayor honra y sin ningún desprecio.

1.- CALLEJÓN DEL TIO MONO

En las alturas “picoteñas”, en la última calle que se abre a la izquierda del eje viario del Barrio de la Picota (Calle Larga de la Picota, Calle antigua de Requena, hoy calle de Fidel García Berlanga) y que precisamente figura como Calle de la Picota, se abría un callejón que siempre se llamó Callejón del tío Mono o Monillo (lo del diminutivo se aplicaba a causa de la no muy alta estatura de los “Monos”, los “Monillos” y los “Monetes”). Hoy propiamente este callejón ha perdido un tanto de su condición, porque últimamente se abrió en su fondo para comunicar la Calle de la Picota con su paralela inferior, llamada Calle del Norte, que llega a los confines y triple conjunción con las de San Juan, Lepanto y Nueva.

Todos le llamábamos con el nombre dicho, pues era como un particularismo localizado en donde jugaban los Trujillo, los Yeves, los Leales y otras genealogías jornaleras, de apodos Monos, Chavolos y Leales, con algunas ramificaciones de Garrofas y otros mote.

Mis recuerdos se remontan a la contemplación del más anciano de los Monos (Monillo por su pequeñez física, pero Mono mayúsculo por su honradez y hombría de bien) liando un cigarrillo delgado, apretándolo entre los dedos y, ya en la boca, darle fuego con el pedernal, el acero y la mecha, para aspirar la primera “calada”, fruición incomparable para aquel hombre envejecido por el trabajo y algunas penas familiares. ¡Qué buena gente los Monos, y que grandeza la de aquel anciano que, aunque iletrado y casi analfabeto, descendía por línea directa del primer Alcalde constitucional de Venta del Moro!.

Era un adarve morisco aquel primitivo callejón, al que recaían algunas puertecillas traseras de corrales y patios de ciertas casas con entrada por la Calle Nueva de la Picota, tales como el de mi abuelo paterno, José María, cuya puertecilla de salida ocupaba casi todo el fondillo del callejón. En principio, a aquel antiguo adarve no recaía puerta de entrada de vivienda

alguna, y, como se orientaba al norte, era, además de estrecho, sombrío y húmedo. Hoy tiene mayor apertura: la que se ha dicho para formar en ángulo recto la Calle del Norte.

2.- CALLEJÓN DE LA TÍA FRANCHA Y LA TÍA VIVIANA

En la Calle Nueva de la Picota, por sus comedios, abriéndose hacia el sur, se encuentra un callejón, al que se ha bautizado con el nombre de Callejón de la tía Francha y de la Tía Viviana, como podría haberlo hecho aplicándole el alias o mote de cualquiera de sus otros vecinos picoteños, cuyas puertecillas traseras de salida de patios y corralillos internos daban allí, perteneciendo a casas o viviendas que daban a la larga calle de Fidel García Berlanga, a la terminación de uno de sus mayores tramos de la acera izquierda. Podría haberlo llamado también, del “Rocha”, del “Maza”, de “Villarta” (este último, más apropiado, pues era el marido de la tía Francha).

Ciñéndome a la denominación antedicha, hay que aclarar que la “Tía Francha” era Francisca Ruiz –hermana de Teodora, Julio y Heliodoro- de la familia paterna de los “Rebollo”, llamada familiarmente con el hipocorístico de “Francha”, apodo que después heredaron su hija Teodora y su nieta Victoria; independientemente de otra familia, los “Franchos y las “Franchas”, de apellido Pérez, con un pintoresco anecdotario digno de contarse en otro lugar. Y la tía Viviana, que era Carmen Hernández “la Viviana” porque fue esposa del tío Vivián, una esbelta mujer de fuerte poderío, que enviudó muy joven y sacó a flote a su familia ejerciendo labores agrícolas y las caseras, con honradez y oficio de cabeza de familia. A dicho callejón daba la parte trasera de su casa.

Con todo lo dicho ya queda retratado este callejón, al que únicamente daban tapiales y bardas de corrales traseros.

Guarda para mi memoria algún recuerdo, pues por frente a su emboadura vivieron mis abuelos José María y Cándida, y allí nacieron mi padre José María Yeves López y sus hermanos Emilio, Manuel y Teodoro, y allí vivió la familia largo tiempo, heredando la vivienda mi tío Manuel, albañil como toda la familia ascendente y descendiente.

Últimamente y a instancias y promoción de la Asociación Cultural “Amigos de Venta del Moro”, creada en 1995, se han colocado, en este y los demás callejones venturreños, sendas placas, a modo de rejolas o “socarrats”, con sus respectivos nombres históricos y populares.

En el caso que nos ocupa ahora, con el que a nuestro criterio y parecer más le cuadra.

3.- CALLEJÓN DE LA ANDORRA

Apenas conocido, pues parece jugar a escondecucas a causa de su propia irrelevancia y sencillez, en algún otro comentario sobre nuestro callejero y callejonario venturreños, pasó desapercibido; hube de rescatarlo del olvido porque mi hermano José María, mayor y mejor venturreño que yo, hubo de ponerlo “en pico”; es decir, hallar su escondite, verlo y recordar algo de aquellos apartados andurriales picoteños.

En verdad es un rincón o callejón abierto a la acera izquierda de la calle de los Corrales (llamada así porque en ella recaían las corralizas y patios o servidumbres traseras de las viviendas con entrada por la calle de Fidel García Berlanga), que bordea también lo que fue barranco de los Caliches.

Aunque siempre apareció este rinconcillo, innominado y casi desconocido por su apartamiento, en la última denominación se le aplicó el nombre de Callejón de la Andorra. Y ello lógicamente porque allí vivió (y parece que todavía vive) la familia de uno de los o las Andorros o Andorras, mote atribuido desde que apareció por nuestro pueblo los apellidos foráneos Serrano y Zornoza. Apellidos de una familia que llegó aquí como pastores de ganados –ovejas y cabras- de algún otro hacendado. Y claro está que el mote de Andorra (para las féminas) no tiene nada que ver con el país andorrano, sino con la manera de andar de aquel viejo pastor, el tío Andorro (de andorreo, andorrear, andorre-ro, Andorra), que fue persona trabajadora y honrada, como así lo fueron sus sucesores, quienes echaron raíces por nuestra tierra y aquí se quedaron algunos.

Aunque todavía recuerdo a la anciana tía Andorra, que con sus hijos vivió al comienzo de la Calle de las Cruces (entre el horno de César y el corral del Anciano), mi memoria se detiene, viendo y conversando, en el solterón, cachazudo y pastor Antonio Serrano Zornoza.

4.- CALLEJÓN DEL TÍO MERENCIANO

En verdad no era Merenciano sino Emerenciano Pedrón, aunque prefirieron conservar la toponimia callejonesa venturreña tal y como siempre se dijo por mis mayores y coetáneos.

Este Callejón de Merenciano se abre en la Calle de San Pedro, una de las perpendiculares a la larga y ascensional de Fidel García Berlanga; es decir, corresponde al barrio de la Picota.

Es llamado así porque allí vivió, en sus últimos años, Emerenciano Pedrón y su mujer Leandra Márquez, él nacido en Venta del Moro y ella en Pedriches; fueron padres de la Germana, la Asunción, la Socorro e Isidro (este último, Isidro “Barracas”, como le apodábamos). Y aunque conserva el callejón su primitivo nombre, también podríamos llamarle Callejón de la Germana, por sus vivencias, residencias y anecdotario.

La historia de los hijos de Emerenciano y la Leandra forma parte de las penurias, miserias, “hazañas” y anécdotas de los años del hambre, los famosos años cuarenta de la posguerra, de infausta memoria. Y es que la Germana, casada con Isidoro Cárcel, tuvo que atender a un “familión” y hubo de apechugar a brazo partido y trabajo diario, junto a su marido, para sacar a flote aquella casa. Era hembra de rompe y rasga, atrevida y formal. Y su buen humor fue proverbial, y su fortaleza tremenda. Con alegría y desparpajo solía decir que en su casa “se comía casi todos los días arroz con conejo”..., que, en realidad era arroz mondo y lirondo cuando lo percanzaba, a cuya sartén pasaba la entepierna por encima en giro circular; así añadía la Germana “el conejo” a su paella.

Su hermana, la Socorro, murió soltera y madre de un retoño, que también murió sin llegar al par de años. La Asunción e Isidro emigraron a

Barcelona. Pero los hijos de la Germana e Isidoro todavía viven en nuestro pueblo; son mis amigos y nos profesamos mutuo aprecio. Aún solemos juntarnos y saludarnos todos los años alrededor de la hoguera a la Virgen de Loreto, la noche de la “Salve”, el día 9 de diciembre.

Y el callejón sigue llamándose –y así ostenta su correspondiente placa- Callejón del tío Merenciano, que allí vivió con su mujer e hijos, tras haber quedado arruinado y perdida su hacienda, que en principio era bastante acomodada, heredada de la familia Pedrón, junto a su hermano Teodoro. Se cuenta de su padre, el tío Gorgonio, que, cuando por la noche hacía gárgaras, hacía tal ruido, que las vecinas, a la mañana siguiente le decían: “Tío Gorgonio, anoche bien oíamos cuando sacaba usted agua del pozo; bien se oía el chirriar de la “carrucha”...

5.- CALLEJÓN DE LA TÍA CANA

Antes de terminar la calle del Árbol en la confluencia de las de Serrerías y de los Corrales, en la parte izquierda se abría y se abre el Callejón que siempre se llamó de la Cana o de la Tía Cana. En él vivieron las familias de los Cano y de los Ortiz, de los que recordamos con mucha amistad al tío Lucio Cano, cabeza de la prole de dicho apellido que todavía subsiste en nuestro pueblo como labradores, comerciantes y empleados, y con igual amistad y afecto recordamos al tío Pedro Ortiz –al que siempre se llamó “Perico el de la Cana”- y a sus hijos Ángel y Ramón. El tío Perico se hizo famoso por un cantar o copla que la noche de “los Mayos” –tras la cantata del “Mayo” a la Virgen de Loreto-, dedicó al tío José Castillo (José M^a Castillo Sanz- por entonces alcalde del pueblo, diciéndole: *“Adiós, amigo Castillo, hombre de mucho talento, que me has quitado la casa, también has jodido al Lobo”*, cosa que, por lo visto era verdad aunque no rimara “ni cayera bien”; una “verdad a medias”, pues tanto Perico como el tío Lobo continuaron con sus viviendas.

Recuerdo también con amistad a los hermanos Ángel y Ramón Ortiz, carreteros como su padre –el tío Perico-, guardia de Asalto el primero, que con su Compañía relevó a mi Batallón en el frente de Camarena de la Sierra (Teruel), en 1938. Y otras cosas dignas de recuerdo, de ambas familias a las

que, como vecinos de este callejón, siempre guardamos mucho afecto. El tío Lucio Cano fue muchos años presidente de la Mayordomía de la Virgen de Loreto. Y en casa del Tío Perico “el de la Cana”, remontándome a mi niñez, me contaban que algunos años se reunían los “copleros” de los “Mayos”, para tejer y destejer cantares alusivos a algunos personajes y urdir bromas que eran el regocijo chispeante del vecindario. El trío formado por el tío Zurdo, el tío Anciano y el tío Rumiento –junto a Perico Ortiz- se divertía de lo lindo enjaretando coplas mordaces, intencionadas, pero nunca ofensivas.

Y como quiera que algunos lectores de hoy se queden a oscuras ante mi reiterado uso de motes y apodos, diré que el tío Zurdo se llamaba Andrés Martínez, el tío Anciano era Juan José Martínez, y el Rumiento, -que también era Chicharras, además de Cojo con pata de palo-, se llamaba Saturnino Gómez Fernández.

6.- CALLEJÓN DE LA TORRE

Como su nombre indica claramente, el Callejón de la Torre se abre bordeando por la derecha el lado occidental de la torre parroquial y continúa –tras un pequeño ángulo- delimitado por este lado y hasta el fondo por el muro lateral izquierdo de la propia iglesia parroquial, que, como se sabe, está dedicada a Nuestra Señora de Loreto desde tiempo inmemorial e ignoto hasta hoy. La torre venturreña es la más alta de los pueblos comarcanos, a excepción de la del Salvador de Requena. Data del siglo XVIII o comienzos del XIX.

El lado izquierdo del callejón, en sus comienzos, está flanqueado por algunas viviendas, a partir de la de mi abuelo Sinforiano Descalzo, que ya recaía totalmente en el ámbito de la Plaza de la Iglesia.

En aquellas primeras casas del callejón vivieron los Castañuelas (Escolástico y Enrique Martínez) y últimamente mi coetáneo y homónimo Antonio Yeves “Cabuchas”, con su pescadería. Seguidamente, por el mismo lado, venía haciendo esquina y rincón la casa de Ángel Pérez, uno de la familia de los Zequielos, donde nació y vivió el pequeño pero bragado guar-



Callejón de la Torre

da de campo, Félix Pérez “Carapalote”. El fondo frontal de este callejón lo ocupaban dos viviendas: la de los Yeves Beltrán –los viejos descendientes “Cabuchas”, y la del tío Lorenzo Pérez, el mayor de los Zequiuelos (su madre se llamaba Ezequiela), con un familión de ocho vástagos y “vástagas” (Lucio, Gervasio, Loreto, Bonifacio, Elisa, María, Lola y Lorenzo). Y en una pequeña replaceta, bordeando el fondo izquierda, las casas de Luis Robledo “El Zapatero” y de Juan José “El Peón” o “Chinche” o “Chicharras y una prole tan numerosa como la del mayor de los Zequiuelos... (Entre ellos, mejor dicho el benjamín del tío Juan José “El Peón”, Julio Gómez Pérez “El Bola”, que murió en la Guerra Civil (18-9-1938), a los 17 años, muy cerca de quien esto escribe, en Camarena de la Sierra-Javalambre, cuando asaltábamos una posición enemiga.

Quizá me haya extendido demasiado en estos recuerdos juveniles, en detrimento y olvido de lo que este Callejón de la Torre representa. Todavía conserva su antigua forma; todavía el viento huracanado se acanala en su entrada y el cierzo suena y resuena tremebundo en aquellas estrecheces... El último superviviente del Callejón, Emilio Moya Descalzo “El Colorín” –viudo de la Loreto “La Zequiela”, ha muerto en 2006. En aquella casa templaban y acompasaban guitarra y violín, Lucio y Gervasio, para acompañar la cantata de los Mayos a la Virgen de Loreto.

Su nombre está claro y rotundo: allí se levanta la famosa torre parroquial venturreña, grande, alta y majestuosa con sus más de 30 metros de altura, y sus cuatro campanas volanderas en días de fiesta, y doblando en los duelos, nos recuerdan muchas cosas... Y el viejo reloj, dando las horas, acompañaba al cuarteto campanil: María, Loreto, Elías y Miguel –antes de la Guerra Civil-, y María, Loreto, Antonio y Cecilia ahora... ¡ojalá por muchos años!

La última restauración de la torre y la bendición de las dos últimas campanas citadas se realizó en 1997.

7.- CALLEJÓN DE CABRERA O DEL TÍO MATA

Abierto en forma de portada, se ensancha como breve plazoleta en su interior. Es como si la Calle de San Blas, donde se encuentra, quisiera cobijar en amoroso rincón a parte de su viejo vecindario, antes de abocarse a lo que fue siempre Plaza de la Iglesia (hoy calle del Dr. Fleming).

Aunque parece ser que siempre fue llamado Callejón de Cabrera, en razón de tener allí su vivienda Loreto Fernández “El Tío Cabrera”, se le conoció también por Callejón de Mata –o del tío Mata-, por idénticos motivos: en el callejón, algo más al fondo, tuvo su casa Francisco Haba, alias “Mata”. Y no había otras viviendas, sino un par de puertas traseras de corrales y servidumbres de otras calles.

Como la cosa requiere alguna mayor explicación, diremos que Loreto Fernández “Cabrera” se casó con la tía Celia Noguerol –de antigua estirpe boticaria venturreña- y su casa principal daba a la Plaza de la Iglesia en su parte inferior; es decir, la vivienda con entrada por el callejón correspondía a la parte trasera de la casona solariega del fundador de la estirpe Noguerol (Eduardo Noguerol, el primer boticario de nuestro pueblo, allá a mediados del siglo XIX).

El matrimonio del tío Cabrera y la tía Celia tuvo numerosa descendencia: Lucrecia, Raimundo, Antonio, Ricarda, Josefa y Miguel, y dentro de las posibilidades de la primera mitad del siglo XX en nuestro mundo rural venturreño, cuidaron sus pequeñas propiedades y aún las aumentaron.

Recuerdo que a una parte de las tierras y huertas de la Bullana se le llamaban de “Cabrera”; a la otra, Bullana de “Gallina”.

Por otra parte, este Callejón se hizo más célebre y nombrado porque allí vivió Francisco Haba “el tío Mata”, quien durante muchos años fue el sereno o vigilante nocturno de nuestro pueblo. Casado con una buena y santa mujer, Amalia Villanueva, tuvieron tres hijos, el primero, Tomás, hombre de entendimiento normal, trabajador y procreador –con Herminia Pérez- de una familia numerosa, trabajadora y feliz. Pero los otros dos hijos del tío Mata, Desiderio y Cecilia, eran de lo más anormales, pobres, defectuosos en lo físico, deficientes en todo, que hubieron de vivir grandes penurias en la anteguerra, la Guerra Civil y la posguerra, con las consiguientes miserias y hambrunas. ¡Quién no recuerda al famoso Desiderio “Mata”, el por muchos años “tonto” del pueblo, ingenuo, servicial, veredero, asiduo de tertulias y juerguecillas a costa de sus disparatados chistes y canciones! Ambos, Desiderio y su hermana Cecilia, al final, murieron en el Asilo de Requena a finales de los años 80 del pasado siglo.

8.- CALLEJÓN DEL CONEJILLO

En la que hoy es calle de Colón, tras la primera cuesta subiendo desde el Ayuntamiento, y ya casi frontal al antiguo Cuartel de la Guardia Civil (ahora Albergue “Hoces del Cabriel”), a la derecha de la calle y casi lindando con la casa del tío Victoriano Soriano (que fue guarda de campo y alguacil hasta 1945) se abría un estrecho callejón, que era la salida trasera de la casa de José García “Conejillo”, cuya entrada principal estaba en la Calle de las Cruces.

El mote lo heredó su hija Aurea García “la Conejilla”, que al casarse con Gerardo Yeves originó un cuarteto masculino, Gerardo, Antonio, José y Aurelio, los “Conejillos”. De esta estirpe –nunca llegaron a “Conejos” a causa de su poca estatura física-, recuerdo al patriarca José García, jornalero de azada y legón, que paradójicamente, en el chismorreo y gracejo popular suscitaba chistes, porque siempre iba a cazar con su amigo el tío “Hurón”... Y aquello de ir juntos un “hurón” y un “conejo” resultaba algo cómico e increíble.

De los Conejillos –hijos de Gerardo Yeves y Aurea García-, solamente vive el mayor, Gerardo, en Valencia. Antonio murió en 1951 a causa de un accidente, y los dos pequeños, Pepe –al que también apodábamos “Zamoreta”- por su afición al fútbol, y Aurelio, el “Conejillo Menor”, fallecieron en Valencia a finales del pasado siglo XX.

El último Aurelio Yeves García, aún azancaneaba por trochas y encerraderas conejiles con el alguacil Ángel Martínez “El Manco”, recordando sus aficiones caceras y haciendo bueno el nombre del Callejón del Conejillo, que era (y es) tan estrecho y lóbrego como una madriguera de gazapos.

Por supuesto, y recordando viejos topónimos populares, el callejón de que hablamos está en el barrio de las Cruces o de Jaraguas.

9.- CALLEJÓN DE LOS GATOS

A cincuenta pasos de la subida de la Calle de Colón, frente al lateral derecho de la Casa Consistorial o Ayuntamiento, hay un callejón sin salida a quien alguien bautizó con el nombre de Callejón de los Gatos, sin duda por la casi omnipresencia en él de algún o algunos ejemplares de estos felinos domésticos, como si fuera al foro de reunión gatuna de todo el barrio de las Cruces. Y así se ha quedado para siempre con el nombre –ya rotulado- de Callejón de los Gatos.

Aunque lógica y anecdótica tal denominación, se quiere recordar que dicho callejón estaba aledaño a la casa del tío Luis Trujillo “El Mono”, casado con la tía Carlota Lahiguera, originando en boca del varón aquello de que “le repetía y le sentaba mal la “carlota”. Y lindero a esta casa estaba la del otro “Mono”, Francisco Trujillo, donde sucedió el famoso hecho del “Cohete”; algo que quedó como mote y como recuerdo de lo que afortunadamente ocurrió sin dejar otras secuelas que la chimenea por los aires y un tabique destrozado...

Era a finales de los años cincuenta... El muchacho (creo recordar se llamaba Miguel) se encontró un cohete antigranizo, se lo llevó a casa y allí quiso hacer su experimento... y menos mal que no hubo que lamentar

desgracias personales. Se quedó en propiedad con el apodo de Cohete o Cobete; pero es que, además, el muchacho tenía ya adjudicado otro mote: “tauen”..., por aquello de repetir, ya desde muy niño, lo de “me cago en”, “cagüen”... o “tauen”, en incipiente lenguaje.

Todo lo anterior dicho, sin otro ánimo que el de ambientar sitios y lugares donde se abre el Callejón de los Gatos, nombre muy bien adjudicado –no sé por quién, pero acertadamente–, ya que, de haber quedado innominado, nos habría obligado a repetir el nombre de “Mono” que ya tiene otro callejón, o tener que bautizarlo con el nombre de “la tía Carlota”, callejón del Cohete, o callejón del “Tauen”.

10.- CALLEJÓN DEL TÍO TUMORES

Ascendiendo el segundo tramo de la Calle de las Cruces, tras el cruce con la Calle de Lepanto, a la derecha, se encuentra el que por siempre, en mi acordanza y memoria, se llamó Callejón del Tío Tumores.

Es un callejón bastante estrecho tanto en su entrada como hasta el fondo, en donde estaba la casa o vivienda del tío Tumores, a quien llegué a conocer en mi infancia –cuyo nombre y apellidos no recuerdo, o mejor dicho no supe nunca–; y era así apodado porque en su rostro tenía hasta media docena de lupias o bultos sebáceos que le afeaban, y cuyos lobanillos nunca le borraron la bondad y el buen humor.

En la parte lateral derecha del callejón se abría, sobre una escalerilla de entrada, la casa de la tía Antonia “La Seca”, mujer viuda que durante más de veinte años de su viudez tuvo, debajo de la cama, su propio ataúd disponible para cuando muriera. Se lo encargó al carpintero de la plaza, Julio Pérez Fernández “Bernache”, “para su mayor nesecidá”, lo que instigaba la curiosidad de los muchachos, que de vez en cuando asomábamos las narices por la entreabierta puertecilla de la Tía Seca para ver aquello, que solía poner-nos los pelos de punta.

En la pared lateral izquierda se abría la puerta de servicio de la casa de Julián Cárcel “El Cuervo”, pues la principal daba a la propia Calle de las

Cruces; por allí salía mi amigo y compañero de Banda de Música (años 1929 y siguientes) Nemesio Cárcel “El Cuervo Hijo”.

Pero lo más interesante de este famoso callejón era que el mismo tío Tumores decía que “en su casa había una viga en la que estaba escrito lo siguiente; -“en donde nací estoy puesta”-. Y es que insistía tener su casa en buena parte de la primera “venta” que hubo y dio nombre a la Venta del Moro, cosa que sus coetáneos también sabían o, al menos, lo comentaban y transmitían a sus herederos por tradición oral. Circunstancia y leyenda que escuché varias veces a mis abuelos.

Esta opinión mía, publicada en varias ocasiones, no resultaba muy creíble. Sin embargo, últimamente, al ser derribado el inmueble, se ha descubierto que, en efecto, allí hubo una posada o venta, que no sé si fue la primitiva (cosa improbable), pero que bien pudo reconstruirse de tiempo en tiempo, conservando su primigenio emplazamiento.

La afirmación del tío Tumores y el reciente descubrimiento, prueban que el camino de Iniesta a Requena, tras vadear Vadocañas en el Cabriel, venía por lo que después fue vereda ganadera, desviándose el camino en el Collado de la Horca, por la Casilla del Cura, Sevilluela, Fuente de la Reina, El Aserrador y el Paso de la Puebla o de Los Aldabones a la Venta del Moro: cercana a la Albosa y a la Fuente de los Desmayos, la primera fuente de que se surtía la población.

11.- CALLEJÓN DEL TÍO MELLAO

En el alterón central de la calle del Aire, frente a las casas de Eusebio García “El tío Borrega” y de Tiburcio Cárcel, se abre y permanece desde tiempo inmemorial un callejón que más parece patio en forma de plazoleta que adarve. La entrada era algo así como unas portadas anchas (por supuesto sin puertas) abriéndose enseguida a modo de semicírculo o media luna. Siempre fue Callejón del Tío Mellao.

Al fondo había dos puertas que daban a una pequeña almazara o molino de aceite y a un trullo o bodega; cerca de la entrada, a la derecha se

hallaba la propia casa de los Mellaos, y a la izquierda daba el lateral de la vivienda de Regino y Francho Pérez (Los Rullos).

El primer Mellao que yo llegué a conocer se llamaba Francisco Moya. Y allí vivieron sus hijos Paco, Lucía y Lucio, antes de casarse los dos últimos, pues el primero, Paco, fue solterón hasta su muerte.

La familia de los Mellaos era relativamente pudiente, en lo que por entonces –primer tercio del siglo XX- podía considerarse.

Lucía Moya, “La Mellá” se casó con Julio Ruiz, “Rebollo”, y la hija mayor de este matrimonio, Elvira, fue quien residió en este Callejón largo tiempo, casada con mi amigo Lucio Pérez “Zequíelo”, con su prole y todavía quedan descendientes habitando el callejón.

El menor de los Mellaos, Lucio, ya casado, y empleado en la fábrica de harinas de Julio Pérez (la famosa “Ideal”) parece ser le iba cómodamente vivir en casas recónditas, pues tras residir en el callejón familiar, formó hogar en el Patio del tío Millán, del que también se hablará en esta sección del callejonario venturreño.

Y una pequeña rememoración que, cuando esto escribo, acude a mi memoria: Cuando yo contaba unos cuatro años de edad, pasando por la calle del Aire y frente al Callejón del tío Mellao, de la mano de mi madre, se oyeron ayes y sollozos prolongados, que llamaron nuestra atención; sobrecogidos por ello mi madre y yo, enseguida supimos la causa de aquellos gritos y sollozos, pues procedían de la casa del tío Tiburcio Cárcel y el motivo era haber recibido la mala noticia de la muerte de Inocente Cárcel, sobrino de Tiburcio, hijo del tío José “El Mosco” en la guerra de Melilla. Fue el primer impacto de enorme aflicción que se me quedó grabado para siempre... Un venturreño muerto “en la guerra del moro” (hacia 1924) por un “pacazo” o bala enemiga, cuando salía de un blocao español cercado, cerca de una kabila rifeña.

12.- CALLEJÓN DEL TÍO RODA

En la propia calle del Aire, a poco de su inicial confluencia con la Calle de la Fuente, se abre a la izquierda un prolongado callejón, estrecho y apenas carretero en sus comienzos y algo ensanchado al final, en cuyo fondo recae la antigua vivienda del tío Fabián Haba Roda, quien tomó como apodo el propio apellido de su madre, por lo que siempre y para siempre se quedó como “tío Roda”, mote que no era mote y que también heredaron sus descendientes: los Rodas; eran, que yo recuerde, el tío Herminio y sus hermanos Miguel, Crescencio y Manuel Haba.

El callejón que nos ocupa era verdaderamente adarve al estilo moruno; entrada entre tapias sin vanos, y tras el defensivo recodo la o las viviendas, pues si al principio fue una, después hubo que reducir para que vivieran al menos dos familias del mismo clan.

Buena gente fue siempre la extensa familia de los Rodas; trabajadores campesinos de “mediana capa”, acrisolada honradez y, de vez en cuando, un tanto chistosos.

Allí vivió el tío Herminio –su hijo Emilio, que era pintor en Barcelona, murió en la guerra civil de 1936, formando parte de una columna de milicianos que atacaba Huesca-; iba el tío Herminio casi todos los días a su huertecilla con su azadilla al hombro, y el vecindario, que le conocía bien, siempre le preguntaba que adónde iba (o de donde venía), e invariablemente contestaba: ¡”Eanoestateay”!, pues hablaba como una carretilla, significando lo dicho ¡”Ea, no; estate ahí”!.

Otro de los Roda, Crescencio Haba “El Melguizo”, casado con la Dionisia Martínez, una de las “Sergias”, y sin hijos, fue juerguista cuando correspondía; en Pascua y en Carnaval formábamos “troupe”, pandilla, fanfarria y zarabanda con mi hermana Clotilde y yo, la Loreto la Zequiela, su cuñada la Florencia, la Francisca “la Aleja” y Manuel Pedrón; no sé cuál de todos más bullanguero, comediante, bufón y extravagante, haciendo de hazmerreír ante la multitudinaria concurrencia pascuera o carnalera.

13.- CALLEJÓN DE CHASQUITOS

En la tortuosa Calle de la Fuente, que era como un camino carretero desde la hoy Plaza de la Constitución hasta los Desmayos, en su primer tramo, a la vuelta de la vivienda del tío Miguel el Sacristán, después, de Marceliano Defez y su hijos Adrián y José, bajando a la derecha se abre –en línea recta- un callejoncete estrecho con una pequeña vivienda al fondo. Las paredes laterales del callejón eran las tapias de corrales aledaños, de Eliseo Martínez o el antedicho Marceliano Defez. Siempre se llamó el Callejón de Chasquitos, y ello por ser propiedad de dicha familia, que desde mis infantiles recuerdos vivían en la calle del Sindicato. Los tres hermanos eran Alejandro, José y Bruno López, alias los Chasquitos. Y todavía creo recordar al patriarca, a quien por ser varón de fácil broma, afecto a chascos y chistes de naturaleza bondadosa y anecdótica, le pusieron el apodo de Chasquitos a causa de no llegar a Chascos por su no muy alta estatura física. Chasquitos le iba y le fue mejor.

De cada uno de sus descendientes se puede escribir una historieta, pues recuerdo, por vecindades y cercanías, al extenso repertorio varonil –sin contar las féminas- de tres generaciones de Chasquitos.

Uno de ellos, Rafael López González, el último de la tercera generación “chasquitera” –hijo del tío Bruno- vive ahora en la Residencia de Ancianos de Requena.

Y como anécdota relativa al Callejón de Chasquitos, recuerdo les servía a un par de cuadrillas de muchachos callejeros y desaprensivos, de escondite, tras hacer burla del tío Dionisio “El Cubero”, que en aquella Calle de la Fuente tenía su taller de tonelero, cubetas y arreglo de pipas y trascoles de madera y sujeción de cellos de hierro. Y es que el tío Dionisio cogía de vez en cuando una melopea vínica, cogorza solitaria, que paseaba por su corraliza faenera, motivando que los “guachos” le endosaran aquel cantarillo que decía: “¡Tártaro, Niní, que no tariró...!” Y los muchachos casi siempre eran los mismos: Areli, Marculeta, Sinforiano y Paquillo, y otros que, como los anteriores disfrazo con sus apodos. Porque aquello no estaba bien... Y así sucedió que un buen o mal día, el pobre tío Dionisio no apareció... (Posiblemente murió en su casa haciendo alguna “cubeta” o bebiendo de ella). Tenía su taller el tío Cubero, tras una pequeña ese frontal al callejón de Chasquitos.

14.- CALLEJÓN DEL TÍO BLAS

La Calle de la Fuente es larga y sinuosa, a la que se abren algunos callejones sin salida. En uno de sus últimos retorcimientos, bajando por ella, al lado izquierdo, se encuentra el Callejón del Tío Blas, denominación que se le adjudicó en atención a que la única vivienda con entrada propia por el callejón era la de Blas Cárcel, labradorcillo acomodado, casado con la tía Vicenta Martínez, padres de María, Julián “el Curita”, Loreto “el Gallo” y José María “el Estanquero”. Y tanto la puerta del fondo como otras dos pequeñas, laterales, eran de servicio trasero de otras calles y corrales. Precisamente la del fondo servía como “puerta falsa” de la casa del tío Timoteo Pérez y Tomasa García, cuya entrada principal era por la calle de los Arcos (después Victorio Montes) en donde se afeitaba a la mayor parte de los hombres del pueblo hasta 1922, en que se jubiló el tío Timoteo, barbero mayor y de más envidia profesional y chismorrera chistosa de la población.

En casa del tío Blas, que disponía también de un ancho zaguán aledaño a la entrada principal, las tertulias “roseras” (sacar la rosa del azafrán) eran famosas en todo el pueblo; era esta familia, sin duda alguna la mayor cosechera de azafrán, y en la temporada cosechera necesitaban mucha mano de obra femenina y muchachera, tertulias en las que, además de “sacar rosa”, se solían sacar algunos pellejos entre risas, dimes y diretes.

Podría ser que el apodo de “Zafranares” lo llevaron los ascendientes del tío Blas o de la tía Vicenta...

En esta casa vivió Loreto Cárcel “el Gallo”, también apodado “el Consueta” por su afición a dirigir teatro de aficionados... Y últimamente allí vivió Antonio Cárcel Valiente “El Consu”, quien, solterón, de la noche a la mañana desapareció del pueblo, sin que hasta hoy se haya sabido nada de su paradero; un misterio que nadie, ni oficial ni particularmente, haya podido aclarar.



15.- CALLEJÓN DE HOSPICIO

El Callejón del Tío Hospicio, siempre llamado de esta manera, se decía así por corrupción del nombre Auspicio; nombre raro, de varón, pero que en nuestro caso correspondía a Auspicio Jiménez, propietario de una casa-vivienda y único vecino, con su esposa y sin hijos, que habitaba este callejón venturreño.

Está situado en la última bajada de la calle de la Montera, casi frontal a las dependencias de la fábrica de alcohol Vento Galindo.

Era un callejón singular y un tanto descuidado en las épocas a que me remonto, primer tercio del siglo XX. Recuerdo que por entonces era como un camino ensanchado al comienzo, a cuya parte izquierda se levantaba una gran horma de piedra y ribazo, a la que ascendía una senda en curva para acceder a la verdadera vivienda del tío Auspicio, ya que las paredes laterales de la derecha pertenecían a cuadras y pajares y, en el fondo había unas grandes portadas de corral o salida trasera de las casas que en la Calle de la Fuente habitaban las familias de Enrique Olmo, el herrero, y Andrés Cabanes en una amplia acera que terminaba en “escurriente” o talud donde jugábamos de niños.

Todo lo dicho anteriormente se refiere a tiempos que recuerdo y por la causa dicha se quedó con el popular nombre de Callejón de Hospicio o del tío Hospicio —que era Auspicio—. Pero, sin embargo, anteriormente el callejón tenía el particular nombre de Los Jaraices (que también, por corrupción, decíamos Garaices). Y ello porque allí hubo un par de trullos o bodeguillas, viejos lagares para el pisado de las uvas y obtención del recio vino tinto, y eran propiedad de la familia de los Zaranga, de apellido Defez y después los Ochando Defez.

Y como aquella vieja denominación no cuadraba en mis entendederas, hubo de pasar algún tiempo de mi infancia para saber que, efectivamente, la palabra jaraiz y su plural jaraices eran lo que yo conocía como trullo y trullos, lagares de depósito, con tablas para el pisado, y algunas tinajas para conservar el vino y algún pequeño depósito o bajillaje. Así que, de llamarse Callejón de los Jaraices, hemos pasado desde hace casi un siglo, a Callejón del Tío Hospicio, sin existir por aquí ningún hospicio, asilo o lugar de acogida de enfermos o ancianos.

16.- PATIO Y TUNEL DEL TÍO MILLÁN

En la plaza de José M^a Castillo (antigua de los Olmos), entre la casa solariega de los Herrero -Efigenia Herrero Haya, viuda del general D. Juan Romero-, y lo que fue posada de Francisco Martínez “El Velonero”, después tienda y café de Constantino López, se abría, y todavía existe, un espacioso callejón, patio, o replaceta empedrada, que desde mi infantil acordanza se llamó Patio del Tío Millán.

En él existían y existen dos casonas, una frontal a la espaciosa entrada, que creo pertenecía a la familia de los Moya (Los Mellao) en donde estuvo la C.N.T. –Confederación Nacional del Trabajo-, sindical de tipo anarquista, durante los años de la Guerra Civil de 1936-1939; vivienda ocupada a mediados de siglo por Lucio Moya, “El Mellao” y su familia. La otra vivienda, recóndita y aportalada, haciendo recodo en la izquierda del propio patio o callejón, era la solariega de los Medina enlazada con la familia Pardo. Era lógico que llamásemos a este rincón, uno de los más bonitos de Venta del Moro, Patio del Tío Millán, ya que Millán Pardo Medina la ocupó por herencia. Y hay que decir que el tal ilustre personaje, al que de mote se le llamaba “El Diablo”, fue “de casi todo” en nuestro pueblo: Secretario de nuestro Ayuntamiento en algunos periodos de comienzos del siglo XX, Director de la primera Banda de Música de Venta del Moro, que él organizó y sacó a relucir por nuestra comarca, al par de causar gran impacto artístico-musical en nuestra pequeña población. Fue en verdad un gran hombre. Dejó descendencia en la Venta: Lucrecia y Piedad –que se enlazaron con los Castillo y los Iranzo-, y en Valencia, además de Manuel, gran melómano y mejor amante de todas nuestras cosas y tradiciones (dígalos hijo Millán), fue militar Miguel, quien durante la Guerra Civil mandó en el frente de Teruel el Batallón Azaña como comandante, después se exilió y murió en Méjico. La cultura, arte, independencia y amor a nuestra tierra del tío Millán Pardo Medina, fructificó en nietos y biznietos, algunos de los cuales llegaron a Alcaldes de Venta del Moro –José Antonio Iranzo Pardo-, y después una mujer, biznieta suya, Amparo Cárcel Castillo, resultó ser la primera Alcaldesa que rigió los destinos venturreños.

Y antes que se me olvide, se hace notar la singularidad que ofrece este callejón-patio-replaceta interior, pues además de comunicarse, como se ha dicho con la plaza de J. M^a. Castillo, en el ángulo opuesto a su entrada exis-

te un tunelillo o pasadizo que pone en comunicación este lugar con la antigua calle de los Arcos (hoy Victorio Montes) en su extremo final. Y sobre el túnel, la extensión de la propia casa del tío Millán, formando una típica algarfa o almugaba propia de los callejeros medievales y adarves defensivos moriscos.

17.- CALLEJÓN DEL TÍO INOCENTE

En la Calle de los Huertos, muy cerca de la bocacalle que enfila hacia la Cuesta de la Noguera, a la izquierda se abre un ancho callejón en forma de replaceta, con embudo al fondo, donde daban las portadas traseras de la casa de los Julianazos –cuya entrada principal daba a la Calle de Victorio Montes. Casi al frente de la entrada al callejón estaba la casa de Inocente García Fernández, a la que se accedía por un patio corredor; al lado de la puerta de entrada, había un trullo o bodeguilla con su característica puerta ancha a la altura correspondiente para la descarga del carro de uvas.

Puede decirse que casi todo el callejón, que por ello se llamó Callejón del Tío Inocente, era de su patrimonio. Casado con Amadea Fernández, tuvieron cinco hijos: Bonifacio, Amadeo, Lucio, Lucía y Teodosia. En el mismo callejón había también un par de viviendas, en donde vivieron sus dos hijas: Lucía, casada con Pedro Tarancón, “El Riachero”, y Teodosia, casada con Nicolás Moya Yeves “El Rata”. No tuvieron mucha suerte, pues Nicolás Moya murió en Madrid los últimos días de la Guerra Civil (1939) dejando a la Teodosia viuda y con dos rapazuelos: Nicolás y María. Y la otra hermana tuvo con el Riachero otros dos hijos: Pepe Tarancón –que fue después muchos años utillero del equipo de fútbol venturreño-, y Carmen “La Loca”, pobrecilla muchacha afectada por una enfermedad nerviosa –el Baile de San Vito- que la llevó a la tumba en plena adolescencia.

Son historias largas que en algo me afectaron, pues yo nací en una casa frente a la entrada de este callejón y en él y la propia Calle de los Huertos discurrió mi infancia, algunas veces de la mano de la pobre y desgraciada Carmen Tarancón “La Loca”, que nunca estuvo loca, sino enferma.

Al morir la tía Amadea, el tío Inocente, que no quería estar solo, pensó en contratar una mujer ya entrada en años para que le atendiese y un buen día apareció por allí la tía Dolores, quien le cuidó tan perfecta y cariñosamente que, según confesaba ella en la tertulia vecinal del callejón y la calle, declaró estar al servicio del tío Inocente “por cinco duros mensuales... ¡y para todo!”.

¡Bendito sea el Callejón del Tío Inocente, donde su mujer, la tía Amadea, casi me crió y destetó, según ella, enseñándome a balbucear las primeras palabras!

18.- CALLEJÓN DE LA SORDA

Bajando la Calle del Sindicato Agrícola hacia la Cuesta de la Noguera, a un centenar de metros, a la derecha, se abre un callejón bastante ancho, casi rectangular, al que daban o recaían los corrales o servidumbres traseras del tío José y el tío Bruno López, de mote –junto a su hermano Alejandro– “Los Chasquitos”, que vivían en la propia calle del Sindicato. También daban al callejón las portadas traseras de la vivienda de D. José Ruiz Albadalejo –antes de Ricardo Marín, y después, de Raimundo Moya-. y en el fondo del callejón había tres viviendas, una en planta baja, la de Bernardino Martínez “Viñuelas”, y dos a las que se accedía por escalera, a la derecha la de Eduardo González “El Largo”, y en el centro, la de Aurelio Cárcel y Dolores Hernández, esta última, Dolores “La Sorda”, quien, por fas o por nefas, casual o intencionadamente sugirió en la gente vecina –y no tan vecina- el nombre de Callejón de la Sorda, que nunca fue malintencionado ni malévolo, que quedó así para la posteridad –hasta que se olvide-; la verdad es que bien pudo llamarse de los Chasquitos, pero como ya tenían uno adjudicado a su nombre en la Calle de la Fuente, se quedó con lo de la “Sorda”, cuya familia nunca se molestó ni quejó por ello: era algo familiar y amistoso.

Verdaderamente es que la tía Dolores estaba como una tapia de sorda. Su marido, Aurelio Cárcel, encargado general de la fábrica de alcohol Vento Galindo, chispeante, coplero, chocarrero y más bondadoso que el propio pan, no tenía empacho en adjudicar a su mujer algún chistecillo rozando la

intimidad conyugal y familiar, sin que nadie se enfadara, cosa que también procuraba y alentaba su hijo Aurelio, el famoso “Areli” de mi amistad y compañero de alguna juerguecilla, en el mismo tono. Y es que la Dolores se quedó sorda en sus tiempos mozos; y era admirable, sencilla, buena, trabajadora y siempre al halago de su marido y demás familia, y llevaba la sordera con tal paciencia, que jamás la vió airada o molesta. Claro esta, que, por ello, el tío Aurelio se sacaba o inventaba chascarrillos que “ves y busca” si eran verdad o fruto de su invención, a base de los sordos oídos de la buena mujer... Alguna vez dijo Aurelio que, al acostarse, cuando la Dolores ya lo había hecho, buscando acomodo en la cama, le decía: “Hazte p’ allá”, y la Dolores, atenta a sus deseos, contestaba: “Ya estoy prepará”... Eran cosas de Aurelio, su buen humor y su sólida honradez... y, como ya he dicho, no le iba a la zaga su hijo “Areli”, quien lo mismo le sacaba versos y cantares no muy limpios a la tía Genoveva que a la tía Restituta, ambas vecinas de la hoy Plaza de la Constitución, donde en el verano y el buen tiempo se reunía la muchachada masculina para divertirse.

19.- CALLEJÓN DE CHICHARRAS

Ni el vecindario de más solera de la Picota, el barrio de Jaraguas y parte de El Parchel, sabía donde se encontraba el Callejón de Chicharras. Nosotros, los alumnos escolares de D. Victorio Montes y de D. Segundo Latorre, sí que lo sabíamos, pues nos servía de patio y lugar de recreo, ya que ninguna de las dos escuelas de niños tenía patio alguno para jugar, correr o hablar durante la media hora de descanso o recreo escolar.

El Callejón de Chicharras o de los Chicharras se halla, bajando la calle del Sindicato, en su parte izquierda, y, como antes se dice, estaba aldeaño a las escuelas de niños –que ocupaban, una la planta baja y otra el primer piso–, en una casa propiedad del tío Chicharras, Santiago Fernández, que heredaron después sus hijos, Salomé y Santiago Fernández Tello, quienes las alquilaron por varios años y por poco precio, que cobraban como se cobraban las “cosas del Ayuntamiento”: “tarde, mal y nunca”, un dicho que en este caso era verdad en sus dos terceras partes e incierto en la última. Ambos Chicharras, cuya casa de la calle de los Arcos, después de Victorio Montes, había servido de cafetín y casino, vivían en dicha calle, fabricando turrones

y caramelos la tía Salomé, al quedarse viuda, y ejerciendo el oficio de picapedrero Santiago, -mejor dicho, Santiaguete, que era de no muy alta estatura-, bondadoso y chascarrillero y presidente de la sindical UGT y alcalde durante algún tiempo cuando lo de la Guerra Civil.

Hablando del callejón y de su escasa historia, debo decir que en el mismo no había casa-vivienda alguna; todo eran corrales, corralillos y su fondo, todo tapiado y sin vano alguno, daba concretamente a la ollería de la tía Rafaela Escrich, ya en aquellos tiempos, de su hijo Ignacio Ponce Escrich “El Ollero”, cuya entrada principal estaba al final de la Calle de los Huertos, que ya no era ollería aunque así se apodaran los Ponce Escrich, sino tejería y fábrica artesana y familiar de adobes y ladrillos.

Buen recuerdo me queda de este callejón, al que me asomaba, de vez en cuando, desde el local de la escuela de D. Victorio Montes, por una ventana del cuarto trastero y almacén de leña para la estufa, leña de carrasca y matojos que solía comprar D. Victorio a sus expensas, primero para lumbre del pequeño hogar con chimenea, y después, cuando ya la vejez le dolía y atenazaba, en el entonces moderno descubrimiento de la estufa con sus cañones en hilera por lo alto del techo para ir a salir por el balcón...

20.- CALLEJÓN DEL TÍO CUELQUES

Bajando a la Cuesta de la Noguera por la Calle del Sindicato Agrícola, en las últimas estrecheces de la parte derecha, se abría en recodo y recoveco el Callejón del Tío Cuelgues, cuyo tapial izquierdo entrante ya recaía sobre los huertecillos ribereños a la Albosa por la parte de Los Desmayos. Singular callejón –hoy bifurcado- que todavía en su fondo se escondía más para albergar la vivienda del tío José Hernández Cano, el primogénito de la familia apodada, desde mucho tiempo antes, los Cuelgues, y que en mis recuerdos de la década entre los 20 y los 30 del siglo XX, eran los hermanos José, Ramón, Miguel, José María, Santiago, María, Cleta, Carmen... Gentes jornaleras y a veces industriales, los Cuelgues, de los que en general y particularmente de cada uno de ellos podría escribirse bastante, por su fama de honradez y esfuerzo que,

en ratos de ocio derivaban al chascarrillo desenvuelto y alegre, aunque era tradicional en ellos la seriedad dentro de su humilde condición trabajadora.

El Callejón del Tío Cuelgues, que, como ya se ha dicho, era estrecho y retorcido en el extremo sur del pueblo, albergaba a la familia del tío José, de cuya primera mujer tuvo un hijo, también llamado José y que tenía por mote “Chepe”; vuelto a casar con la tía Paca –que era a modo de modista, pantalonera y camisera-, vivió el tío José dedicado a cultivar algunos chirricales de la Cuesta de la Noguera, que no le daban más que para mal vivir, hasta que un día (allá por 1930) murió de pura vejez.

Muchas cosas se contaron de los Cuelgues, en particular del mayor, que dio nombre a este Callejón, el tío José, y del benjamín de la familia, el tío Santiago. Del tío José, flemático y sentencioso, hay algunas anécdotas que mueven a la carcajada... Se cuenta que, por primera vez en su vida salió del pueblo para “servir al rey”, o sea, hacer el servicio militar; y al cabo de tres meses volvió con permiso al pueblo; lleno de suficiencia y sabiduría, al ir al huerto preguntó a su padre: -“Padre, ¿qué arbolitos son estos?”..., y lo decía contemplando las matas de patatas que él mismo había sembrado tres meses antes.

Era el tío José larguirucho, con la nuez del garganchón subiendo y bajando a medida de su copiosa charla, bastante serio y ecuánime en sus sentencias de hombre campesino, entre las carencias que siempre le agobiaron.

Aquí quedó para siempre su callejón... ¿Y de dónde le vendría a esta familia el apodo de Cuelgues? ¿Tendría algo que ver en ello el modo subjuntivo del verbo “colgar”? ¿Y por qué razón?...



Calle
LAS CUATRO
ESQUINAS
N.º 2

Los callejeros de las seis aldeas de Venta del Moro

Tras los comentarios y glosas histórico-populares, antiguas o modernas, de las calles y plazas del pueblo capitalino VENTA DEL MORO, se impone por mera lógica hablar y comentar lo que se sepa o pueda averiguarse sobre los respectivos callejeros de las SEIS aldeas pertenecientes a nuestro Municipio y Término Municipal o territorio.

Siempre que podamos remontarnos a la memoria histórica o apelando al recuerdo y costumbrismo de sus moradores, se hará mención de las diversas denominaciones o rotulaciones callejeras aldeanas, y seguirá el comentario que corresponda, ya que, al fin y al cabo, sea cualquiera el nombre que lleven será por una causa lógica o por adjudicación costumbrista o anecdótica, aparte las que se refieren a parajes y servicios comunales más o menos antiguos, que suelen ser con frecuencia repetidas en algunas otras aldeas.

Se inician los callejeros aldeanos con una relación alfabética del listado de sus calles y plazas, datos que actualizados por el Ayuntamiento de Venta del Moro, figuran, tras el acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995, en la correspondiente revisión efectuada por la Agencia Territorial del Catastro de Valencia, en febrero de 1996, en el listado oficial conjunto de todos los núcleos habitados (pueblo, aldeas y caseríos diseminados) hecho en 1997.

Y tras los seis callejeros de JARAGUAS, CASAS DE PRADAS, CASAS DE MOYA, CASAS DEL REY, LOS MARCOS y LAS MONJAS, como históricamente sabemos que hasta hace medio siglo escasamente las aldeas venturreñas eran ONCE, adjuntamos relación aparte de todas las desaparecidas como tales (Pedriches, La Fuenseca, Los Cárceles, Santa Bárbara y El Retorno) a efectos de constatar su existencia en el tiempo y en su propio

espacio (en algún caso ya desaparecido); completando la relación con los caseríos que hoy constan como DISEMINADOS, y también los que en otras épocas estuvieron habitados y ya no están, llegándose hasta su total desaparición. Unos figuran en la revisión Catastral de los últimos años del pasado siglo XX, y otros ya quedaron “borrados del mapa” como si “aquello” no hubiera existido nunca.

Menos mal que todavía quedará algo escrito en las dependencias municipales sobre ellos, porque la tradición y la memoria –si no se transmiten de padres a hijos-, suele fallar y se abisma en el olvido.



JARAGUAS

La mayoría de las 36 denominaciones de las calles y plazas de Jaraguas se remontan a más de un siglo. Particularmente las que se refieren a lo rural y a la toponimia comunal, así como a las localizaciones de lugares y parajes que no necesitan más apelativos, pues lo expresan claramente.

Únicamente en los últimos tiempos algunas de las calles de la antiquísima y más populosa aldea de Venta del Moro, la Jaraguas de indudable raíz árabe (algunos remontan el nombre a la época colonizadora púnico-fenicia) cambiaron algunos rótulos, o por no ser procedentes o falta de representatividad. Así, por acuerdo municipal del Ayuntamiento, de fecha 15 de septiembre de 1995, visado por la Gerencia Territorial del Catastro de Valencia de 8-2-1996, se dio lugar a esta actualización:

- La calle del Puente Viejo, cambió por Avda. Maestro José Plaza.
- La calle del Prado, pasó a titularse del Maestro D. Martín Martí.
- La calle Torrijo y Vino, se cambió por calle de la Juventud.
- La calle de la Senda, pasó a ser de La Pesquera.
- El callejón de Teófilo, paso a llamarse calle de Villajoyosa.
- La calle de la Huerta, cambió su nombre por Encaño.
- La calle En Proyecto, se llamó del Primero de Mayo.
- La calle Champiñonera pasó a llamarse del Campillo.

La calle de Buena Vista pasó a llamarse de D. Pascual Carrión.

Tras estas puntualizaciones, y aclarar que hay un nombre repetido en este callejero jaragüense, pues hay una calle y una plaza con el mismo nombre de San Felipe –y además naciendo la una de la otra-, trataremos de agruparlas por afinidades bastante concretas:

- Históricas o conmemorativas: Primero de Mayo, Imperio, Juventud.
- Ciudades y pueblos: Valencia, Villajoyosa, La Pesquera.
- Comunales: Patio, Fuente, Fútbol, Molino, Trinquete, Eras,

Campillo, Bodegas.

-Religiosas: Iglesia, San Francisco Javier, San Felipe (2).

-Personajes: Cid, Pascual Carrión, Manuel Espartero, Maestro José Plaza y Maestro D. Martín Martí.

-Parajes y lugares urbanos y rurales: Almendros, Alto, Barrio Nuevo, Cambrillas, Cantarranas, Castillo, Chopera, Cuatro Esquinas, Cuesta, Encaño, Nueva, Peñas, Río y Rambla.

De todas ellas, hay denominaciones tan claras y rotundas, que no tienen otra historia que la de su propio nombre y situación; como igualmente sucede en lo participativo y comunal del mundo rural, siendo también bastante parca la participación en el callejero de ciudades y pueblos más o menos cercanos, aunque con dedicación especial a Valencia.

En el aspecto religioso y devoto se entiende perfectamente el nombre de calle de la Iglesia (la primera ermita o iglesia se remonta a los comienzos del siglo XVIII -1712- construida a expensas de una docena de familias que por entonces habitaban en Jaraguas) y ya dedicada a San Francisco Javier, cuya devoción estaba extendida por España, a quien aquí se ha venerado desde entonces con singular amorosidad, por lo que es natural se le haya dedicado la plaza que lleva su nombre.

Aunque no aparece en el callejero jaragüense ningún rótulo a nombre de la otra Patrona de Jaraguas, Nuestra Señora de los Desamparados, si que aparece en lugar destacado: la antigua y bonita Fuente Pública.

En el caso de que por partida doble, calle y plaza, aparezca la denominación de San Felipe, ignoramos el motivo o causas de esta doble dedicación; a no ser por haber residido en ellas alguna saga o clan familiar de cierta relevancia: los Felipes.

En lo político y conmemorativo, el nombre del Primero de Mayo, Fiesta Universal del Trabajo, honra democráticamente con su especial significación al vecindario de Jaraguas.

Ya hemos dicho que las calles dedicadas a parajes, lugares comunales de ocio o trabajo, y las de mera localización, hablan por sí solas, siendo en

este aspecto muy similares o iguales a las que en aldeas y pueblos hermanos aparecen como tales.

Especial atención merecen las dedicadas a personajes célebres o muy apreciados en la localidad por varias o diversas razones, generalmente benefactores para el progreso, la educación y el bien común.

Como personaje histórico antiquísimo aparece el nombre del Cid en una calle: fue Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, que no anduvo muy lejos en sus correrías por Requena (1089) y la toma de Valencia (1093).

Nos ha suscitado alguna duda la denominación de Manuel Espartero, que con este nombre rotula una calle jaragüeña. Tras algunas noticias e investigación sobre ello, viene a resultar que esta rotulación no es muy antigua (creemos data de los últimos años de la década de los 80 del pasado siglo XX) y obedece a que en la misma habitaba una familia cuyo patriarca se llamaba Manuel y su oficio o dedicación corriente era hacer “pleita” y otros enseres de esparto, por lo que se le apodaba “Espartero”. Alguien colocó el rótulo y así se ha quedado, sin que ello suponga ningún encumbramiento, pero tampoco ningún menosprecio.

La dedicatoria que se le hizo merecidamente (acuerdo de 15-9-95) para rotular una calle con el nombre de D. Pascual Carrión, no pudo ser más meritoria. Ingeniero Agrónomo, Director de la Estación de Viticultura y Enología de Requena y propulsor del movimiento cooperativo agrícola y vitivinícola de nuestra Comarca, así como su talante bondadoso y liberal (Subsecretario de Agricultura algún tiempo de la 2ª República e impulsor de la Reforma Agraria) ha sido siempre recordado. Vivió entre 1891 y 1976.

Y algo que honra mucho a las fuerzas vivas y a todo el vecindario de Jaraguas es el hecho de haber dedicado sendas calles a dos de sus más esclarecidos y distinguidos Maestros de Escuela: D. Martín Martí Mercadell, y D. José Plaza Peris, en diferentes épocas. Sin duda alguna ambos entregados a una labor docente eficacísima extendiéndola a todo el vecindario en el campo de lo social, lo artístico y lo deportivo; extensión al pueblo, que ya se inclinaba hacia lo progresista, sin olvidar lo

tradicional y costumbrista de Jaraguas, en las diferentes épocas en que ejercieron su misión instructiva y educativa.

-Don Martín Martí Mercadell, procedente de Valencia, fue según nos dice el jaragüeño amante de la cultura local, Carlos Beltrán Navarro, en su libro “Jaraguas. Recuerdo del Pasado” (año 2002), “el mejor Maestro que ha tenido Jaraguas en el siglo XX, con grandes recuerdos de nuestros padres, que durante su vida nos han contado muchas cosas de este sensacional Maestro”.- Debió regentar la por entonces Escuela Mixta de Jaraguas durante el primer cuarto del siglo XX pasado. Testimonios gráficos que se remontan a 1918 nos muestran a este Maestro rodeado de más de cincuenta alumnos de ambos sexos. Debió ser un gran profesional entregado totalmente a la instrucción y educación de la infancia jaragüeña, así como consejero de adultos y familias. Lo avalan, como ya se ha dicho, el recuerdo que, de padres a hijos, se ha ido transmitiendo sucesivamente.

-Don José Plaza Peris, Maestro Nacional, oriundo de Higuieruelas (Valencia), ejerció su labor docente en Jaraguas entre los finales años cuarenta y los sesenta del pasado siglo XX. Vivió, con su esposa (Doña Rosa) y dos hijas en Jaraguas, demostrando gran eficacia e interés por todo lo que supuso educación, cultura, arte y deporte en el ámbito jaragüeño, haciendo extensiva su labor desde la escuela hasta la promoción de la juventud: el equipo de fútbol (del que fue entrenador y director) hasta lograr éxitos en su categoría; la creación y formación de una Banda de Música, que dio cierta celebridad y relieve a Jaraguas, etc.. El Maestro Plaza fue de todo, tanto educando como formando y modelando culturalmente a niños y jóvenes. Méritos más que suficientes para que Jaraguas, agradecida, le dedicara una calle.

CALLEJERO

Calle de los Almendros
Calle del Alto
Calle del Barrio Nuevo
Calle de las Bodegas
Calle de Cambrillas

Calle del Campillo
Calle de Cantarranas
Calle del Castillo
Calle de la Chopera
Calle del Cid
Calle de las Cuatro Esquinas
Calle de la Cuesta
Calle del Encaño
Calle de las Eras
Calle de la Fuente
Calle del Fútbol
Calle de la Iglesia
Calle del Imperio
Calle de la Juventud
Calle de la Pesquera
Calle del Maestro D. José Plaza
Calle del Maestro D. Martín Martí
Calle de Manuel Espartero
Calle del Molino
Plaza Nueva
Calle de Pascual Carrión
Calle del Patio
Calle de las Peñas
Calle del Primero de Mayo
Calle de la Rambla
Calle del Río
Calle de San Felipe
Plaza de San Felipe
Plaza de San Francisco Javier
Calle del Trinquete
Calle de Valencia
Calle de Villajoyosa



CALLE
MONJAS

CASAS DE PRADAS:

En la Aldea de Casas de Pradas, como en el resto de las seis que junto al pueblo capitalino forman nuestro Municipio de Venta del Moro, gran parte de sus calles o plazas ostentan, en su mayoría rótulos antiguos, y muchas veces, por la ruralidad del entorno y servicios comunales se repiten en algunas aldeas.

Últimamente, por acuerdo del Ayuntamiento de 15 de septiembre de 1995, se verificó una actualización que, en el caso de Casas de Pradas afectó a ocho antiguas denominaciones que fueron cambiadas de la siguiente forma:

- Calle del Transformador, por Calle Maestro D. Juan Roig
- Plaza de la Fuente, por Plaza de la Libertad
- Callejón de los Gatos, por Calle de los Tolluelos
- Plaza de Enrique Vidal, por Plaza del Maestro D. David Pastor
- Calle del Río, por Calle de Cartagena
- Plaza del Olmo, por Calle del Olmo
- Calle Centro Parroquial, por Calle de D. Rogelio Vinaja
- Calle de San Luis, por Calle de Luis Beltrán.

Tras lo dicho, quedan 32 calles o plazas, que agrupamos así:

Apodos: Cartagena.

Históricas: Libertad.

Personajes: David Pastor, Juan Roig, Rogelio Vinaja, Román Ochando y Luis Beltrán.

Poéticos y amenos: Aire, Buenavista, Delicias, Flores, Paloma

Agrarias e industrias: Tejar, Eras de Abajo, Eras de Arriba, Fuente, Molino.

Topónimos y parajes: Aldea de Las Monjas, Venta del Moro-Isidros, Peñas, Palomares, Olmo, Tolluelos.

Religiosas: Bajada de San Antonio, Carmen, San Gregorio, San Pedro, Santa María, Santa Teresa, Virgen de Loreto, Virgen del Pilar, Virgen de los Desamparados.

No es extraño el nombre de San Gregorio, Patrón de Casas de Pradas, que con San Antonio Abad, y el cuarteto de advocaciones marianas (María, Loreto, Pilar, Desamparados) siempre gozaron de gran devoción entre el vecindario, de antes y ahora.

Y aparte de la gloriosa Libertad, que en otros lugares se refleja en Constitución u otras resonancias democráticas, conjunción de derechos y deberes para la convivencia, en el caso de Casas de Pradas se cimenta y consolida en los rótulos de sus personajes.

De ellos podemos decir lo siguiente:

-Don Román Ochando Valera.- Natural de Fuentealbilla, vivió tras su jubilación como Ingeniero Jefe de Obras Públicas de Valencia en Casas Ibáñez. Fue promotor de varias carreteras nacionales (Requena-Albacete-Almansa), Ferrocarril Baeza-Utiel, que favoreció en gran medida a nuestro pueblo y aldeas, persona muy querida durante y después de su ejercicio; se le tributó un gran homenaje en Utiel en 1927.

-Don David Pastor González.- Maestro Nacional que ejerció en Casas de Pradas con gran eficiencia y bondad. Fue muy popular y querido por todos, pues se prodigaba tanto en la escuela con atenciones y consejos a niños y adultos. Fueron los años de la década de los 60. Don David trató de promocionar asuntos importantes de esta Aldea: Teatro de aficionados, elevación de aguas de la antigua fuente hasta el centro ciudadano, etc.

-Don Rogelio Vinaja Guardia.- Médico que ejerció su profesión en Casas de Pradas entre los años 40 y los 60 del pasado siglo XX. Llegó a Casas de Pradas como desterrado al ser represaliado al final de la Guerra Civil (1936-1939) por haber sido Comandante Jefe de Sanidad en una División del Ejército de la República.

Fue un gran médico y una gran persona, de probada solvencia en todos los campos. Se dedicó por entero a esta Aldea –y lugares vecinos- y aquí pasó el resto de su vida. Falleció en 1963 y sus restos yacen en el cementerio de Casas de Pradas.

-Don Juan Roig Soler.- Maestro Nacional que ejerció sus funciones educativas en Casas de Pradas con gran eficiencia y cariño. Algunos de sus discípulos le recuerdan con extraordinario afecto y respeto (por ejemplo: Don Roberto Arroyo Descalzo, Maestro Nacional, ya jubilado en Requena, fue uno de sus discípulos predilectos). Vivió bastantes años, con su esposa D^a. Purificación Bibiloni –que era Practicante Titular de Venta del Moro- y sus hijos en esta Aldea, y sus méritos (década de los años 50 del pasado siglo) como profesional y como persona le hicieron acreedor a distinciones y homenajes.

-Luis Beltrán Jiménez.- Alcalde de Venta del Moro, durante 12 años, en la segunda etapa socialista –tras la época de Cecilio García Onielfa-. En su tiempo se actualizó el callejero venturreño (acuerdo municipal de 15-9-1995; visado por la Gerencia Territorial del Catastro de Valencia, el 8 de febrero de 1996). En 2007 ha vuelto a ocupar la alcaldía de Venta del Moro por haber conseguido su partido político -PSOE- la mayoría, con 5 concejales de los 9 que forman la Corporación Municipal.

CALLEJERO

Calle del Aire
Calle Aldea de Las Monjas
Calle Bajada de San Antonio
Calle de Buenavista
Calle del Carmen
Calle de Cartagena
Calle de las Delicias
Calle Eras de Abajo
Calle Eras de Arriba
Calle de las Flores
Calle de la Fuente
Plaza de la Libertad
Calle de Luis Beltrán
Calle del Maestro D. David Pastor
Calle del Maestro D. Juan Roig
Calle del Molino



Calle del Olmo
Calle de las Palomas
Calle de Palomares
Calle de las Peñas
Calle de Rogelio Vinaja
Calle de Román Ochando
Calle de San Gregorio
Calle de San Pedro
Calle de Santa María
Calle de Santa Teresa
Calle del Tejar
Calle de los Tolluelos
Calle de Venta del Moro-Los Isidros
Calle Virgen de Loreto
Calle Virgen del Pilar
Calle Virgen de los Desamparados.



CASAS DEL REY

Como en el resto de las seis Aldeas que con esta nomenclatura y categoría pertenecen al municipio de Venta del Moro, los nombres de calles y plazas de Casas del Rey abarcan denominaciones bastante comunes y genéricas en el mundo rural y sus núcleos poblados, añadiendo otros nombres que caracterizan a la Aldea, conservando además lo que de tradicional y devoto legaron generaciones anteriores.

Son 31 las calles y plazas que conforman el callejero de Casas del Rey –lugar que alguien, en momentos de exitosas misiones católicas promovió cambiase de nombre por “Casas de Cristo Rey”; y que, en otros momentos de excitación revolucionaria, alguien pretendió llamarla “Casas de Lenin”.

Son, como antes se dice, treinta denominaciones (una se repite, como calle y como plaza: Gervasio Haya) que desde antiguo han venido rotulando este callejero aldeano sin apenas cambios ostensibles en el tiempo. Únicamente, por acuerdo municipal del Ayuntamiento de Venta del Moro de 15 de septiembre de 1995, hubo seis cambios de nombre:

- La calle de la Cooperativa pasó a llamarse Calle de El Molar.
- El Callejón del Desagüe pasó a llamarse Calle de Cuenca.
- La Calle del Olmo se cambió por Calle del Sol.
- El Camino de los Huertos, pasó a ser Camino de Casas de Pradas.
- La Plaza-parque José Carrasco, cambió por Plaza de Ramón y Cajal.

Así podemos agrupar estas calles por afinidades, resultando:

- Históricos.- Rey, Reina.
- Personales.- Gervasio Haya (2), Ramón y Cajal.
- Comunales.- Escuelas, Fuente, Jardines, Fútbol.
- Topónimos.- Cuenca, Caminos a Casas de Pradas, Venta del Moro, a la Bullana, a Casas de Moya, y Carretera a Casas de Moya.

-Localizaciones y rurales.- Isla, Sol, Palmera, Aire, Presa, Rambla, Serranos, El Molar, Huertos.

-Religiosos.- Iglesia, La Merced, Ángel, San Antonio, San Juan, San Luis, San Vicente.

Fácil es comprender estas denominaciones cuya dedicación va de lo más corriente, lógico y natural en el mundo rural, hasta lo devoto y lo tradicional, pasando por las altas instancias del Rey, la Reina, -que por algo es llamada así la Aldea- y los topónimos vecinales.

Hacemos un recuerdo a la Patrona Nuestra Señora de la Merced y su festividad (24 de septiembre), orgullo y veneración del vecindario siempre fiel.

Y en cuanto a los personajes que honran el callejero, uno de ellos de celebridad casi universal, D. Santiago Ramón y Cajal, Premio Nobel de Medicina, gloria y honra de España, vivió entre 1852 y 1934, y es merecedor de homenajes y rotulaciones.

En cuanto al patricio, promotor y defensor de esta Aldea, D. Gervasio Haya –cabeza de la estirpe de “Los Gervasios” en Casas del Rey, con su parigual rama, también de apellido Haya, “Los Justos”-, dio y dieron celebridad y fama por su hombría, laboriosidad, extensión expansiva del apellido. Una de estas ramas, Cruz Haya Ruiz, llegó a ser en Requena Condesa de Plegamáns, y su hija, Teresa Ferrer de Plegamáns Haya, Condesa de Plegamáns y Villamar.

Su tío, Gervasio Haya, las apadrinó y administró sus dotes y riquezas.

CALLEJERO

Calle del Aire

Calle del Ángel

Calle Camino de casas de Pradas

Calle Camino de la Bullana

Calle Camino de Venta del Moro

Calle Carretera de Casas de Moya
Calle de Cuenca
Calle del Molar (El Molar)
Calle de las Escuelas
Calle de la Fuente
Calle del Fútbol
Calle de Gervasio Haya
Plaza de Gervasio Haya
Calle de los Huertos
Plaza de la Iglesia
Calle de la Isla
Avenida de los Jardines
Calle de la Merced
Plaza de la Palmera
Calle de la Presa
Calle de la Rambla
Plaza de Ramón y Cajal
Calle de la Reina
Calle del Rey
Calle de San Juan
Calle de San Vicente
Calle de los Serranos
Calle del Sol
Calle de San Antonio



CASAS DE MOYA

A la vista la relación de calles y plazas de casas de Moya, en total 22, se observa que su adjudicación, dedicación y consiguiente rotulación se verificaron durante el pasado siglo XX, sin apenas variación desde el principio, salvo las que la modernidad impuso. La actualización verificada por el Ayuntamiento en 1995, prácticamente no afectó a esta Aldea (salvo ser subsanado el error de “Rullana” por Bullana), siguiendo con las denominaciones anteriores.

Agrupándolas por afinidades, más de una tercera parte de ellas están dedicadas a la religiosidad y veneración, tanto a su Santo Patrón –San Antonio Abad, a quien se dedicó la plaza-, como a otros santos e instituciones católicas, como seguidamente se observará. Las demás, salvo la dedicada a un personaje ilustre, político al que se consideró benefactor de esta Aldea (Marín Lázaro) y otra a un hecho histórico, las demás se refieren a localizaciones, agricultura e industrias agrarias, topónimos y servicios comunales. Se distribuyen así:

-*Topónimos*: Bullana

-*Históricas*: Dos de Mayo

-*Localización*: Nueva, Costerilla

-*Comunales*: Escuelas, Pozo, Bar

-*Agrarias* y afines: Cooperativa, Almacenes, Huertos, Flores, Viñas, Olivares

-*Personajes*: Marín Lázaro

-*Religiosas*: Iglesia, Esperanza, Seminario, San Antonio Abad, Santa Teresa, San Luis, San José, San Juan Bosco.

De lo anterior se resalta particularmente el influjo que en los años anteriores y posteriores a la guerra civil de 1936-1939, tuvo la Iglesia en esta Aldea, promovido por el maestro D. José Remacha Ramos, y la instalación de un modo de Seminario menor y centro de misiones rurales comarcanas que comenzó en los años veinte del pasado siglo; de cuya labor educa-

tiva del maestro Remacha, aumentada por su entrega asistencial como Practicante de Medicina, se guardó grata memoria.

Por supuesto, la veneración principal a San Antonio Abad (17 de Enero) era secular y de enorme arraigo.

En cuanto al ilustre personaje, D. Rafael Marín Lázaro, diremos que fue Diputado a Cortes, abogado de gran prestigio, del partido conservador, utielano de nacimiento, rival político de D. Fidel García Berlanga, con una gran personalidad, a quien también se debieron algunos logros en razón a su labor como Diputado en 1920 y siguientes, Llegó a ser Subsecretario de Gracia y Justicia en el Gobierno de Dato (1921).

Como nota simpática y referencia histórica, Casas de Moya dedicó a la fecha gloriosa del “Dos de Mayo” una calle. Fue el 2 de mayo de 1808 cuando empezó en Madrid la Guerra de la Independencia contra Napoleón.

CALLEJERO

Calle de los Almacenes
Calle del Bar
Calle de la Bullana
Calle de la Cooperativa
Calle de la Costerilla
Calle del Dos de Mayo
Calle de las Escuelas
Calle de la Esperanza
Calle de las Flores
Calle de los Huertos
Calle de la Iglesia
Calle de Marín Lázaro
Calle Nueva
Calle Olivares
Calle del Pozo
Plaza de San Antonio Abad
Calle de San José

Calle de San Juan Bosco
Calle de San Luis
Calle de Santa Teresa
Calle del Seminario
Calle de las Viñas



R
J C
AÑO
1954
FDS ANTINO

LAS MONJAS

Cotejando esta relación de calles y plazas de la Aldea de Las Monjas, con su correspondiente plano, se observa una arteria central, de norte a sur, a la que abocan, directa o con escasa derivación, las demás. En total 19 rotulaciones: una avenida, dos calles (al mismo tiempo caminos) y el resto, en su mayor parte anchurosas debido a la llanura en que se halla esta Aldea, o bien delimitándola (caso de la calle del Pozo) o encaminándose al eje central (la Avenida de Lucía Garrido Pardo).

Las rotulaciones corresponden, como sucede en los pequeños núcleos rurales, a varias circunstancias, imperando las de carácter comunal, agrícola y servicios, aparte la dedicación a ilustres personajes que dieron fama al lugar y en algo lo beneficiaron.

Agrupándolas así, y haciendo observar primeramente que en la actualización del callejero venturreño y aldeano (acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995) se cambiaron los prosaicos nombres de las calles de Corrales, Bodegas y Almacenes, por las de La Paz, Albacete, y del Frontón, trataremos de agruparlas por sus afinidades:

- Personajes* universales: Colón, La Paz
- Personajes* locales ilustres: Lucía Garrido Pardo, Conde de Villamar, José Navarro y Orencio Pérez
- Ciudades*: Requena, Albacete
- Rurales* y agrícolas: Cooperativa, Flores, Huerta, Granja y Viñas
- Servicios* comunales: Cementerio, Escuelas, Frontón, Pozo
- Religiosos*: Carmen, San Antonio.

De la clasificación o agrupamiento anterior viene a deducirse que los nombres adjudicados a las calles que aluden a lo rural y a los servicios comunales, viene de antiguo, como sucede generalmente en los núcleos campesinos, destacando por su mayor modernidad el de la Cooperativa.

Idéntico criterio es el seguido para rotular las calles dedicadas a Requena y a Albacete (olvidando Valencia, Cuenca, etc.). Claramente el tema religioso queda bien significado en el callejero de Las Monjas: Nuestra Señora del Carmen y San Antonio de Padua son sus Patronos, a los que en sus respectivas fiestas (16 de julio y 13 de junio) son venerados con la tradicional fe del vecindario.

Capitulillo aparte merecen los personajes a los que se dedican calles o plazas en esta Aldea. Dejando aparte la universalidad y fama de Cristóbal Colón, descubridor del Nuevo Mundo para la Humanidad y para la grandeza de España, tenemos aquí cuatro nombres que dieron fama a Las Monjas:

-Doña Lucía Garrido Pardo.- Casada con D. Ramón Sáiz de Carlos, famoso farmacéutico en Requena y Madrid por sus específicos de laboratorio, ya viuda, en 1928 construyó a sus expensas la Iglesia y la Escuela de Las Monjas. Fue dama insigne, bondadosa y muy amante de su aldea en donde vio la primera luz. Su padre, D. Juan Crisóstomo Garrido Lázaro, descendía directamente de quien hizo construir (a comienzo del siglo XVIII) la “Casa Garrido”.

-El Conde de Villamar.- D. Fernando Hernández de la Figuera, muerto despiadadamente en 1936, muy ligado a esta Aldea por razones de territorialidad y colonización de tierras y viñas desde su finca de la Casa Garrido, hizo posible la elevación económico-social de Las Monjas en los parajes de Casa Nueva y Casa Blanca, mostrando su carácter afable y ciertamente liberal desde su encumbramiento aristocrático.

-Orencio Pérez Garrido.- Primo hermano de D^a Lucía Garrido (antes citada y comentada) fue un hombre de la política liberal de las primeras décadas de nuestro siglo XX. Fue varias veces concejal del Ayuntamiento de Venta del Moro, representando a la Aldea de Las Monjas, con eficiencia y afán. Ya, desde 1912, solicitó –en unión del vecino de Las Monjas, Julián Moya- la cesión de solares para la iglesia y la escuela, edificaciones que después logró D^a Lucía Garrido. Recordamos que un hermano suyo, Francisco Pérez Garrido se casó y formó familia en Venta del Moro con Consuelo Castillo, hija del entonces Alcalde José M^a Castillo.

-José Navarro Moya: Labrador natural y vecino de Las Monjas, a quien se rotuló con su nombre la calle en que, desde sus antepasados, y el mismo vivió, padre de una numerosa familia (diez hijos, siete varones y tres hembras) con gran probidad y honradez. Quien esto escribe conoció la amistad y el compañerismo de dos de sus hijos: Higinio y José Navarro Martínez; al primero por sus aficiones musicales de acordeonista, y al segundo por ser de la “Quinta del Biberón” y haber combatido en el frente de Teruel hasta el final de la guerra (1938-39), en la 39 Brigada Mixta, Batallón “Sigüenza”, en la misma unidad que quien esto escribe.

CALLEJERO

Calle de Albacete
Calle del Carmen
Calle del Cementerio
Calle de Colón
Calle Conde de Villamar
Calle de la Cooperativa
Calle de las Escuelas
Calle de las Flores
Calle del Frontón
Calle Camino de la Huerta
Calle de José Navarro
Calle de La Granja
Calle de La Paz
Avenida Lucía Garrido Pardo
Plaza de Orencio Pérez
Calle del Pozo
Calle de Requena
Calle de San Antonio
Calle de las Viñas



LOS MARCOS

A la simple lectura de las 24 denominaciones de las calles (de ellas una avenida y una plaza) de Los Marcos, se observa con claridad que en esta Aldea –una de las seis que actualmente con dicha categoría se integran en el municipio de Venta del Moro–, se atendió desde tiempos antiguos a rotularlas con nombres relativos a servicios, parajes, orientación, cultivos, industrias agrarias y religiosidad. Solamente una de ellas atiende al apodo de un personaje (“Moreno”). El resto es fácil de agrupar, sin otra historia que la de haberse llamado así desde tiempo inmemorial o haber sido bautizadas y rotuladas de acuerdo con el devenir del tiempo y la época de su apertura, con nombres claros y casi imperecederos.

Así tenemos:

- Parajes* – cultivos e industrias agrícolas: Cooperativa, Olivar, Viñas, Eras, Cañares, Olmo, Rosales, Donceles
- Orientación*: Mediodía, Norte, Oeste, Nueva, Solana
- Topónimos*: Utiel, Requena, Los Ruices, La Muela
- Servicios comunales*: Molino, Escuelas, Pozo
- Personajes*: Moreno
- Religiosidad*: Iglesia, San Isidro, Ángeles Custodios.

Solamente dos de las calles citadas cambiaron su nombre en la remodelación y actualización de este callejero, según acuerdo municipal de 15 de septiembre de 1995: Las que desde antiguo se llamaban Calle del Aire y Calle del Olmo, fueron cambiados por Calle Solana y Calle Ángeles Custodios.

La pequeña historia del callejero de Los Marcos se atiende a lo ya dicho anteriormente y es fácil de explicar y entender, pues la tradicional fe en su Santo Patrón, San Isidro Labrador, en su fiesta del 15 de mayo, aglutina y reúne a los aldeanos marqueños en torno a sus ancestrales veneraciones.

La calle que se llama Moreno, obedece a la vecindad en ella del “Tío Moreno”, a mi parecer, el apodo de Julián Montés Carbó, quien durante muchos años tuvo allí su pequeña tienda o comercio, entre los años de la posguerra y los sesenta del siglo XX, ejerciendo también como Alcalde Pedáneo.

Y la natural y lógica dedicación a los pueblos y aldeas vecinos, donde comerciaban o se relacionaban.

Todo lo demás habla por sí solo.

CALLEJERO

Calle de los Ángeles Custodios
Calle Camino de la Muela
Calle de los Cañares
Calle de la Cooperativa
Calle de los Donceles
Calle de las Eras
Calle de las Escuelas
Calle de la Iglesia
Calle del Mediodía
Calle del Molino
Calle del Moreno
Calle del Norte
Calle Nueva
Avenida del Oeste
Calle del Olivar
Plaza del Olmo
Calle del Pozo
Calle de Requena
Calle de los Rosales
Calle de Los Ruices
Calle de San Isidro
Calle de la Solana
Calle de Utiel
Calle de las Viñas

**RELACIÓN ALFABÉTICA DE CASERÍOS DISEMINADOS APARTE
LAS ALDEAS, EN EL TÉRMINO MUNICIPAL DE VENTA DEL MORO**

CASERÍOS	DEMARCACIÓN
Cárceles, Los	Casas de Moya
Casa del Pinar	Casas de Pradas
Casa Garrido	Venta del Moro
Casa de la Huerta	Casas de Pradas
Casa de Lanza	Casas de Pradas
Casa Nueva	Venta del Moro
Casa Segura	Jaraguas
Casillas de Moya	Casas de Moya
Casita del Contable	Venta del Moro
Casita de Vento	Venta del Moro
Cañada Tachosa (El Tochar)	Casas de Moya
El Chipirito	Casas de Moya
Casa de lo Alto	Casas de Pradas
Gil Marzo	Jaraguas
El Colorado	Casas de Pradas
Pedriches	Los Marcos
El Renegado	Los Marcos
El Retorno de Arriba	Casas de Moya
El Retorno de Abajo	Casas de Moya
Tamayo-Santa Bárbara	Casas de Moya

(Actualizada esta relación o listado de Diseminados, por el Ayuntamiento de Venta del Moro, el 5 de noviembre de 1997)

Los Caseríos –también diseminados- que desaparecieron de nuestra geografía por total ruina y desaparición, y, por lo mismo, sin entidad alguna, son los siguientes:

DESPOBLADOS	
La Fuenseca,	Los Pleitos,
Vadocañas,	Los Antonos,
Casa del Roto,	Boquerón,
Casilla del Cura,	Boqueroncillo,
Sevilluela,	La Ventilla,
Los Aldabones,	La Muela de Arriba,
Cañada Rozada,	

Todos ellos habitados hasta más de mediados el siglo XX.

Y, por supuesto, casi todos los comprendidos en la anterior relación o listado oficial, ya entrado el siglo XXI aparecen solamente de nombre, salvo alguna excepción por motivos sociales o colonizadores.

ÍNDICE DE LOS CALLEJONES DE VENTA DEL MORO

(QUE TODAVÍA PERMANECEN Y EXISTEN, ABRIÉNDOSE EN NUESTRAS CALLES)

-Se relacionan por su ubicación en el plano callejero, de norte a sur y de izquierda a derecha, para su mejor localización-

1.-	Callejón del Tío Mono	Calle Picota	Barrio Picota
2.-	Callejón de Francha y Viviana	Calle Nueva	Barrio Picota
3.-	Callejón de la Andorra	Calle Corrales	Barrio Picota
4.-	Callejón de Merenciano	Calle San Pedro	Barrio Picota
5.-	Callejón de la Tía Cana	Calle del Árbol	Barrio Picota
6.-	Callejón de la Torre	Plaza de la Iglesia	Barrio Cruces
7.-	Callejón Cabrera-Mata	Calle de San Blas	Barrio Parchel
8.-	Callejón del Conejillo	Calle Colón	Barrio Cruces
9.-	Callejón de los Gatos	Calle Colón	Barrio Cruces
10.-	Callejón de Tumores	Calle Cruces	Barrio Cruces
11.-	Callejón del Mellao	Calle del Aire	Barrio Parchel
12.-	Callejón del Tío Roda	Calle del Aire	Barrio Parchel
13.-	Callejón de Chasquitos	Calle de la Fuente	Barrio Parchel
14.-	Callejón del Tío Blas	Calle de la Fuente	Barrio Parchel
15.-	Callejón de Hospicio	Calle Montera	Barrio Parchel
16.-	Callejón-Patio del Tío Millán	Plaza J.M.Castillo	Barrio Parchel
17.-	Callejón del Tío Inocente	Calle Huertos	Barrio Parchel
18.-	Callejón de la Sorda	Calle Sindicato	Barrio Parchel
19.-	Callejón de Chicharras	Calle Sindicato	Barrio Parchel
20.-	Callejón del Tío Cuelgues	Calle Sindicato	Barrio Parchel.

CALLEJERO DE VENTA DEL MORO

CLASIFICACIÓN DE CALLES POR GRUPOS AFINES

Personajes célebres:

Cervantes
Colón
Doctor Fleming
Goya
Padre Damián
Blasco Ibáñez

Personajes locales:

Antonio Vento Galindo
Conde de Villamar
Cronista Feliciano Yeves
Emilio Díaz Guindo
Fidel García Berlanga
José María Castillo
Leopoldo E. Clemente
Luis Bernat
Victorio Montes

Ciudades y pueblos:

Barcelona
Buenos Aires
Camporrobles
Casas del Rey
Caudete de las Fuentes
Fuenterrobles
Los Isidros
Requena
Sevilla
Sinarcas
Villargordo del Cabriel

Históricas:

Constitución
Lepanto

Iglesia y santoral:

Arcángeles
Calvario
Gracia
Cruces
Iglesia ¿?
San Blas
San Isidro
San Juan
San Pedro
Virgen de Loreto

Comunicaciones:

Carretera de Casas de Pradas
Carretera de Requena
Carretera de Tamayo
Camino de los Huertos

Localización y orientación:

Buena Vista
Caliches
Montera
Norte
Nueva
Picota

Plantas y cultivos:

Acacias
Árbol
Desmayos
Huertos
Moreras
Rosales

Comunales y varias:

Aire
Bajada Glorieta
Bien
Cementerio

Cocheras
Corrales
Deporte
Fuente
Manzana
Música
Ollerías
Rambla Albosa
Serrerías
Sindicato agrícola
Cuartel
Plata.

ANTIGUAS DENOMINACIONES DE CALLES Y SU CORRESPONDENCIA CON EL CALLEJERO VENTURREÑO

ANTIGUA	ACTUAL
Paseo de las Acacias	Paseo de las Moreras
Calle de los Arcos	Calle de Victorio Montes
Calle del Barranco	Calle de Barcelona
Calle de las Bodegas	Calle de Los Isidros
Calle de Calvo Sotelo	Calle del Doctor Fleming
Calle de Campo Olivar	Calle de Sevilla
Plaza del Caudillo	Plaza de V. Blasco Ibáñez
Calle Ciudad Jardín	Calle de Fuenterrobles
Cercado del Francés	Calle de Lepanto
Calle Cuesta de la Noguera	Calle del Sindicato Agrícola
Paseo de los Doctores	Calle Camino de los Huertos
Calle de las Eras	Calle de los Arcángeles
Calle Fuente Nueva	Avda. Conde de Villamar
Calle de la Fuente Vieja	Calle de Los Desmayos
Calle y Plaza. de la Iglesia	Calle del Dr. Fleming
Barrio de Jaraguas	Calle de las Cruces
Plaza de José Antonio	Plaza de la Constitución
Calle Larga de la Picota	Calle de Fidel García Berlanga
Calle Larga de Requena	Calle de Fidel García Berlanga
Plaza de los Olmos	Plaza de José M ^a Castillo
Calle Requena	Calle Antonio Vento Galindo
Calle de la Rambla	Calle de Sinarcas
Calle San Luis	Calle Camino de Casas del Rey
Calle Serreria	Calle Leopoldo E. Clemente

ANTIGUA	ACTUAL
Camino del Tiro de la Bola	Calle de las Acacias
Calle de Valencia	Calle de Camporrobles
Calle (Final) Victorio Montes	Calle Cronista Feliciano Yeves
Calle de Utiel	Calle Emilio Díaz Guindo
Carretera Antigua de Utiel	Avenida del Deporte
Carretera de Utiel	Calle de Caudete de las Fuentes.

ÍNDICE

Preámbulo para la historia de sus calles	9
Calle de los castaños	9
Calle del arc	20
Calle de antonio vento galindo	21
Calle del árbol	24
Calle de los arcángeles	25
Calle bajada de la glorieta	26
Calle de barcelona	27
Calle del bien	28
Calle de buena vista	29
Calle de buenos aires	31
Calle (de los) caliches	32
Calle del calvario	33
Calle camino de los huertos	35
Calle de camporrobles	36
Calle carretera de requena	38
Calle carretera de tamayo	39
Calle carretera de casas de pradas	41
Calle camino de casas del rey	42
Calle de caudete de las fuentes	43
Calle del cementerio	44
Calle de cervantes	46
Calle de cocheras	47
Calle de colón	48
Calle del conde de villamar	50
Plaza de la constitución	54
Calle de los corrales	56
Calle del	56
Cronista feliciano yeves descalzo	56
Calle de las cruces	58
Calle (del) cuartel	60
Avenida del deporte	62
Calle de los desmayos	63
Calle del doctor fleming	65
Calle de d. Emilio díaz guindo	67
Calle de don fidel garcía berlanga	69

Calle de la fuente	71
Calle de fuerterrobles	73
Calle de goya	74
Calle de gracia.	75
Calle de los huertos	76
¿Plaza de la iglesia?	78
Plaza de josé maría castillo	80
Calle de leopoldo e. Clemente	85
Calle de lepanto	87
Calle de los isidros	89
Calle de d. Luis bernat	90
Calle de la manzana	92
Calle de la montera	93
Calle de la música	95
Calle del norte.	97
Calle nueva.	98
Calle de las ollerías	99
Calle del padre damián.	101
Calle del paseo de las moreras	102
Calle de la picota	104
Calle de la plata	105
Calle de la rambla albosa	107
Calle de requena	108
Calle de los rosales	109
Calle de san blas	110
Calle de san isidro	112
Calle de san juan	114
Calle de san pedro	116
Calle de serrerías	118
Calle de sevilla.	119
Calle de sinarcas	120
Calle del sindicato agrícola	122
Plaza de vicente blasco ibañez	124
Calle de victorio montes	126
Calle de villargordo	128
Plaza de la virgen de loreto	130

CALLEJONES

Callejón del tío mono	139
Callejón de la tía francha y la tía viviana	140
Callejón de la andorra	141
Callejón del tío merenciano	142
Callejón de la tía cana	143
Callejón de la torre	144
Callejón de cabrera o del tío mata	146
Callejón del conejillo	147
Callejón de los gatos.	148
Callejón del tío tumores	149
Callejón del tío mellao	150
Callejón del tío roda.	152
Callejón de chasquitos	153
Callejón del tío blas	154
Callejón de hospicio.	156
Patio y tunel del tío millán	157
Callejón del tío inocente	158
Callejón de la sorda	159
Callejón de chicharras	160
Callejón del tío cuelgues	161

ALDEAS

Jaraguas	169
Casas de Pradas	175
Casas del Rey	181
Casas de Moya.	185
Las Monjas	189
Los Marcos	193

CUADROS

Relación alfabética de caseríos 195
Índice de los callejones de venta del moro 197
Callejero de venta del moro 198
Antiguas denominaciones de calles. 201

